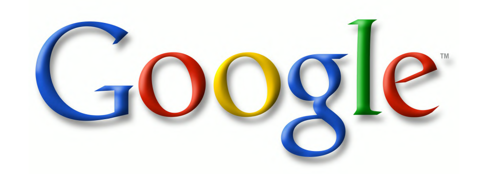
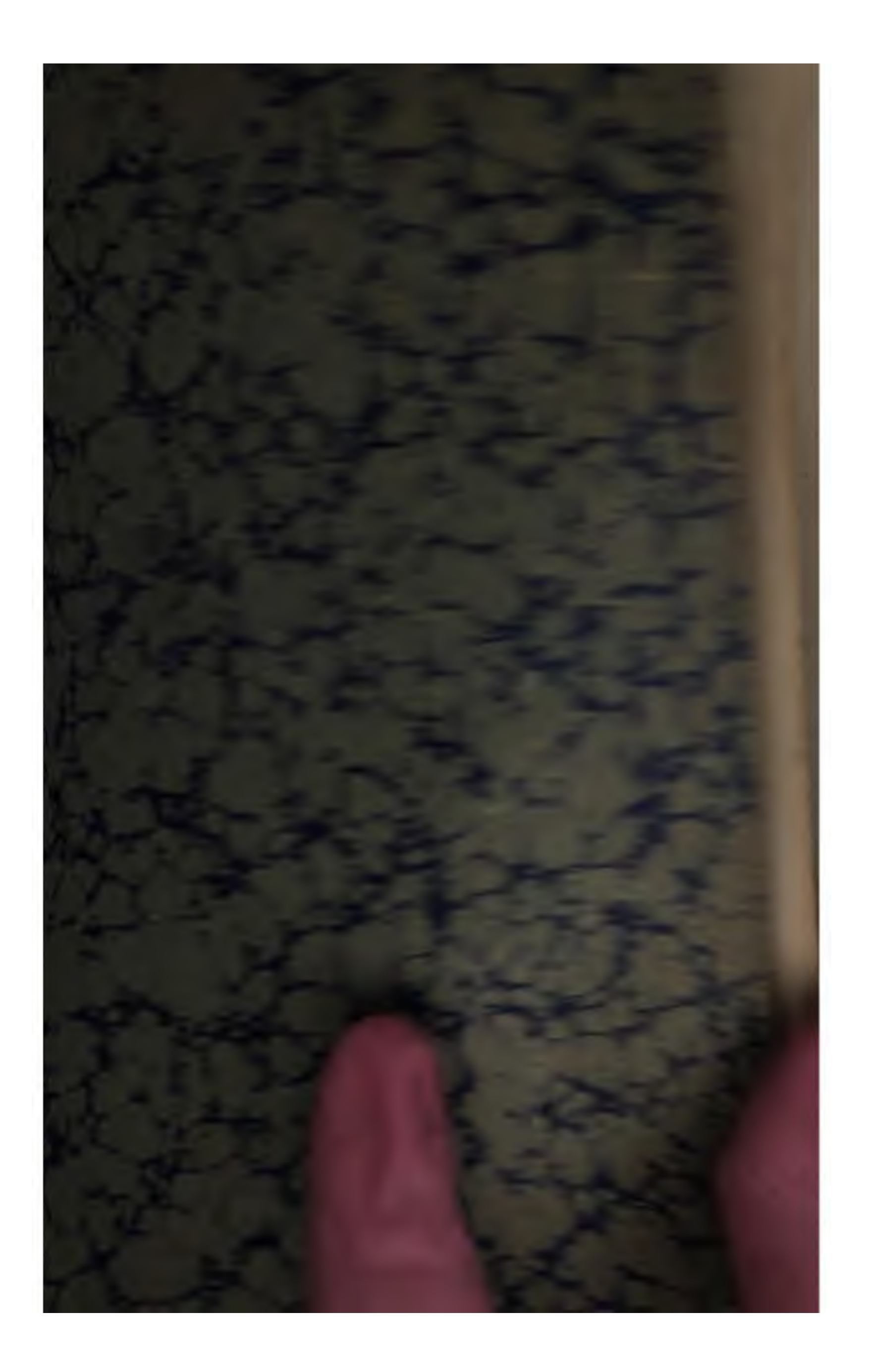



Stanford University Libraries
3 6105 121 179 688


ADERNACION
DEL
MERCIO
LLE SARANDI
189-191
MONTEVIDEO





INFLUENCIA DE LA MUJER.

INFLUENCIA

DE

LA MUJER

EN LA REGENERACION SOCIAL.

ESTUDIO CRÍTICO

POR

D. ANTONIO PAREJA SERRADA.

LA AURORA
ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE D. ANTERO CONCHA
GUADALAJARA

1880.

TIPOGRAFÍA PROVINCIAL.

A MI MADRE.

Madre querida de mi alma: El soplo glacial de la muerte ha pasado sobre tí, arrebatándote á mi amor.

Te debo mi primer aliento, y es muy justo que te consagre mi primera obra: ¿qué nombre más augusto que el tuyo habria de proteger su primera página?

En ella, pues, le inscribo, como un testimonio del amor que siempre te conservará el corazon de tu

Antonio.

do el antro de mi corazon con un destello de tus bellísimos ojos. Tú has sido á la vez mi amante y mi hermana cariñosa: tú has querido reemplazar á mi madre, y no porque tus esfuerzos por cicatrizar mi herida hayan sido inútiles, he de ser tan ingrato que desconozca los verdaderos prodigios de cariño que has obrado por mí. La maternidad, el amor de madre es irremplazable; pero el que tú me has consagrado es muy digno de que le compare con el de hermana.

Si mi madre viviese, si mi hermana hubiera podido alentarme en mi empresa con su cariñosa solicitud, yo habria estudiado en estas dos entidades tan queridas los fenómenos psicológicos que forman la base de este humilde trabajo; pero, bien lo sabes, estoy solo en el mundo, y no pueden tener brillantez los colores extendidos en mi paleta al hacer este boceto, porque los empaña el dolor de mi alma.

Mi madre, mi hermana y tú, habeis despertado en mí la idea; á vosotras, pues, consagro mi primer libro: de vosotras es, porque me le habeis inspirado. Tú sola existes ya, pero..... ¡ay! ¡tú, como yo, sufres tambien! Por eso invoco, tras el de mi madre, tu

nombre, para mí tan querido: si algun dia quiere Dios concederme la dicha de ser tu esposo, sean estas líneas un lazo más de nuestra union, como hoy son la débil prueba de que mi corazon te pertenece para siempre.

¡Séres que pasaron, dejando mi alma en la oscuridad de eterno luto; mujer adorada, tan buena siempre para mí, aceptad esta dedicatoria, y ella sea un pálido reflejo de lo que por vosotras siente mi corazon!

CAPÍTULO PRIMERO.

Mision de la mujer.—Su definicion.—Sus sentimientos.—Su intervencion en la reforma de nuestras costumbres.—Necesidad de su educacion.

Las diversas revoluciones que han conmovido los cimientos sociales, las múltiples y variadas formas empleadas por la civilizacion para traer á su seno al género humano, transformando la manera de ser de la mujer y perfeccionando al infinito sus condiciones, tienden á colocarla en la situacion más brillante, en el estado más noble, en el lugar más propio y adecuado á la gran mision para que fué creada.

Encargada por el Sér Supremo de endulzar los dias del hombre; investida de las más delicadas dotes para servir de freno á las pasiones del sexo fuerte; adornada de una gran sublimidad de sentimientos, ha conseguido en aras de su perseverancia, unas veces con su sonrisa, otras con sus lágrimas, labrarse el trono augusto en que hoy la vemos colocada, y darse á conocer como la complementaria del hombre, como su necesidad más urgente, como su perfectibilidad física y moral.

La mujer es, pues, al hombre, lo que la tierra á

la planta, lo que los glóbulos á la sangre: sin ella no sería el rey de la creacion, sino el sér zoológico más fuerte, el dueño del Universo por la astucia y la audacia ayudadas de la inteligencia, destello de la Divinidad encarnado en su sér.

El desarrollo intelectual del hombre, excesivo en comparacion al de la mujer, le pone en condiciones para dedicarse al cálculo, á la idea matemática de las cosas: la potencia de sus pasiones, es causa de que, al sentar los principios de ese cálculo, les dé por base la falsa apreciacion de su orgullo, y no muchas veces el razonamiento frio y comparado que revela la idea de lo bueno y de lo justo. El *sentimiento* cede su puesto á la *sensacion*, y la idea de lo bello, de lo agradable, de la bondad ó malicia del acto, está para él, por efecto de esas pasiones, en el mayor ó menor provecho, en el resultado más ó ménos práctico que toca; en una palabra, prescinde de ciertos móviles generosos, desoye los más bellos sentimientos de su alma, la amortigua, y es vencida por la materia.

A la penetracion de su criador no podia ocultarse esta verdad inconcusa, y por tanto hubo de poner á su lado un regulador que contrabalancease este desnivel, este apasionado acceso á la *sensacion*, y despertase en su alma, esclava del cuerpo, esos dulcísimos sentimientos que hacen al cuerpo esclavo del alma. La creacion de la mujer respondió á este fin.

Muchas definiciones se han dado de la mujer, filosóficas unas, poéticas otras, absurdas las más, pero que ninguna completa la idea que su mision

representa. Si nos atreviéramos á intentar una más, diríamos que la mujer «es la personificacion de todos los sentimientos dignos y delicados del alma.»

Débil por naturaleza, impresionable por temperamento, susceptible del más puro y entusiasta cariño, viviendo de él, porque, como ha dicho una célebre escritora, «el amor es la historia entera de la mujer», no puede tener cabida en su alma esa inmoderada ambicion que por desgracia abunda en el sexo fuerte. Tiene pasiones ¿quién lo duda? Es en ellas vehementísima; pero al lado de esas pasiones, al par de esos desvanecimientos febriles de su alma, se alzan poderosísimos lenitivos, eficaces antídotos en su delicadeza de sentimientos, cual tras la fragosa tempestad que embarga el ánimo y entorpece la respiracion, queda la atmósfera ozonada y el pulmon ejerce sus funciones con más libertad que ántes de la tormenta.

El hombre abandonado á sí propio, habia de dejar que su cerebro dominase en su corazon, y en la exaltacion febril de aquel, no encontrarian sus instintos otro freno que la completa satisfaccion de su voluntad. La exquisita sensibilidad de la mujer, el pasmoso desarrollo de sus facultades anímicas, su *exceso de espíritu*, si la frase es permitida, es el único valladar que puede detener el libre curso de las pasiones del hombre; y más de una vez las ha cambiado de tal manera, que al satánico arrebato de la ira, ha sustituido la sonrisa de la bondad. El hombre es la exageracion de las pasiones, la mujer el complemento de la dulzura; el hombre es de vigorosa constitucion, predomina en él su temperamento y

le vence; la mujer es débil en su conformacion, fuerte en sus sentimientos, y, como es lógico suponer, estos dominan á aquella.

El sentimiento del perdon, la generosidad, la dulzura, la paciencia, la caridad, rebosan en su corazon, y podemos asegurar, á despecho de pesimistas, que probablemente no creen lo que dicen, que estas virtudes forman su vida, su todo: suponer sin ellas á la mujer, valdria tanto como negar que la gota de rocío vivifica y refresca á la gallarda rosa.

La mujer es toda alma, y el alma es la síntesis de todo lo bueno, de todo lo noble. No puede vivir para ella sola; su alegría es de todos, para todos su dulzura, para todos su bondad.

Solo en una cosa es egoista, en su dolor; solo de un bien es avara, del cariño. Respetad el primero ó tomad parte en él; dadle ese cariño que ambiciona, y habreis vencido.

Dicen algunos con Shakspeare: «La mujer es un manjar celestial cuando no le guisa el demonio.» Estamos conformes, si se nos permite salvar la fé de erratas sustituyendo el verbo *guisar* por el de *corromper* y el sustantivo *demonio* por el de *hombre*: así estamos de acuerdo con la definicion del célebre escritor en toda su latitud. Esto no obstante, ese *manjar celestial* condimentado ó sin condimentar por el demonio, ha sabido poner el pié en la cerviz del hombre; y cuando lo ha conseguido, á despecho de las costumbres, y áun de las leyes, no mira á su vencido con el desden del vencedor, sino que le tiende una mano generosa y le acaricia con la más complaciente de sus sonrisas; prueba eviden-

te de que el manjar tiene más de celestial que lo que Shakspeare quiere suponerle.

No podemos comprender el porqué de esa guerra sistemática que se hace á la mujer, ni las poderosísimas razones que algunos hombres puedan tener para entregar este nombre á la pública execracion. Esos hombres han tenido madre, quizás tuvieron hermanas, y de comprenderlas en su anatema, solo pueden deducirse dos cosas: ó que estas no fueron buenas (lo cual no debemos suponer), ó que su ingratitud es tal, que no titubean en arrastrar su reputacion por el lodo, lo cual es aún mucho peor. Si no sienten lo que dicen, se ven en la triste necesidad de ahogar la voz de su conciencia, arrastrados por su loco egoismo; y si lo sienten cual lo predican, dan inequívocas muestras de no haber gustado la vida del alma en los brazos de una madre, en el cariño de una hermana, ó en el dulce éxtasis de una mujer amada.

Sentados estos precedentes, ¿puede la mujer influir de un modo notable en la reforma de nuestras costumbres?

Sí. La mujer tiene, sin duda alguna, grandes medios para modificar los hábitos del hombre: si á estos medios se añade el no menor del ascendiente que la madre goza sobre sus hijos, habremos de confesar que lo que ella no consiga no lo ha de conseguir toda la ciencia de la humanidad. Si el médico al combatir una enfermedad desprecia la importantísima observacion de atender al vicio general que predomina en el paciente, rara vez conseguirá su radical curacion, porque no destruyendo la base

morbosa, se presentará de nuevo bajo protéicas formas, y atacando á estos ó los otros órganos de la economía animal. De igual manera, si los obstáculos que encuentra la sociedad en su desarrollo no se evitan ó modifican, el mismo mal tocaremos siempre más ó ménos velado en estas ó las otras apariencias. La destruccion radical de este vicio, corresponde de derecho á la mujer, porque desde antes de balbucear el niño su primer palabra, ya empieza la madre á formar su corazon al calor de sus purísimos besos.

Contestarásenos que la mujer no está en condiciones para ello por su escasa instruccion; pero ¿quién es el culpable de su atraso? ¿Ella ó nosotros? Si la educamos é instruimos, aprenderá y podrá enseñar á su vez: no apartemos esa educacion de las dulcísimas bases de la verdad, la bondad y la justicia; no la enseñemos á ocultar sus sentimientos con la hipócrita careta de una intraducible modestia; no exacerbemos su orgullo, no maltratemos su pudor á título de señores; instruyámosla bien, pero con principios que fácilmente digiera su cerebro, y conseguiremos el resultado apetecido.

Puesto que está admitido como una verdad que la historia es la enseñanza de los pueblos, de la historia de la mujer habremos de deducir cuánto vale y en qué condiciones está para estirpar el cáncer social que nos corroe, ó sea la ciega sujecion del género humano á sus pasiones, y la falsa ilustracion que cada cual nos hemos creado en beneficio propio.

Ya que hemos de hacer una sucinta reseña de

las fases porque ha ido pasando la mujer desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros dias, seguiremos el órden cronológico de las edades, no sin rogar antes á nuestros lectores, y muy especialmente á nuestras lectoras, nos perdonen los infinitos defectos de estos apuntes, hijos de nuestra inexperiencia é ignorancia.

CAPÍTULO II.

La Creacion.—Eva en el Paraiso.—El primer amor.—Impersonalidad de la mujer.—Su cetro y su dignidad.

El mundo habia salido de la oscuridad *del no ser:* infinidad de astros rodaban en torno de su órbita, y la tierra, el aire, las aguas sustentaban millares de especies animales, unos más fuertes, otros más débiles, aquellos de agradable forma, los otros de horrible figura. Variadísimas familias de flores, infinidad de corpulentos árboles surgiendo de la nada, embellecian este planeta antes árido é inhabitable; la creacion despertaba á la vida, engalanándose con su manto de vírgen: el Dios Creador debia estar satisfecho.

No era así, sin embargo: faltábale su obra maestra, faltaba el último toque al cuadro, y apareció con la creacion de un sér todo perfecto, todo majestuoso, y en el cual el mismo Dios insuflaba un átomo de su divina esencia: el hombre salió, pues, de sus manos compuesto de materia orgánica y de espíritu, de cuerpo y de alma.

Cuéntanos el Génesis que Adam (es decir, Tierra-roja) se durmió, y el Señor, extrayéndole durante su sueño una costilla, formó de ella á Eva (la que dá

vida). El primer hombre despertó, vió á su lado otro sér como él y le contempló extasiado. Sorprendido de la elegancia de su musculatura, analizó las condiciones de su diminuto pié, y comprendió que era poco apto para la fatiga; tocó su mano fina y aterciopelada, y notó en ella la falta de fuerza: é iba á volverle la espalda con desprecio, cuando mirando á sus ojos sorprendió en ellos un fluido vivificador que le fascinaba, y sonrió con inocencia.

Adam era rey de la creacion. Desde el más grande al más pequeño de los animales, obedecian su voz y ejecutaban sus órdenes con perfecta regularidad. Las flores inclinaban su cáliz para ofrecerle su aroma; la rizada hierba se tendia ante él para alfombrar su paso; los frutos más sabrosos estaban al alcance de su mano; el arroyuelo se extremecia de placer al tocarle sus lábios; un sol expléndido le inundaba de luz y una luna tíbia esparcia sobre su cabeza la melancólica armonía de sus rayos: todo le pertenecia en absoluto, y sin embargo, en su alma existia un vacío.

Mientras dedicaba las horas de su dia á entrelazar tal ó cual rama que impedia el paso, á limpiar el cauce del arroyuelo, ó á enderezar su curso, Eva, su inocente y cándida compañera, mezclaba la flor á la flor, aspiraba sus aromas, limpiaba su tallo y seguia con curiosa mirada los vuelos del ruiseñor que regresaba á su nido. Veia al nevado palomo dar vueltas en torno de sus crias, y á su amante compañera recibirle llena de gozo y batiendo las alas: á su regreso al punto de reunion, miraba intensamente á Adam, le obsequiaba con las más aro-

mosas flores y le cercaba de toda clase de atenciones. Adam permanecia impasible, y solo veia en los agasajos de su compañera el tributo de una sumision que poco podia valer para quien ejercia supremo dominio sobre todo lo criado.

Un dia se hallaban sentados á la sombra: el trabajo habia sido rudo, y descansaban; Eva miraba con interés á su compañero, y Adam la miraba tambien con más curiosidad que interés. De pronto Eva exhaló un suspiro, coloreóse su mejilla, y bajó la cabeza: el alma de Adam salió de su letargo, sintió una ansiedad indescriptible, soñó despierto, y amó.

El Hacedor los miraba sonriendo, vió el nuevo triunfo de la mujer, y sancionó la union de aquellas dos almas: un opulento césped de flores fué su cámara nupcial, y al par que el Criador daba por terminada su obra, Adam se postraba ante él risueño y contento para darle gracias por la felicidad que embriagaba su alma.

Esta felicidad se perdió por la mujer, es cierto: andando el tiempo tuvo un momento de debilidad, y pecó; pero en su misma debilidad llevaba su justificacion. Si creyó, si aceptó las sugestiones de su enemigo, dió en ello una prueba del candor de su alma, dió la medida exacta de su inocencia, porque repugnándole decir lo que no sentia, creyó que no se podia mentir. Solo su curiosidad fué causa de su culpa, y harto lo lloró la infeliz para que aún la condenemos á la execracion humana.

Terrible fué para ella el momento en que comprendió su falta: trémula, turbada y en actitud humilde, parecia implorar el perdon del Dios ofendido

y del esposo á quien arrastrara en su caida. Este la tomó de la mano, la acarició con una sonrisa de perdon, y la obligó á fijar en él sus ojos. La desgraciada Eva pagó con una mirada dulcísima esta simpatía, y con otra hizo conocer al hombre que estaba desnudo, y que habia sido creado para algo más que para pasear por el Edem.

El hombre se detuvo sin saber qué hacer; comprendió la primera necesidad, llevó un dedo á su frente, y pensó. En su inteligencia habia nacido la idea de que debia cubrir su desnudez, pero no encontraba medio de subsanar la falta: la mujer lo comprendió así, arrancó hojas de los árboles, se las ciñó á la cintura y dió al hombre la primer idea del vestido con el primer pensamiento del pudor.

En este primer paso de su emancipacion quiso probar la excelencia de su nombre, quiso hacerse digna de llevarle, dando á su compañero la vida del alma en un sublime destello del sentimiento.

Con estas dos invenciones inauguró su vida la mujer: el amor y el pudor. Estos fueron los primeros efluvios que hizo brotar en el alma del hombre, y estos son aún los mejores florones de su corona.

El Paraiso se cerró para nuestros primeros padres: tenian que buscar su alimento, luchar á veces con innumerables obstáculos para alcanzarle, en una palabra, empezaba su calvario. La mujer no abandonó al hombre en su desgracia, sino que ayudándole en su trabajo, ora le traia frutas ó huevos de las aves, ora reuniendo hojas secas le proporcionaba abrigo contra el rigor de la estacion. No se limitaba á esto sólo: como los animales se les habian

rebelado á causa de su caida, ayudaba á su esposo en la caza, armaba las trampas, conducia las presas, y compartia con él todas las penalidades que le proporcionaba su mísera situacion. Tristísima era la existencia de Adam; pero cuando al reposar de sus fatigas veia en las pupilas de Eva aquel cariño que fué su primera felicidad, sentia regenerado su sér y un suspiro de esperanza brotaba de su corazon. ¡Lée tanto el hombre en los ojos de una mujer querida... !

Así continuaron años y años: Adam regando la tierra con el sudor de su rostro (valiéndonos de la expresion bíblica), y Eva enseñándole cada dia una cosa nueva, y despertando á cada momento en su alma un afecto nuevo tambien.

Esta iniciacion del bienestar, hizo más tarde al hombre dedicarse con preferente atencion á la ganadería y á la guerra, que le proporcionaban extenso campo donde ensanchar el dominio de las cosas; y olvidándose de lo que debia á su compañera, para convertirla tambien en *cosa*, la desnudó del carácter con que habia salido de las manos del Supremo Hacedor.

En las primeras edades del mundo, la personalidad *mujer* no existia: la naturaleza femenina, reducida al estado de *cosa*, juega un papel tan secundario, que casi desaparece en las tinieblas del olvido. Era como un mueble que decoraba la tienda del jefe de tribu, cuyos vasallos podian aumentar esta parte de mobiliario segun su valor guerrero, segun su rapiña en el campo enemigo.

La mujer era una propiedad abandonada, una

riqueza semoviente que venia á formar el peculio de un primer poseedor. En esta época nada representa en la familia, ni goza de los privilegios para que su organismo delicado la destinó: sus deberes son exigidos con imperio; sus derechos, ninguno, si no el triste de obedecer sin murmurar y prestar su sangre, su naturaleza, su vida, en fin, á los caprichos de su despótico dueño. Sus relaciones en la familia se reducen á dar á luz sus hijos, para que ántes de balbucear las primeras frases, los arranquen de su regazo emancipándoles á su amor maternal. Su amor es un mito, porque considerada como *cosa*, no como *sér*, el hombre la desea ó la desprecia, la compra ó la vende á capricho, la hace su esposa un dia y la repudia al inmediato, ocupando su sitio en el hogar otra compañera más feliz que ella.

El hombre es el todo; pero... ¡qué hombre! Su instruccion no puede ser más rudimentaria; se viste de pieles; su habitacion es el campo, el monte, su hogar la copa de un árbol, y su vida nómada, sin principio fijo, no obedece más ley que la conservacion individual. Son sus placeres las emociones de la caza; por la caza se fatiga, por ella no se fija en terrenos fértiles, ni goza de la encantadora perspectiva de paisajes vírgenes; ella le empuja de país en país, y... ¡causa repugnancia! le lleva al robo y al asesinato, sin darse cuenta de la bondad ó malicia de sus acciones.

Sus armas son el dardo de espina de pescado, la lanza el hacha de piedra; los útiles de su hogar un hueco en la ceniza para asar el producto de su caza, y una piel sangrienta para cubrir su desnudez.

En tanto la mujer, careciendo de personalidad é iniciativa por el yugo á que se la sujetara, era, más que la compañera del hombre, su bestia de carga, y únicamente le servia para conducir á través de los campos su mermado ajuar, y para moderar sus brutales sensaciones de un momento.

Sin embargo, adornada de un espíritu de innovacion tan delicado como súbito, conoció que no se la trataba como sus condiciones fisiológicas reclamaban, y su amor propio herido por la brutalidad del hombre, encendió en su cerebro la brillante llama de la idea. Un dia el hombre, que se vestia de pieles, halló este ropage demasiado incómodo y poco adecuado á la variabilidad de temperatura; se recluyó voluntariamente en su tienda, y consumió en ella durante los prolongados dias del invierno la cólera y el tédio de que estaba poseido. El tiempo que él destinaba á reconcentrar en su corazon el veneno de su ira, la mujer le dedicó á pensar. Arrancó de su túnica de pieles algunas hebras de lana, retorciólas distraida, y comprendió que con aquella primera materia podia fabricar un vestido que la resguardase mejor de la intemperie sin privarla ninguno de sus movimientos.

Dado este primer paso, venció cuantas dificultades surgieron para la consecucion del fin, ensayó en su esposo y quedó satisfecha: el hombre podia desde entonces desafiar los rigores del clima, y ella..... *¡ella daba el primer paso en su emancipacion y en el progreso de la humanidad!*

Entonces el hombre aceptó la superioridad del génio sobre la fuerza, y comprendió que la mujer

habia sido creada para complemento de su sér. Hasta aquí, el matrimonio habia sido la *caza* de la mujer por el hombre: este corria tras ella, la alcanzaba, luchaban, y si resultaba vencedor, hacia de un matorral el tálamo de sus bodas: á partir de este momento, el contrato nupcial existió bajo la forma de *compra* y *venta*, porque el hombre reconoció en la mujer ciertas perfecciones que la elevaban sobre las demás cosas.

Así empezó la mujer su reinado: la rueca fué para ella el cetro de su dignidad y el escabel de su regeneracion. Hilando su blanca túnica, arrojó lejos de sí el trabajo embrutecedor que ajaba y destruia su juventud y su belleza: hizo al tejido guarda de su pudor, separando su cuerpo de la prostitucion de la mirada, y envolviendo con el velo de Ísis el santuario de la vida, consiguió la primer sonrisa del hombre y su primer pensamiento de ternura.

CAPÍTULO III.

La mujer hebrea.—El trigo.—Nuevas ideas del hombre.—El gymneceo.—Alef y Alfa.—Triunfos de la mujer.

El Patriarca ha detenido su tribu en el collado ante la verde hierba de la pradera; corpulentos árboles sombrean aquel encantador paisaje por entre los que culebrean plateados y frescos arroyuelos encerrados en murallas de flores. Describe en el aire con su báculo el sitio del campamento, y la tribu dispone sus tiendas bajo el místico círculo trazado en el espacio, á los armoniosos ruidos del bosque y del balar de los ganados que vuelven del abrevadero. Noemi penetra en el aduar cargada con la húmeda tela que acaba de empapar en las aguas, mientras allá, en el fondo del valle, el torrente hierve sobre su lecho de pedernal y arroja al desierto el eco de su caida.

El hombre come solo con el hombre: no ha admitido aún á la mujer en su comunidad; pero esta aparece más grande que él sentada en el dintel de la tienda al último adios del sol, y contemplando sus hijos acostados á sus piés sobre blancas pieles de oveja.

Reconcentrando todo su amor en estos pedazos

de su alma, vésela estática ante ellos, siguiendo con cariñosa mirada la sonrisa del niño, del que no aparta sus ojos sino para fijarlos en el camino que ha de traer su esposo, á quien ama como padre de aquellos inocentes. No es sola, por desgracia; otras compañeras la rodean, pero no son madres; y mientras unas recomponen las redes, otras buscan provisiones, aquellas ordeñan la espumosa leche, y estas preparan la colacion de la tarde.

Una de estas madres, vagando con sus hijos por el valle, descubre una planta débil, de sutil y delgado tallo, en cuya extremidad se mece una considerable agrupacion de granos blancos encerrados en una ténue cascarilla; los gusta, los halla sabrosos, separa su fécula machacándolos sobre una piedra, y da al hombre el pan del cuerpo, cual si no bastase haberle dado el pan del alma. El trigo desde entonces se cultiva con esmero doquiera que la tribu se fija un año por la feracidad de pastos, y el hombre tiene garantida su alimentacion en los meses de invierno.

Completemos la descripcion del campo. En su parte más elevada, y esparcidas aquí y allí entre las rocas y malezas del bosque, se alzan las tiendas al abrigo de una loma, ó resguardadas entre el espeso follaje de los árboles. Los rebaños bullen entre la verde grama del valle, y sus conductores despiden con melancólicas armonías el último rayo del sol.

Las jóvenes núbiles trenzan entre tanto sus cabellos ante el límpido espejo de la fuente, y refrescan sus rostros y sus brazos de marfil en las cristalinas aguas: varios pastores jóvenes sortean los sen-

deros del campamento, y uno de ellos párase sorprendido ante aquel espectáculo, mientras la manada discurre á su antojo saboreando la fresca hierba oculta bajo el aromoso tomillo. Aquel pastor ha visto fijarse en él por un momento los ojos de una virgen, y ansía poseerla, formar con ella una nueva familia y aumentar de este modo su tribu.

Pero ¿cómo conseguirlo? ¿Acaso posee bienes en suficiente número para adquirir el derecho de esposo sobre la deseada? No importa; su pobreza no será obstáculo á sus fines; no tiene riquezas, pero tiene cuerpo, y el trabajo, la esclavitud de su cuerpo mediante un número determinado de años, ha de hacerle dueño de aquella *cosa* superior á las demás cosas. Sabe que el patriarca ha de exigirlo así, y se presta gustoso á ello abdicando de su libertad, desposeyéndose de su albedrío; y rindiendo un primer tributo al amor, un primer sentimiento á lo que debe ser más que *cosa*, eleva inconscientemente la condicion de la mujer y se obliga á dar por ella mucho más que lo que el libre-cambio podria exigirle por la posesion de una tienda, de un rebaño, del aduar entero.

Así empezó la mujer conquistando palmo á palmo su independencia: no tenia esperanza para el presente, pero confiaba en el porvenir. Aquellos tiernos capullos de su alma, llevaban ya en su seno la fructífera semilla de nuevas costumbres, y podia confiar en que otras madres, más felices que ella, al recoger los frutos que en sus hijos sembrara, habian de bendecir su nombre y seguirian su ejemplo hasta conseguir su total regeneracion.

Cansado el hombre de esta vida errante y por demás laboriosa; fatigado de llevar sobre su espalda las pieles de su movible tienda; herida su vista por la refraccion solar en las ardientes arenas de Asia, reconoce un dia la necesidad de construir albergues más sólidos, habitaciones más estables que le permitieran fijar su residencia en un punto y dedicarse al cultivo de la nueva semilla. La naturaleza le suministraba materiales suficientes para la construccion de estas habitaciones, y sustituyó á las pieles la argamasa y la piedra, creando de este modo las ciudades.

Dividida su casa en diferentes departamentos, pudo guardar en ella los útiles de su profesion ó los productos de su industria, preservándolos de la intemperie, y poniéndolos á cubierto de las depredaciones de sus convecinos; pero en lo que guardó especial cuidado, en lo que fijó toda su atencion y á lo que proveyó con más diligencia, fué á la conservacion de la mujer. Sus armas, sus ropas, sus bienes todos yacian en diferentes sitios y donde el azar los colocaba: en lo más retirado de la casa, en el sitio más apartado de la vía pública, situó el *gymneceo*, esto es, la residencia de sus mujeres. Considerábalas, no ya como cosas de una importancia más ó ménos secundaria, sino como bienes inestimables que debia velar á los ojos de los extraños: empezaba él mismo á proclamar la igualdad de los dos sexos, y á guardar á la mujer las consideraciones á que más tarde habia de tener incuestionable derecho.

Sin embargo, esta carecia aún de voluntad: el

hombre la habia asociado á sus necesidades, á sus placeres, pero no en modo alguno á su vida intelectual, á su ternura íntima. Trataba de contraer matrimonio con una jóven, se valuaba esta en tantas cabezas de ganado lanar, ó en una cabeza de vacuno, se hacia la compra, y el nuevo señor conducia á la desposada en un carro de madera, cuyo eje se quemaba á la puerta del gymneceo para demostrar á la mujer que jamás debia salir de él sin permiso expreso del marido. Allí se criaban sus hijos entre las diferentes esposas del jefe de familia, y allí derramaba la infeliz mujer las lágrimas que la vergüenza y la deshonra arrancaban á su corazon: las telas que allí se confeccionaban salian humedecidas con el rocío de la amargura, pero acariciadas con la sonrisa de la esperanza. Por toda recompensa, por todo premio á esta vida de esclavitud, solo encontraba la infeliz mujer una noche pasada en los brazos de su esposo y el calor de un beso depositado en su pálida mejilla: al despuntar la aurora volvia al gymneceo á esperar su turno, y el señor la daba al olvido, acariciado por el abrazo de la que aquel dia compartia su lecho.

Es muy de notar en esta época una especialísima circunstancia: las lenguas orientales empezaban á nacer, y al formar sus alfabetos, designaban cada letra con una significacion especial, segun la mayor ó menor importancia que en el lenguaje representaba. Los hebreos denominaban *Alef* (א) á su primera vocal, y la daban los significados de *jefe*, *cabeza*, *buey*, etc.; el precio ordinario de una jóven núbil en el contrato matrimonial era un buey: ¿no se podia

decir que, sin darse cuenta de ello, confesaban la excelencia de la mujer al desprenderse en las nupcias de su *alef*? ¿Qué otra cosa querian decir al llamarla *jóven de la cabeza del buey*, sino que siendo la significacion de su letra inicial *jefe* y *cabeza* era ella la llamada á dirigir la parte moral de la familia? Preciso es convenir que hay en esto una cosa providencial, pues que sin comprender lo que hacian, la designaban con la significacion más espléndida de su alefato.

El alfabeto griego guardaba la misma analogía: su *alfa* (α) significaba, *vida*, *espíritu*, *principio* y *buey*: la jóven núbil se denominaba *jóven alfesibea*, que equivale á lo que se llamaba á las hebreas. Uno y otro idioma reconocian la necesidad de asignar á la futura madre la letra inicial de su lenguaje, como para caracterizar el *fin*, *la muerte* y la *inmensidad* escribian la *tahu* y la *omega* (Ω, ω), últimas letras de sus respectivos alefatos.

La primitiva forma del matrimonio, el rapto, se conceptuaba ya por algunos pueblos como un crímen; Grecia entera firma esta jurisprudencia con la sangre de Priamo, y los derrocados muros de Troya son el obelisco levantado á este primer triunfo de la mujer. Podrá ser la compañera de muchas esposas, pero no la esposa de muchos hombres, no el instrumento de placer que las encrucijadas ofrecian al primer transeunte: es propiedad de un hombre que vela por ella y que provee á sus necesidades; para poseerla es preciso adquirir este derecho por compra: cuesta algo que vale.

La ley de Manú que prescribia que el esposo no

pudiese poseer á su prometida sino despues de luchar con ella, haberla llevado en brazos á su casa sin que la novia tocase con su pié el umbral de la puerta para demostrar que aún era víctima de la fuerza, esa ley monstruosa que llamaba á este modo de constituirse la familia *el matrimonio de los gigantes*, habia desaparecido con la compra de la mujer por el hombre, y esto habia producido un notable cambio en la familia.

Habia ya en el gymneceo algo más que un bazar de esposas; la poligamia empezaba á descender á su ocaso, y asomaba la aurora de la rehabilitacion femenina. En el interior de aquellas habitaciones pululaba un enjambre de mujeres, pero no ya con el carácter de esposas legítimas cuyo título se otorgaba á una sola, siendo las demás esclavas recolectadas en los botines de guerra, y á las que el señor se dignaba admitir alguna vez en su lecho, bajo el especioso pretexto de propagar su descendencia. La esposa, si no legítima, reconocida como tal y por tal contratada, tenia la direccion del gymneceo, gozaba de una autoridad señorial sobre las demás concubinas, y era honrada con más frecuencia por el jefe de familia. Este nuevo progreso semejaba el principio de su emancipacion, puesto que la ternura que hiciera brotar en el corazon del hombre, la rodeaba de una aureola de superioridad, elevándola en condicion sobre las demás reclusas.

Para conseguir estos triunfos, la mujer tenia solamente sus armas: la ternura y las lágrimas. No acudió á la lucha desesperada de las pasiones, no á la intriga doméstica imposible de suyo, puesto que

carecia de importancia y de vida propia en el hogar; pero tenía alma, tenía ojos que eran su reflejo, y al recibir á su esposo en el gymneceo, rodeada de sus hijos, le decia con una mirada: «estos son pedazos de tu alma y de mi alma; un dia amarán como su madre ama, y se avergonzarán de su orígen, sabrán que han nacido de un capricho, y su anatema caerá sobre tí.» El hombre reflexionaba, y el término de su reflexion era el convencimiento de la verdad, la persuasion de que las palabras de su esposa estaban dictadas por la justicia; de aquí que despertase su inteligencia al calor de las armonías que brotaban de la de su compañera, y empezase á considerarla como debia.

Y ¿qué sucede entónces? Los hombres, excitados por la influencia que en ellos empezaba á ejercer la mujer, levantan soberbios monumentos, asombro de nuestra era; dedican majestuosos templos á la naturaleza femenina bajo los nombres de Ísis, Juno, Céres, Palas, etc., y cada uno de los sentimientos de la mujer se refleja en una nueva maravilla. Levantan altares á Diana para sublimar la virtud de la castidad, á Vénus Urania para santificar su amor, á Hebe para significar la poesía que encierra el corazon femenino, y á la Fecundidad para que active la de sus esposas. Dan el primer paso en la civilizacion, empezando por enloquecer ante la hermosura del rostro: la mujer con su penetracion, adivina las glorias que el porvenir la reserva, rompe las tinieblas que entorpecen su rápido paso á lo desconocido, y crea.

Agar, pobre, desvalida, mísera esclava arrojada

del hogar por su señor, vagando en el desierto con su hijo Ismael, es más grande, más respetable en su infortunio, porque forma de aquel pedazo de su alma un pueblo tan inmenso, una generacion tan vigorosa, que su memoria será imperecedera.

La mujer no se detiene á contemplar su obra, y avanza siempre en alas de su fantasía y alentada por su fé. Babilonia es testigo de sus triunfos, y recuerda en Semíramis la atrevida autora de sus jardines aéreos, de sus colosales esfinges: Rodopisa aumenta con su hermosura el catálogo de las reinas, eleva pirámides á sus espensas, y domina el Asia con una mirada de sus brillantes ojos.

CAPÍTULO IV.

La mujer griega.—Las artes, las ciencias y la literatura.—Su descenso, su renacimiento.—La prostitucion legal.—La hetaria.—La ciudadana.

Perdido entre la blanca espuma del Mediterráneo, vecino del Asia y unido por un istmo á Europa, existia un pueblo libre, fecundo en imaginacion y ardiente partidario de la perfeccion social. Atenas, la ciudad de las artes y las letras, despertaba de un sueño belicoso, pletórica de ciencia y sedienta de fama.

Hay un período en la historia de este pueblo, durante el cual, dedicado el hombre á la guerra, olvida en su ocupacion habitual los fecundos gérmenes que la madre hiciera brotar en su pecho. El fragor del combate, la embriaguez del triunfo, perturban su cerebro: las armas absorben su dia, en la noche sueña batallas y asedios, eleva templos á Marte y Júpiter, y les ofrece en holocausto las sangrientas víctimas de sus prisioneros, colocando al pié del ara los repugnantes despojos del que fué su enemigo. El padre y el esposo adquieren el derecho de vida ó muerte sobre su hijas y esposas: la menor falta, el más ligero ademan, determinan la pérdida

de su vida, se las relega al gymneceo, y no se las concede un átomo de libertad.

En estas condiciones, la inteligencia del hombre se embrutece, su deleite es la sangre, cuya vista le embriaga, y falto de la inspiracion de la mujer por la reclusion á que la condenara, las artes decaen, la agricultura agoniza, y nó comprende más belleza, más armonía, que el brillo de las armas y el estrépito de la pelea.

Esta desventurada situacion debia terminar necesariamente: el hombre se cansó de luchar sin fruto, sin otras consecuencias que el lucro del botin; quiso descansar, y no halló reposo sino en los brazos de la mujer. Su embotada inteligencia respondió á los primeros destellos de luz que su compañera le prestó, abrió las puertas del gymneceo, y emprendió con inusitado ardor la difícil tarea de encauzar sus sentimientos, de reformar sus costumbres, despertando del letárgico sueño en que yacia.

Las artes renacieron como por encanto; la oratoria, la dialéctica, brotaron como un torrente en toda la Grecia; se fundó el Areópago y muchos hombres coronaron su frente de inmarcesibles laureles en los certámenes de aquel campo de ilustracion. Grecia asombró al mundo con su fama universal y produjo aquellos inmortales Squilos, Sófocles y Eurípides que fueron el asombro de sus tiempos y la admiracion de las edades futuras.

La mujer griega debia solo á su belleza, su dignidad de esposa, su derecho de ciudadanía. Los niños atenienses, aquel plantel de héroes y de sábios, los futuros Pericles y Demóstenes, aprendian en el

gymneceo la historia pátria y los prolegómenos de la ciencia y del arte. En las paredes de su cerrado alcázar, recreaban la vista delicados frescos de Apeles, inspiradas estátuas de Fidias, y la mujer, la madre de familia, les enseñaba á trazar en las tábulas los primeros rudimentos del lenguaje más poético del mundo. El futuro orador aprendia entre los brazos de su madre aquella elocuencia que habia de ser más tarde el estímulo de nuestros tribunos; el infantil artista se inspiraba en las mejores obras de Polignoto y Praxiteles, mientras recreaban su oido las dulces armonías de la lira de Píndaro y de Baquílides.

En este período de la historia griega, vemos levantarse una nueva institucion, que si bien pudiera parecer un arma formidable á los detractores de la mujer, no podemos pasarla en silencio por la gran doctrina que á nuestro propósito entraña: nos referimos á la prostitucion legal.

Las frecuentes guerras que Grecia sostenia, especialmente en Asia; el contínuo roce con pueblos eminentemente sensuales, habia de llamar poderosamente á sus sentidos é impregnar de voluptuoso deseo el impresionable corazon de los guerreros. La monogamia existia en Atenas; pero se toleraba el concubinato con la esclava, y por tanto, aumentado el número de estas con las hijas y esposas de los vencidos, recrudecióse el incentivo de voluptuosidad que dormitaba en aquel pueblo, grande ya por su historia. Acostumbrado el guerrero á satisfacer sus apetitos apenas sentidos, efecto de la obediencia forzada de las siervas; ofuscado por esta

prodigalidad del placer, no advirtió que á la sombra de la esclavitud se levantaba el pavoroso fantasma de su propio deshonor.

La turbulenta juventud, que no encontraba placeres sino en la guerra ó el amor, asaltó la propiedad del patricio, y confundiendo á la ciudadana con la sierva, hizo huir á la primera de los sitios públicos, lastimando su pudor con inusitadas demostraciones. Preciso era á la griega levantar una barrera entre su castidad y la insolencia: la mujer meditó, y emancipando parte de sus esclavas, las declaró libres, á fin de que estas infelices fuesen á pagar su rescate bajo los pórticos del Partenon. Nacida la prostitucion al calor de esta idea, fué necesario más tarde reglamentarla, puesto que la ciudadana ateniense, elevando su voz ante los arcontes, dijo: «Si nos hemos de ver libres de la seduccion, si hemos de ser dignas esposas é hijas vuestras, es preciso que deis á esa juventud insolente los placeres que hoy nos exije como un deber: de lo contrario, temblad por nuestra virtud y vuestra honra.» Justo era, pues, que el arcontado atendiese sus ruegos, é hízolo así instituyendo los *Dicteriones* donde se tributaba culto á la Vénus Pandemos por esa clase de mujeres, á las que se llamó *libertas* ó *libertinas*. Podrá argüírsenos que la trascendencia del mal fué más terrible que la lucha heróica del pudor contra la seduccion; pero ante un peligro tan inminente ¿qué habia de hacer la esposa digna sino abrir un fontículo para depurar el vicio inmiscuido en la sangre del pueblo griego?

El ateniense era, no obstante, pensador hasta

en sus placeres: adoraba la belleza plástica, pero le seducia mucho más la estética. El goce que en la mujer buscaba, no podia en manera alguna satisfacerle, si no duraba más que lo que el espasmo voluptuoso, y la cortesana se hizo sábia. Aprendió ciencias, artes, literatura, historia, filosofía, cuanto creyó necesario para halagar la imaginacion de su amante y retenerlo entre sus brazos; quiso ser maestra en el placer y en la doctrina, y de este sueño nació la *hetaria*.

¿Qué fué la hetaria? La cortesana libre, la mujer galante que no concedia sus favores por el óvolo del primer solicitante, sino que libre en su eleccion, distinguia á aquel que lograba interesarla. La misma distancia existia entre ella y las *aulétridas*, ó tocadoras de flauta, y las *dicteriadas*, que entre la hetaria y la mujer honesta ó ciudadana. Su casa, amueblada con todo el refinamiento del lujo, era un pequeño museo de obras de arte; su estrado el trono donde brillaba su belleza, y su atmósfera la literatura y la ciencia.

Vedla sentada junto al trípode de oro donde un pebetero arroja voluptuosos perfumes en espirales de humo; suelto el cabello que rueda por su mórbida espalda como una cascada de oro ó de azabache, descubierto y palpitante su nevado seno, fija su mirada, fulgurante de inspiracion, en los dorados artesones del techo, y crispando sus ebúrneos dedos sobre las cuerdas de su lira. El festin ha terminado: el vino del Himeto, circulando de mano en mano, derrama por las venas del ateniense un torrente de abrasadora lava; sublímase el sentimiento en aque-

lla alma tan propensa á la sensacion, y recostando su abrasada frente en el seno de la hetaria, sueña como Hipatía en el infinito. La cortesana arrulla su sueño con la poesía épica, despliega paulatinamente sus recursos literarios, y finalmente, le descubre los ricos veneros de su vasta erudicion; de esta manera, el hombre, al par que bebe en sus lábios el amor, deja penetrar en su alma las lecciones que su maestra sabe deslizar en la conversacion, y adquiere el amor á la ciencia.

La ciudadana comprendió el partido que de esto podia obtener, y adquirió la instruccion de la hetaria; hizo más aún: le abrió las puertas de su casa, y de este modo consiguió que el hombre no perdiese su leccion diaria, aprovechando su misma corrupcion para instruirle y modificarle. Comprendiendo que la aridéz de la ciencia fatigaba al hombre y le arrojaba del hogar, no vaciló en sacrificar sus celos, y ella misma conducia á la *hetaria* hasta la sala del festin, retirándose despues á sus habitaciones para llorar amargamente su deshonra. Pero la reforma estaba hecha y el hombre empezaba á tributar culto á la belleza y al saber: las divinidades del Pantheon, importadas del Asia, perdieron su carácter obsceno, y á la Vénus Pandemos, personificacion lasciva de la sensacion, sucedió la Vénus Urania, representacion del amor sentimiento, para oir desde su altar las castas invocaciones de las vírgenes, ó las súplicas de la viuda en demanda de un nuevo esposo. Reinó en los templos el sentimiento de la pureza, y las sacerdotisas de Céres y Minerva votaron su castidad temporalmente para renovar des-

pues su voto perpétuo ante los altares de Tespis y Diana Hymnia. Aun en las fiestas de Dionisyos (Baco), en las que se permitia á las ciudadanas atenienses asistir á la celebracion de los misterios, reinaba tal castidad, que las casadas habian de jurar ante los arcontes encontrarse puras de todo contacto reciente con sus esposos, y soló era dado á las vírgenes presidir la solemnidad.

La *hetaria* intenta ascender al honorífico puesto de ciudadana, y comprendiendo que para ello tiene que cegar el abismo de su impureza, proclama por boca de Diótima que el alma de la mujer para amar y ser amada, debe revestir el cendal de la castidad y ceñir el cinturon de la modestia.

¡Honor y gloria á la ateniense que no vaciló en sacrificar su mismo pudor, á tal de instruir al hombre!

CAPÍTULO V.

Roma.—El matrimonio romano.—Restriccion de la ley de divorcio.—La matrona en el circo.—El Imperio.

Segun la fábula, Rómulo y Remo habian llamado á sí á todos los pastores que pululaban por las ásperas vertientes de las montañas italianas, y formando de ellos un pueblo, fundaban á Roma. Este abigarrado conjunto de pastores y merodeadores de bosque, no podia subsistir sin mujeres, y careciendo de ellas, en vez de buscarlas donde abundaban, hallaron más cómodo robar á los Sabinos sus mujeres é hijas, cimentando con estas uniones primitivas lo que más tarde habia de llamarse pueblo romano.

El rapto fué, por tanto, la primitiva manera de constituirse en familia, y, como consecuencia lógica, la más asquerosa promiscuidad reinó en aquellos primeros dias en que la historia se mezcla con la fábula; pero poco á poco fueron los romanos adquiriendo la civilizacion griega, su vecina, y ya en tiempo de los Reyes, el matrimonio se constituia de un modo más ceremonioso, si bien no más estable.

Conocíanse tres clases de esponsales. La *confarreacion*, que consistia en presentarse los cónyuges

en el templo de Júpiter y comer de una torta amasada *ad hoc* en el ara santa, estando el marido acostado, la mujer sentada y en presencia de 10 testigos.

La *coempcion*, cuya ceremonia consistia en la aceptacion del contrato mediante la entrega al padre de la desposada de un *as* y una *libra (æs et libram)*, acaso como recuerdo simbólico de la compra de la mujer por el hombre; y

La *usucapion*..... ¡que era la toma de posesion por usufructo! Esta fué la forma que más se usó en la primer época de la historia romana, y, por tanto, reviste los más cínicos caractéres. Bastaba para adquirir el enlace fuerza legal, que el futuro hubiese dormido durante cierto tiempo en casa de su prometida sin faltar más de tres noches á la costumbre, y con esto basta para juzgar de su inmoralidad. Debemos hacer justicia á los sentimientos del pueblo romano, diciendo que este matrimonio solo se celebraba entre las clases más abyectas de la sociedad, así como la *confarreacion* era el más usual entre la nobleza, y la *coempcion* en la clase media.

De todos ellos, vemos que el más noble, la forma más propia de expresar la igualdad de los dos sexos, era la *confarreacion*, si bien conservaba entre sus ceremonias alguna aberracion, recuerdo de primitivos errores: describámosla.

La torta nupcial se ha comido ante el altar de Júpiter, y un lazo sagrado une, no la voluntad, sino los cuerpos de los contrayentes: el *sponsus* coloca en el dedo de la desposada el anillo de hierro que simboliza la sumision de la mujer á la inquebranta-

ble voluntad de su señor, y una vez aceptado por ésta, pasea el esposo la punta de una azagaya sobre la cabeza de la mujer para señalarla con el estigma de la servidumbre. Hé aquí las reminiscencias del pasado: veamos la profecia del porvenir.

Mediante las ceremonias indicadas, la mujer ha muerto en la familia paterna para revivir en la del esposo á cuyo dominio pertenece ya, y sale del templo entre los cantos epitalámicos de los convidados, para ir á habitar la casa de su nuevo señor; pero la puerta está cerrada, el esposo desde la parte de adentro le pregunta qué es lo que busca, y los balbucientes lábios de la novia murmuran: *Ubi tu Gaius, ibi ego Gaia*: es decir, quiero vivir en tu vida, identificarme contigo; y la puerta se abre para dar entrada á aquella criatura que cambia de señor, pero no de servidumbre, proclamando (¡cruel sarcasmo!) su identidad con el esposo. Vedla en el *atrium* purificándose por el agua y por el fuego, simbolizados en el ánfora y la antorcha que ambos contrayentes han de tocar con sus manos: el esposo le hace entrega de una llave, y por medio de este símbolo la nombra intendente de su casa, dándole la direccion de la parte económica. Sólo falta ejercer dominio sobre las cosas, y á las voces del cántico *¡Sparge nuces!* la desposada arroja nueces á los circunstantes, y queda terminada la ceremonia nupcial. Ya está ligada al hombre por vínculos sagrados, pero no indisolubles por desgracia: resta al esposo el derecho de repudio, y la ley le permite usar de él por los más fútiles motivos.

El marido podia en caso de repudio retener la

dote de la esposa, y esta era la causa de que continuamente fuese la mujer repudiada y tomada á la vez por otro, que no tardaba mucho en seguir el ejemplo de su predecesor. La mujer vivia en menor edad, *in manu*; herida de incapacidad legal, nacia bajo la autoridad del padre; más tarde caia en la del esposo, y en su viudéz bajo la tutela de su hijo que podia imponerla como tutor un nuevo matrimonio sin consultar su voluntad. Si el hijo falta, cae bajo la tutela del *agnado*, que dispone, como administrador, de los bienes de su pupila: no puede testar ni perseguir á nadie en justicia aun por malos tratamientos, y de esta manera recorre la infeliz el calvario de su vida, sin otra recompensa ni otra esperanza que la incierta luz del porvenir.

Pero llega un dia en que la confarreacion pierde su carácter para convertirse en coempcion, y á su vez en usucapion ó usufructo: el libertinaje crece y relaja los vínculos sociales; no se detiene ante el *atrium* del patricio, y exige el adulterio á la casta esposa con el cinismo que impera en el lupanar. Lucrecia le cierra el paso con el puñal de Colatino, y á su brillo cae la decrépita monarquía, arrastrando en sus ruinas aquella legislacion caduca por su misma injusticia.

El pueblo vota la república, y comprendiendo la necesidad de reformar su constitucion, dicta leyes que regularicen la vida en la familia. Siendo el esposo administrador de los bienes de su mujer, coloca á su lado *el esclavo dotal*, cuya mision era, como su nombre indica, cuidar de que la dote de la esposa no fuese dilapidada por su marido. Tratando de

corregir el abuso que del repudio y del divorcio se hacia, restringe la ley, disponiendo que este no pueda verificarse sino con motivo de adulterio plenamente probado, y concediendo al esposo en este caso la facultad de retener la dote.

La mujer ve que puede reconquistar el terreno perdido, modifica su conducta, y adquiere por otra ley el derecho de salir á la calle llevando el rostro semi-velado por un tul, para distinguirse de la cortesana que le llevaba totalmente descubierto. A partir de aquel momento, el *consortium omnis vitæ* es un hecho durante la edad de oro de la república: la esposa es admitida á comer en el *triclinium* con su esposo, se le dá el puesto de honor entre los convidados, y ella dispone el órden de los manjares y de las fiestas que sirven de intermedio al banquete. La galantería hace por ella más que todas las leyes promulgadas en su favor; el esposo la distingue con la más exquisita delicadeza, y si la maltrata ó la abandona, puede llamarle á juicio conciliatorio ante el altar de la diosa Viriplaca, conservadora de la paz doméstica.

Marco y Decio Bruto, para honrar las cenizas de su padre, habian introducido en Roma los espectáculos del circo, y no era extraño que habituado el romano á la guerra y á ver atados á su carro vencedor reyes y príncipes prisioneros, que más ó ménos tarde eran asesinados, se acostumbrase á la crueldad y á la vista de la sangre. Pero los espectáculos de la lucha de fieras eran por demás costosos, y el Estado hubo de sustituirlos con los de gladiadores, en general prisioneros de guerra y condenados á la

última pena: esta innovacion tenia tambien otra razon de ser que, aunque cruel, encerraba su principio económico, pues de este modo se evitaban gastos al Erario con la manutencion de aquellos infelices. ¡Horrible borron que mancha la historia del pueblo más grande del mundo!

La matrona adquiere á su vez el derecho de asistir á estos espectáculos, y su alma de mujer sabe adquirir la prerogativa de indulto para el gladiador vencido: bástale levantar un dedo, y el vencedor perdona la vida á su contrario tendido en la arena y pronto á recibir el golpe de gracia. La mujer usa de este derecho, convertido en ley por la costumbre, y lo hace porque vé al hombre exaltarse á la vista de la sangre, y comprende que dejándole gozar á su placer estas impresiones, no ha de tener eco en su corazon la propaganda del amor y de la dulzura.

Despues del espectáculo, y rodeada de sus hijos en la intimidad del hogar, aboga por la supresion ó modificacion de estas fiestas, diciendo á su esposo: «Mira nuestros hijos y compadece á la madre que ve morir al suyo en las arenas del circo.» El esposo, apegado á sus costumbres, le hace observar que los gladiadores han sido enemigos del nombre romano, pero ella le replica: «Reflexiona, te ruego, que nuestros hijos pueden ser á su vez prisioneros de una nacion enemiga, y entónces habrán de sufrir la ley de represalias: ¿qué seria de nosotros si les viésemos luchar para satisfacer un capricho del vencedor?» Y una lágrima que se deslizaba por su mejilla, arrancaba un suspiro al corazon de su espo-

so, que, al par que comprendia la justicia de la observacion, conocia cuán difícil es desarraigar la costumbre de un pueblo que sólo pide *panem et circensis*.

Un saludable retraimiento iba notándose entre la clase ilustrada que dejaba de asistir al circo como habia dejado de tomar parte en los juegos *Lupercales* y *Saturnales*; pero aquel pueblo tan grande habia llegado á su apogeo, y era preciso que descendiese á su ocaso. Vino la dictadura, que á su vez se convirtió en Imperio, y á la sombra de los Césares, volvió á ser la reina del mundo una cloaca de prostitucion.

Todo conspiraba al libertinaje en la mujer: paseo, baño, teatro, comida, música, pintura, la lectura misma, eran otros tantos incentivos al placer. En el paseo, y queriendo sobrepujar en atractivos á la cortesana griega, se rodea de un lujo asiático, y enrosca á su desnudo seno el escamoso cuerpo de una culebra viva, para conservar fresca y tersa la piel; en el baño, son admitidos á la vez los dos sexos, y cuando ménos, menudean los galanteos de antesala; en el teatro, presencia las traducciones de los dramáticos griegos, que versaban siempre sobre intrigas de las cortesanas; en la comida, se perfuma las manos con cinabrio de Arabia, saborea manjares condimentados con afrodisiacos, y á los postres presencia un baile erótico, en el que la bailarina cubre su cuerpo con una ténue gasa por un refinamiento de lujuria; en la música, oye melodías que reflejan todos los matices de la pasion amorosa; en la pintura, encuentra representadas escenas de

amor entre fáunos y náyades; y finalmente, la lectura solo le ofrece los cuentos lúbricos de la sacerdotisa Elefantide.

Con semejante educacion ¿qué habia de suceder? Los titánicos esfuerzos de la mujer de generaciones pasadas, cayeron ante las pasiones de la nueva generacion, y el repudio, el divorcio, la violacion, cuanto tendia á la relajacion de la mujer, volvió á ser moda en aquella Roma, que habia sido la señora del mundo. No hay freno, no hay ley que ataje el mal: Augusto dá la ley Julia, castigando el adulterio, y al dia siguiente preséntase á desafiarla su misma hija, prostituyéndose en el *Forum* con el primero que vió.

Sonó la hora de muerte para el Imperio: sus mismos crímenes, cimentados en la molicie, abrieron la huesa en que se sepultó con horrísono estruendo, y aquel pueblo tan grande, cayó para siempre envuelto en el lodo de su corrupcion.

4

CAPÍTULO VI.

La mujer gala.—Las druidesas.—Sus privilegios.— Legitimidad de la esposa.

Fijemos ahora nuestra atencion en un pueblo bárbaro que, oriundo del Asia, y despues de haber vagado mucho tiempo en la gran selva Ercinia, que ocupaba todo el Norte de Asia y Europa, se establece definitivamente en un terreno fronterizo á las provincias romanas, para ser más tarde el azòte del Imperio. El pueblo galo, nacido entre impenetrables bosques, rudo como la naturaleza bravía que le dió cuna, sienta sus reales en lo que despues se llamó Galia, y cuyo territorio abarcaba desde el Rhin á los Pirineos, desde el Mediterráneo al Pó, desde el Atlántico á la Germania.

Nacion formada de guerreros, solo vive para la guerra: el galo, fuerte, vigoroso, de atléticas formas, ojos azules ó garzos, y expléndida cabellera rubia, que ya flota sobre sus hombres ó se anuda arrogante sobre el coronal, es el símbolo de la fuerza y de la energía. Su traje se reduce á un calzon ancho que le cubre hasta la mitad del fémur, y una piel de búfalo ó de leon recogida bajo la barba con un broche de cobre: sus armas, una espada sin pun-

ta, de doble y afilado corte, hecha de hierro ó cobre, y pendiente de sus hombros por una cadena, un dardo terrible, cuyo hierro termina en forma de media luna para hacer mortal la herida, y un ancho escudo cuadrado que le sirve á la vez de lecho y arma defensiva. Tíñese los cabellos con agua de cal para darles un color rojo subido, deja crecer su barba, ó cuando ménos un espeso bigote, y desecha como objetos inútiles el capacete y la coraza, porque, en su menosprecio á la vida, prefiere luchar semidesnudo.

El galo es apasionado por los bosques y torrentes, porque los primeros le prestaron su sombra en la infancia, y los segundos arrullaron su sueño sobre el escudo de su padre. Ama las selvas, porque pegado al tronco de las encinas, crece el *muérdago* sagrado, panacea científica y religiosa de sus padecimientos, y entre el espeso follaje del bosque puede elevar sus *cromlechs* y adorar en ellos á Teut. Su religion es una mezcla del politeismo con las creencias célticas: en sus principios inmola, por mano de sus *Druidas* ó sacerdotes, víctimas humanas heridas en el diafracma, para predecir por sus movimientos nerviosos el resultado de su próxima expedicion. Tiene derecho de vida ó muerte sobre su esposa é hijos, y si bien el guerrero es monógamo, el magnate practica la poligamia y usa de los derechos señoriales con sus mujeres.

En un claro del bosque y al rededor de los *cromlechs*, se agrupan otros monumentos más pequeños llamados *Dolmen*, que acaso tiene la mision de guardar los restos mortales del guerrero. El *Druida*,

vestido con una larga túnica blanca y colgando de su cuello la segur de oro, vigila constantemente al lado del altar, traduciendo por el vuelo de las aves la parte del mundo por donde la guerra amenaza al pueblo ó el sitio donde el armoricano debe dirigir sus armas en son de conquista.

Un pueblo en que imperaban semejantes costumbres, parece que habia de ser refractario á toda idea de civilizacion, y sin embargo, nada ménos que eso. A la invasion de las Galias por los romanos, ya encontró César modificadas sus costumbres en gran manera: los sacrificios humanos eran muy raros, ó mejor dicho, se aplicaban á los actos de justicia con sentenciados á la última pena, sustituyéndose la víctima con un toro blanco que jamás hubiese estado sujeto al yugo de la servidumbre. ¿Cómo y en virtud de qué se hizo esta reforma? La historia no lo dice, pero los *bardos* lo han cantado en sus poemas.

En la costa más escabrosa de las Galias, sobre un promontorio de rocas que se llamaba la isla de Seu, existia un templo levantado en honor de Teut, de cuyo cuidado estaban encargadas nueve sacerdotisas que hacian voto perpétuo de castidad y se ocupaban, al par que de los sacrificios, en revelar el porvenir á los marineros que con este objeto abordaban la isla. Estas mujeres eran, como todas las galas, altas, esbeltas, de suave y nacarina tez, y elegidas entre las más bellas de cada tribu. Su amor á la pureza y su prudencia en el consejo, hicieron que los guerreros armoricanos les concediesen derecho de *veto* en las asambleas druídicas, y por lo

ménos una vez al año, ó más si se trataba de declarar la guerra ó la paz, eran admitidas á deliberar con el pueblo presidido por los sacerdotes, y su decision causaba ejecutoria en el momento de pronunciada.

Íbase á consumar un sacrificio humano en honor de los dioses: el jefe de los druidas esperaba el momento oportuno para herir la víctima tendida sobre el ara santa, y el pueblo, congregado al pié del *cromlech*, entonaba el «Cántico de la Muerte.» Pero hé aquí que entre los añosos troncos de las encinas resuena un canto dulce y melancólico: los guerreros se levantan, empuñan sus armas y abren paso á las *hijas de Seu*: estas aparecen vestidas con largas túnicas blancas sujetas á la cintura por una argolla de oro, coronadas del *muérdago* sagrado y empuñando la segur de oro con una mano, mientras en la otra ostentan la serpiente de cobre, símbolo de su gerarquía. Rodean el altar, desatan á la víctima, y la ponen en libertad: inútiles son las reclamaciones de los sacerdotes; no les intimidan sus siniestras miradas, porque les basta enroscar á su desnudo brazo la serpiente metálica, y en el momento las rodean los guerreros blandiendo la espada en su defensa, mientras el *bardo*, pulsando su *rotta*, entona el canto de guerra de la Armórica.

Este profundo amor del pueblo á las sacerdotisas, fué causa de grandes innovaciones en la política y en el hogar. Componiéndose el pueblo galo de diferentes tribus, y siendo su gobierno puramente teocrático, la sacerdotisa le hace caer á sus piés: sustituye aquel feudalismo tiránico con una verda-

dera democracia, formando cantones de una y otra tribu, gobernados por un consejo de ancianos, y dá á esta federacion el nombre de *ciudades hermanas*: alienta el patriotismo popular por medio de la idea religiosa, y no descansa un momento hasta conseguir la abolicion gradual de la poligamia.

Como uno de los dogmas religiosos de este pueblo era creer inmortal la materia como el espíritu, adoptado el muérdago por su verdor permanente como un emblema de sus creencias, reuníanse los galos una vez al año en el bosque sagrado, y precisamente al sexto dia de la luna nueva de Octubre, para recolectar el sagrado ramaje. El muérdago no podia ser cortado con segures de hierro, acero ó cobre: estaba prescrito que únicamente la hoz de oro pudiera separarle del tronco de la encina, y que, hecho esto, fuese distribuido al pueblo por las sacerdotisas. Llegado el momento, el jefe de los *Druidas* se acercaba al árbol sagrado, y al eco de los cantos religiosos entonados por el pueblo, segaba la planta, que una sacerdotisa recogia en su halda y las demás distribuian al pueblo. En esa suprema hora se renovaban las federaciones, se elegian los jefes ó caudillos, y se votaban las decisiones más trascendentales para la familia.

Abolida insensiblemente la poligamia, empieza la mujer á conquistar su puesto de honor: ya es esposa única y legítima en el hogar, tiene la tutela y el cuidado de sus hijos hasta la mayor edad, en cuya época los entrega al esposo para su educacion militar, única que el galo conocia; y avanzando siempre, aunque lentamente, en su camino, realiza

su identidad con el esposo. Acostumbrado el galo á oir sus consejos, cambia sus condiciones de tal manera, que al contraer matrimonio y recibir la dote de la mujer, pone otro tanto por su parte en fondo, calcula sus productos, y de comun acuerdo decide con su esposa que el superviviente sea heredero de aquel capital, ó el hijo mayor en caso de la muerte de ambos.

Este pueblo se engrandeció más y más cada dia por la consideracion con que trataba á la mujer, y no solo sacudió el yugo romano, arrojando léjos de sus costas las *triremes* del Imperio, sino que llegó un dia en que sus ejércitos vivaquearon bajo las murallas de Roma. Al desaparecer de la haz de la tierra por haberse fundido en la gran familia universal, dejó escrita en ciclópeos monumentos la historia de su nombre: si alguna vez al cruzar los bosques de la Francia oís un cántico dulce y melancólico en una noche de luna, no dudeis en afirmar que es el eco de la lira de Ossian que canta las azañas de los hijos de Armórica

CAPÍTULO VII.

Jesucristo.—La nueva doctrina.—La mujer cristiana. —La mártir.—Rehabilitacion de la mujer.

Mientras estas razas conquistadoras dominaban el mundo convirtiendo la Europa en un cementerio, una verdadera revolucion social agitaba el Asia y amenazaba invadir el continente europeo. Un hombre-Dios, hijo de una Vírgen de Nazaret, aparecia en el desierto predicando una religion, síntesis del amor y la ternura: Jesús basaba su doctrina en el primer precepto del Decálogo mosáico «Amarás á tu Dios de todo corazon y á tu prójimo como á tí mismo.» De entender esta doctrina y hacer prosélitos en favor suyo, se encargan doce pobres pescadores, sin otras armas que su elocuencia sencilla, ni más escudo que su inquebrantable fé. La nueva doctrina no excita al sensualismo como las religiones hasta entonces conocidas, sino que por el contrario, impone la castidad y la pureza: siembra de espinas el camino de la vida, y promete al alma inmortal un paraiso de tranquilos goces, donde extasiada con su felicidad, toque los misterios de Dios y se identifique con Él por medio del amor.

Jesús no viene á la vida rodeado de la opulencia

y de gran aparato de gloria, sino que, habiendo de predicar la humildad y la pobreza, nace en un pesebre de Bethlehem, reclinado sobre la paja de la dorada mies, fructificada por el sudor del pobre, y entre el buey y el asno, símbolos del trabajo y la paciencia. Allí recibe las primeras adoraciones, no de magnates y potentados, sino de míseros pastores: nace para el proletario, á quien ha de regenerar y predicar la igualdad del alma con la palabra y el ejemplo. Tiende una mano cariñosa al oprimido y anatematiza al opresor exclamando: «¡Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados!» é inspirando desprecio á las riquezas, dice al pobre: «¡Dichoso tú, hijo mio, porque tuyo será mi reino!» Una religion que de tal modo llamaba al alma, necesariamente habia de hacer grandes progresos en el proselitismo; pero si el hombre la aceptó con ferviente entusiasmo, la mujer debia adoptarla con todas las fuerzas de su corazon.

El innovador condenaba la poligamia, proclamando que la mujer, *igual en carne y espíritu al hombre*, debia ser única en el tálamo conyugal: por eso dice al esposo: «Compañera te doy, no esclava.»

El amor filial es, sobre todo, lo que más encarece á sus adeptos; y por amor á su madre, no vacila en trastornar por primera vez el órden de la naturaleza en las bodas de Caná. Comprendiendo que el amor de la mujer es todo ternura, dice dirigiéndose á ella: «¡Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia!» añadiendo como complemento de esta esperanza y antídoto de las pasiones en la mujer: «Si tu ojo te escandaliza, váciale;» ó lo

que es lo mismo: «Yo te elijo entre las criaturas como mi predilecta; pero no dés por ello cabida en tu corazon á la soberbia y el orgullo.»

Admite en su comunion lo mismo al hombre que á la mujer; por igual los instruye, por igual los considera, y de este modo prepara la rehabilitacion femenina, separando las trabas que el paganismo la imponia. La mujer, sedienta de dulzura, abre su alma á la nueva creencia, se satura de ella, y se convierte en su más entusiasta defensora. Jesús predica el perdon de los pecados; y como no habla en nombre de una divinidad vengadora, sino de un Dios clemente, encuentra su voz cada vez más eco en una sociedad que miraba á sus dioses como seres terribles y les adoraba por miedo.

Una pobre mujer encenagada en el vicio, penetra una vez en la sala donde Jesús se encontraba cenando con sus apóstoles: arrójase á sus piés, los lava con sus lágrimas, los perfuma con bálsamos, y no se levanta sino cuando el Maestro la dice: «Vé en paz; tus pecados te son perdonados.» Los apóstoles se escandalizan de que Jesús haya consentido en su cuerpo el contacto de una pecadora, y oyen de su boca por toda contestacion: «En verdad os digo, que sus pecados están perdonados porque ha amado mucho.» Otra, acusada de adulterio, vá á morir apedreada segun la ley de Moisés: Jesús se aparece á su lado, se inclina al suelo, y escribe en la arena: «El que esté limpio de pecado arrójele la primera piedra.» Todos se apartan de la infeliz temiendo que en sus frentes aparezca el estigma de sus vicios, causa, tal vez, del crímen que intentaban cas-

tigar; y Jesús, levantándola del suelo, la rehabilita en público diciendo: «Vé en paz, y no vuelvas á pecar.»

En vista de tal piedad, la mujer abraza con entusiasmo la nueva religion, y la inculca en el corazon de su esposo y de sus hijos: el cristianismo crece y se desborda por la ciudad y por el campo, haciendo de un pueblo de rivales una ciudad de hermanos. Los altares del paganismo se derrumban ante la doctrina civilizadora del Nazareno, y el aire se impregna del perfume purísimo de tan ideal religion: los neófitos empiezan por dar libertad á sus esclavos mirándolos ya como hermanos, y terminan repartiendo sus riquezas entre los pobres, para que de este modo, se cumplan en ellos las profecías de Jesús. Los salones donde poco ántes se cantaban las odas báquicas, y sobre cuyo pavimento resonaron los bailes lúbricos, se convierten en oratorios de la mujer cristiana, que, reuniendo en ellos á toda su familia, eleva su corazon á Dios, pidiéndole paz para sus amigos y enemigos.

Creciendo cada dia más el prestigio del cristianismo, los emperadores romanos tratan de ahogarle en su cuna persiguiendo al innovador: este muere en una cruz perdonando á sus verdugos, y la sangre del Mártir del Gólgota robustece su doctrina y centuplica sus adeptos. Inútiles son las persecuciones, inútiles los tormentos á que se sujeta al creyente: la religion se extiende más y más, y sienta sus reales en el mismo palacio de los Césares, porque la idea no se combate ni se extingue con la destruccion, sino con la fuerza de otra idea.

La mujer es la primera en dar el ejemplo: nada le arredra, nada le abate, y en medio de los más horribles tormentos inventados por la barbárie para hacerla abjurar de sus ideas, grita á sus verdugos: «¡Soy cristiana!» Es decir: «Sigo la doctrina de mi Maestro y desafio tu rencor.» Las luchas de gladiadores se sustituyen con el martirio de cristianos; flota una nube de humo sobre Roma, y la atmósfera se satura de las emanaciones de la sangre sin que el neófito vacile un solo instante en sus creencias. Firme en su decision, arrostra sereno los asaltos de las fieras que despedazan sus miembros; y fijando su vista en el firmamento, excita á sus verdugos, diciéndoles: «¡Desgarrad mis carnes, hermanos mios, castigad la materia, para que el alma purificada de sus culpas, ascienda en esa nube hasta el trono de mi padre celestial!»

La mujer practicaba ya de hecho el sacerdocio en la familia; solo le faltaba ejercerlo en el órden religioso. Las persecuciones, en aumento cada dia, hacian necesaria la adopcion de medios que garantizasen el ejercicio del culto, preservando al mismo tiempo los vasos, ornamentos y ceremonias sagradas de la profanacion gentílica. Preciso fué que el cristianismo se refugiase en las catacumbas, y celebrase en la soledad de sus bóvedas los misterios que el panteismo le prohibia exhibir en público; pero no le era menos necesario visitar la ciudad para predicar sus doctrinas y santificar con el agua del bautismo la cabeza de los catecúmenos. Los sacerdotes eran insuficientes en número para satisfacer las exigencias del culto, y haciéndose los bautismos por

inmersion, el pudor de la vírgen cristiana habia de lastimarse al ser tocada por las manos de un hombre, por más que éste fuese ministro del culto: la Iglesia encontró el medio de allanar el obstáculo, instituyendo las *diaconisas* encargadas de administrar el bautismo á las mujeres, llevar el pan eucarístico á las cárceles, y cuidar de las ropas y accesorios del culto.

Escasas noticias han llegado hasta nosotros referentes á la vida de la familia en los primeros siglos de la sociedad cristiana, pues combatida incesantemente por la persecucion, y literalmente ahogada en sangre la civilizacion naciente, el secreto de la vida íntima bajó al sepulcro con el mártir. La tradicion, sin embargo, nos muestra el cuadro más completo de la rehabilitacion de la mujer en el hogar y en la sociedad: esposa única, elegida, no por el cálculo, sino por el amor, atiende directamente á la educacion de sus hijos inculcándoles las virtudes de su alma purísima, é instruyéndoles en la dulzura y en la pureza, cualidades inherentes á su corazon angélico.

Gozando de la misma autoridad que el esposo, éste enseña á sus hijos á respetarla, guardándole por su parte todo género de consideraciones: ella es la directora de todo cuanto se refiere á la parte económica de la casa, y de cuanto concierne al buen órden y gobierno de la familia. Durante el dia provee á las necesidades de sus administrados, y por la noche, reuniéndolos en una de sus habitaciones, reflejando en su rostro la fé más viva y el amor más intenso por su religion, ora con ellos y les explica

con sencilla y persuasiva elocuencia los misterios del cristianismo.

Renunciando voluntariamente á los espectáculos públicos, donde el Estado reune cuantos incentivos puede despertar la pasion, solo aparece en la calle cuando la caridad la llama en auxilio del necesitado ó la Iglesia celebra sus funciones en los subterráneos de la ciudad. Durante este siglo de oro, es cuando la mujer ha alcanzado el puesto que de derecho le pertenece: despues, las generaciones y los tiempos han pasado sobre ella como un huracan, arrancando la estátua del pedestal á que la elevaran sus acciones y la sublimidad de su virtud, durante aquellos dias en que la sangre del mártir esmaltó las arenas del circo escribiendo en rojos caracteres la palabra AMOR.



CAPÍTULO VIII.

Los visigodos.—La mujer visigoda.—Su política.—Mahoma y su religion.—Invasion de España por los árabes.

Unos cuatro siglos despues de los trascendentales acontecimientos que acabamos de reseñar, ciertas tribus del Norte, desparramándose por Europa y dominando el país perteneciente aún al Imperio romano, sentaban su planta vencedora so las cumbres del Pirineo, mientras los Procónsules de Roma, sustituyendo su valor con la más cobarde bajeza, les abrian los brazos, recibiéndoles como aliados. Los Suevos, Vándalos, Alanos y Silingos, pueblos belicosos y feroces, aunque con el nombre de cristianos, eran de costumbres rudas, y la civilizacion no podia encontrar en ellos un terreno fértil donde extender su semilla. Estaba reservado á otro pueblo cimentar una monarquía estable y unir los disgregados restos del pueblo Ibero, formando con distintas unidades el gran núcleo de una poderosa nacionalidad.

Los Visigodos, ó Godos Occidentales, procedentes, segun unos de la Escandinavia, segun otros de las costas del Báltico, invadieron á su vez los pai-

ses dominados por los bárbaros, formando un reino poderoso al mando de Eurico que dominó la Aquitania, y más tarde casi toda España, exceptuando Galicia y las provincias euskaras, últimos baluartes de Vándalos y Suevos. Su forma de gobierno era la monarquía hereditaria, y su religion el cristianismo, si bien separándose de la ortodoxia católica para seguir los preceptos del arrianismo, secta por entonces muy extendida.

El Visigodo era, como las demás razas aborígenes de los límites Norte de Europa, fuerte, robusto, educado en la guerra, acostumbrado á sufrir las inclemencias del tiempo, sóbrio, y de tal manera perspicaz, que sus más sencillas acciones llevaban por objetivo un fin enteramente trascendental. Practicaba como cristiano la monogamia y era un pueblo modelo en el respeto y consideracion á la mujer, pues aunque dominó el país por la fuerza de las armas, jamás tuvieron que reprocharle las romanas el más pequeño ultraje inferido á su pureza, ni la más insignificante vejacion.

Sin embargo, celoso de su nombre, aspirando á conservar la pureza de su raza en cuanto posible fuese, prohibió absolutamente en su legislacion el matrimonio de la visigoda con el romano y viceversa, para evitar de esta manera la mezcla de sangre y la degeneracion de sus costumbres.

La mujer goda, en quien se admiraba una perfecta belleza unida á un talento natural, sólo comparable á su hermosura, modificó esta ley, pues por su iniciativa dictóse otra permitiendo la union de las dos razas, si bien subsistió por algun tiempo la

prohibicion sancionada por la costumbre. Ahora bien: ¿por qué este cambio? ¿Qué ventajas reportaria esta innovacion á los conquistadores?

Es muy sencillo comprenderlo: si bien existian cristianos en gran mayoría, aún quedaban restos del pueblo romano que más ó ménos públicamente profesaban el paganismo, y cuyas costumbres, cohibidas en público, se observaban en la intimidad del hogar con más lujo de detalles que en la época en que esta creencia era universal y sus prácticas estaban sancionadas por la ley y la costumbre. La mujer goda comprendia cuán grande es la influencia que su sexo ejerce sobre el hombre, y no le era tampoco desconocido que enlazándose al indígena, éste vendria, no tardando, á adoptar los usos, costumbres y creencias de su pueblo, al par que, si se permitia el matrimonio de la romana con el visigodo, era lógico suponer que seria atraido por aquella y desvirtuado el ascendiente de raza, en provecho de ese enemigo á quien acaba de subyugar.

Las contínuas revoluciones que durante muchos años agitaron este pueblo batallador, hacen difícil, si no imposible, seguir paso á paso su historia social entre el interminable dédalo de dinastías que se suceden en el trono y caen á su vez víctimas del puñal homicida ó de la espada de la guerra civil. El ascendiente que gozaba la mujer queda oscurecido por el ardimiento de los combatientes, hasta que un período relativamente pacífico, nos dá á conocer sus progresos con el reinado de Recaredo I. En él encontramos ya fusionadas las dos razas, respetada y atendida la mujer en cuanto lo permitian

las convulsiones que agitaban la monarquía, y extendiéndose paulatinamente el catolicismo, gracias á la conversion del sexo débil, á sus titánicos esfuerzos y á su salvadora política. Baddona, esposa de Recaredo, dá el golpe de gracia al arrianismo abjurando esta creencia en el Concilio III de Toledo; su esposo sigue el mismo camino, y declara ante los Padres en la misma basílica que la religion cristiana católica es la del Estado.

Las artes sienten tambien el influjo de la dominacion gótica. Este pueblo, acostumbrado á la ligera techumbre del bosque, se ahoga bajo los pesados *áticos*, é implanta un nuevo órden arquitectónico, en el que los piramidales y calados doseletes reemplazan á la maciza hornacina, y á través de cuyos calados rosetones se vé el azul del firmamento, cual si quisiera dejar expedito el paso á su oracion para que llegase pura de todo contacto mundanal hasta el trono de la inmensidad.

Acentuando cada vez más su entusiasmo por la civilizacion, marcha de progreso en progreso, hasta que la fatalidad detiene su paso ante el ultraje hecho á una mujer.

Mientras los bárbaros se disputaban y dividian el Occidente, se efectuaba un cambio notabilísimo en el país que los habia vomitado sobre Europa. Mahomet, ó Mahoma, hijo de una mesonera propietaria de un *caravanserraill*, brotaba del desierto enseñando una nueva religion y extendiendo su doctrina con la brillante hoja de su alfange. El mahometismo, mezcla informe de las religiones mosáica, sabéica y cristiana, se condensa en el *Koram* y el

Sunnet ó la *Sunna*, predicando como primer artículo de su fé el exterminio de los infieles, y halagando las pasiones del hombre con el consentimiento de la poligamia y las ofertas hechas á los que mueren por la religion, de un paraiso de deleites carnales, con una vida de contínua paz.

Prohibe á sus adeptos el uso de licores espirituosos, para evitar que la embriaguez sea motivo de rebeliones, y el uso de la carne de puerco, que, por su facilidad en descomponerse, puede ocasionar la pelagra, enfermedad muy comun entonces en Oriente y que enervaba los enfermos hasta el extremo de morir de inanicion. Prescribe el ayuno durante los meses de estío, con objeto de sujetar el cuerpo á un régimen más sano, y las abluciones ántes y despues de la oracion, como único medio de vencer la suciedad ingénita de los hijos del desierto.

Pero donde tiene más atractivo para los orientales, es en la voluptuosidad, que no solo se permite, sino que se acaricia y se alienta: el creyente puede tener cuantas esposas quiera y le sea posible sustentar, estándole permitido tambien usar en el harem de sus esclavas, que por regla general pertenecen á distinta religion, si es que la mujer musulmana tiene alguna creencia. El Koram describe á sus fieles un paraiso enteramente sensual, lleno de naranjos y limoneros, con frutos de oro y hojas de esmeralda, entre cuyos troncos se deslizan arroyos de leche y almíbar, y á cuya sombra juguetean mujeres de expléndida y perpétua belleza, que están encargadas de satisfacer todos los caprichos del verdadero creyente y embriagarle de amor mien-

tras saborea el aromoso café y el narcótico *hastchis*, que le brindan el más dulce sueño.

Una creencia que de tal modo llamaba á la *sensacion*, necesariamente habia de encontrar en las hordas semi-salvages de la Arabia un eco que no habia producido el cristianismo; y como se imponia por la conquista, fué muy pronto dueña del Asia, Africa y parte de Europa. Sus armas, sin embargo, habíanse estrellado en el estrecho de Calpe, más por la indomable energía de los godos, que por lo escarpado é inaccesible de sus costas; pero habia llegado el momento de la decadencia del pueblo visigodo, y España no tardó en verse en poder de los árabes.

Esta nacion yacia en una continuada guerra civil bajo el reinado de D. Rodrigo, que con su débil política aumentaba las rencillas de los *próceres*, y habia desmembrado su reino en pequeños Estados, regidos feudalmente por *cómites* ó condes. La molicie y el placer eran la ocupacion habitual del jefe del Estado, que habia convertido su castillo-palacio de Toledo en una morada semi-oriental: anexa á este existia, y áun hoy se ven sus ruinas, una pequeña sala de baño junto á la márgen derecha del Tajo, y cuenta la tradicion que en su recinto vió el rey á la hija de uno de sus condes llamado D. Julian, y que sintiendo por ella un amor tan impuro como vehemente, mancilló la honra de Florinda y se atrajo el ódio de su padre, que, para vengar la ofensa, llamó en su auxilio á los moros africanos, entregándoles su señorío y abriéndoles con él las puertas de la pátria.

Sea verdad lo que la tradicion nos cuenta, ó sea que Tarif aprovechase la desunion que reinaba entre los magnates godos, lo cierto es que hundió su poder en las aguas del Guadalete; y el estandarte verde del Profeta se enseñoreó en la Península ibérica por espacio de ocho siglos.

Nada, por cierto, perdió con esto el arte, y mucho ménos la ciencia. El génio caballeresco y poético de los conquistadores hizo más por nosotros que la altivez visigoda, y áun contraviniendo á los preceptos del Koram, permitieron á los vencidos el culto de su religion, dándoles la denominacion de *mozárabes*. Acaso parte de esta condescendencia se deba á la visigoda, que, encerrada como esclava en el harem, tuvo la suficiente sagacidad para hacerse amar por su señor é inculcar en su corazon las aficiones de su raza. Sea por esto, sea por lo que quiera, los árabes españoles se distinguieron por su amor á las artes, las ciencias y bellas letras, no ménos que por su galantería.

Preclaros varones, doctísimos en las ciencias exactas, en la astrología y la medicina, legaron su nombre á la posteridad, escribiendo sus obras á la sombra de los frondosos *cármenes* granadinos; ilustres poetas pulsaron su lira en los deliciosos jardines del Generalife, y sábios arquitectos, modificando el arte gótico, adicionándole con los recursos de su fantasía oriental, nos han legado su nombre en los afiligranados techos de la Alhambra.

Aceptando la idea nacida en el corazon de la mujer visigoda, aquella idea que hizo de sus tem-

plos la mansion más propia de la nocion divina, nos dejaron escrita la epopeya de su vida en esas alicatadas mezquitas, que ostentan por muros un velo de finísimos tules y por techumbre un encantador ramillete de flores.



CAPÍTULO IX.

La castellana feudal.—Peligros que la cercaban.—Sus armas.—La caballería.—Fin que se proponia su creacion.

El régimen feudal dominaba en Europa: Francia, España, Alemania, Suiza, todos los países que componen su continente, eran dominio de los señores feudales, reyezuelos que dividian la sociedad en señores y vasallos. Para ellos no existian clases, no habia edades, eran desconocidas las profesiones: en el señor y en su hijo primogénito, si era varon, se vinculaba la clase señorial; los demás habitantes del feudo eran vasallos á quien los señores miraban como cosas, como animales puestos á su disposicion, y sobre los que gozaban el derecho de vida ó muerte.

Sobre la enhiesta cumbre de una montaña, ó en el inaccesible pico de una roca, alzaba sus formidables muros un castillo construido con todas las reglas del arte militar de aquella época: fortísimos bastiones, almenadas torres de ballestería, prolongadas ventanas de saetera, y un puente levadizo, siempre alzado sobre el profundo foso: tal era su aspecto exterior. Lóbregas mazmorras ó subterrá-

neos, verdadera tumba de vivos; sobre ellos la plaza de armas ó patio de la fortaleza; explêndidos salones en el piso principal, en cuyas paredes, cubiertas de tela, campeaban los retratos de familia, graves, ceñudos, respetables, encerrados en sus férreas armaduras; más arriba el oratorio, junto á la sala de armas, esto es, la religion junto á la venganza y la muerte; despues las habitaciones de los pajes, escuderos y servidumbre, y por último, la torre del homenaje descollando sobre toda la fortificacion: esta era la mansion feudal, sombría y tétrica, como debia serlo el nido de aquellas aves de presa que tenian el privilegio de ostentar en su pecho un escudo, blandir una lanza y vestirse de acero.

¿Quién era la castellana? Una víctima del egoismo de su señor; una cautiva aprisionada con cadenas de oro, pero al fin cautiva. Hija de noble cuna, quizá no despierta aún á la vida del alma, tal vez aprisionada en las redes de un amor sincero y puro, su voluntad no habia entrado para nada en la celebracion de sus bodas; su padre le habia dicho: «hé ahí á tu esposo,» y la desgraciada doncella le habia prestado su homenaje, cual se presta obediencia al derecho del más fuerte: habia cambiado de prision, pero no de carcelero; y cuando suspiraba en el silencio de la noche sentada al pié de su ventana y mirando con dolorosa languidez el rumbo de las constelaciones, los mismos vientos besaban su frente, y en las mismas bóvedas se repercutian los mensajeros de su alma.

Siempre igual monotonía, siempre la misma soledad; su único refugio, siempre el mismo: el recli-

natorio de la capilla. Un paje para anunciarle los decretos del señor y una doncella para servirla: esta era su sociedad; y feliz de ella si el señor no la obligaba á presidir las orgías que se celebraban en el castillo, y en las que, agotado el vino en frecuentes y copiosas libaciones, la belleza de la castellana era un aperitivo más al placer de los convidados. Solo tenia un recurso: la maternidad. Si conocia esta dicha, sus hijos eran el encanto de su prision, y esto se comprende perfectamente, porque no hay goce mayor para la mujer que el amor de sus hijos. En el retiro de su cámara enseñaba á su hija la sublime abnegacion de que se habia necesitado proveer; le repetia oraciones, no escritas, sino sentidas con el alma, le enseñaba los dogmas del amor infinito en los preceptos de la religion cristiana, y si una silenciosa lágrima, deslizándose por su mejilla, humedecia los cabellos de la educanda como un bautismo de amargura, borraba la huella con sus amantes besos y lloraba de nuevo lágrimas dulcísimas de felicidad.

Su hijo era su segunda bendicion, bendicion más tranquila, porque al verle no tenia que llorar de antemano su futura suerte; no le lloraba esclavo, sino que le preveia señor; no se le fingia mártir en su voluntad, martirio que á ella le costara tantas lágrimas, sino que le veia imponerla sobre la de los demás hombres, y tenia ahorrado medio camino de su dolor. Pero..... ¡desgraciada! Todas estas satisfacciones eran de muy corta duracion, porque cuando de la niñez pasaba á la adolescencia, cuando empezaba á ser capaz de comprender la inagotable ri-

queza del amor maternal, el padre le secuestraba para llevarle á vivir en otro castillo donde debia hacer el aprendizaje de las armas, y ya se veia viuda con esposo y madre sin hijo.

Terminaba el crepúsculo vespertino; la campana del castillo dejaba oir su fúnebre tañido, y la castellana se dirigia al comedor: hallaba en este, muellemente recostado en su blasonado sillon, colocado en el sitio de honor, al caballero *que le habia hecho merced de su nombre*; al lado opuesto una silla para ella, y en el largo de la mesa otra para el capellan. El sacerdote entonaba el *Benedícite*, que la castellana rezaba con devocion y el señor oia con indiferencia; servíase la comida en que la esposa estaba encargada de hacer la parte, primero á su esposo, al capellan despues, luego á sus hijos, y por último se servia ella, todo en silencio por su parte, mientras escuchaba la pesada relacion que el señor hacia al capellan de tal ó cual batalla, de tal ó cual aventura de esquina, nada edificante por cierto. La comida terminaba: oíase el *De profundis* murmurado por el sacerdote, y terminado que fuera, la esposa se levantaba, inclinaba la frente ante su esposo que apénas estampaba un débil beso en ella, y se retiraba con sus hijos á su cámara, mientras su esposo corria de desórden en desórden gastando su oro y su salud.

Recluida en su angosto camarin, dedicaba las primeras horas de la noche á cuidar de sus hijos y á orar; pero sonaba *el cubre-fuego* en la torre del castillo, apagaba su luz, y velando el sueño del fruto de su matrimonio, dejaba errar sus miradas por

el cénit, pensando siempre en su abyecta condicion, y turbada solamente en sus meditaciones por el ¡alerta! de los ballesteros que vigilaban desde las almenas, y por el pesado ruido de sus pasos en los corredores de la fortificacion. Finalmente, sonaba *la queda*, y la infeliz buscaba en el lecho un reposo á su dolorido corazon, y un nuevo dia, que para ella no habia de tener muy distintas fases. Tal era la vida señorial, tal la libertad de la castellana, libertad que terminaba ante la pesada cortina de cuero que cerraba la entrada de su cámara: por única distraccion, la campiña mirada desde su ventana y la oracion sobre el reclinatorio; por único goce, el cuidado de sus hijos y la obediencia á su esposo; por toda recompensa, una mesa de la que tomaba lo peor y una noche pasada al lado del padre de sus hijos. ¡Desdichada mujer!

Habia descendido en vez de progresar: el hombre, ávido del honor, ley que la mujer le enseñara, sintió plétora de su honra, y faltó poco, muy poco, para que volviese á plantear el gymneceo: casi podemos decir que le planteó, porque la reclusion de la mujer fué un hecho, y por tanto, es cuestion de nombre la diferencia.

Siempre fué más sabrosa la fruta del cercado ageno que la del propio, y para la castellana feudal esta fruta tuvo siempre la forma de un doncel rubio y delicado, ó de un paje imberbe, de rostro moreno, pero de irresistibles ojos negros: podia ser el primero un servidor del encopetado señor, cuyas funciones se reducian á soltar el gerifalte sobre la presa que el señor le señalaba, ó un paje de lanza,

como el segundo, que acompañaba al caballero en sus combates. El primero era un hábil tañedor de laud, que componia tiernos romances de amor, en los que de una manera simbólica se aludia á la castellana: era un timbre llamando constantemente á la campana de su corazon; ¿y quién podia asegurar que no se le habia de responder una vez? El segundo reunia á estos atractivos el no pequeño del valor que se veia obligado á demostrar en los combates; la encantadora facilidad que poseia de relatar con pintoresca frase los diferentes episodios de la lucha; tenia fácil acceso á la cámara de la castellana, y sabia deslizar la conversacion hácia el terreno del amor, para esgrimir en él dos armas poderosas: el suspiro y la mirada; ¿qué extraño, pues, que en fuerza de repetir unos y prodigar otras, aquella alma cautiva en un corazon todavía vírgen, quizá se extremeciese de placer y contestase la agresion con la agresion misma?

Necesariamente se cometia el adulterio; y una série no interrumpida de ellos caracterizaba el principio de la edad que nos ocupa. ¿De quién era la culpa? Diráse que de la predisposicion de la mujer al mal: no opinamos así. La mujer, débil por naturaleza, se veia abandonada por el que debia ser su protector, su apoyo en la vida: la costumbre de verle habia hecho nacer en su corazon cuando ménos la simpatía, principio del amor, y el hombre le pagaba esta simpatía con el desprecio: tal vez amaba á su esposo por ser padre de sus hijos, y el esposo arrastraba su voluptuosidad al par que su honor en las orgías á que se dedicaba. ¿Qué habia de hacer

la mujer, si todos somos propensos á la venganza? Imponerle la pena del Talion, «ojo por ojo y diente por diente;» buscar en el amor ilegítimo los goces que le negaban los brazos de su esposo: esto era lógico, y por más que sea reprensible, por más que inspire horror, habremos de convenir que el hombre era causa de este desórden.

En otro caso no quedaba á la mujer más que un arma: la oracion. Postrada en su reclinatorio, contemplando los misterios de la religion, analizando sus máximas y comparándolas con las que establecia aquel órden social, arrancó á su imaginacion una idea, la de reformar su condicion, valiéndose para ello del cristianismo. La Iglesia vino en su auxilio, y de esta iniciacion nació la órden de la caballería.

El paje del señor feudal ha cumplido los 20 años, y ya su robusto brazo vale para algo más que para ensillar el caballo de su señor: la sociedad reclama al guerrero y este se halla pronto á ceñirse la armadura; pero es necesario que el acto de vestirla esté sancionado por la Iglesia, esté consagrado por la presencia del sacerdote y sus armas sean benditas con ceremonial religioso. Vístesele de blanco, cual si fuese á recibir el bautismo; se prepara á la ceremonia confesando y comulgando, ayuna, practica actos de humildad, y se encierra por veinticuatro horas en la capilla, sobre cuyo altar descansa su futura cota y una espada vírgen aún: esto se llama *velar las armas*. Al inmediato dia, que lo es de júbilo en el señorío donde tiene lugar la ceremonia y en el de los padres del doncel, aparece este ante

el altar, acompañado de sus padrinos, oye la Misa, en la que comulga, y despues se postra á los piés del sacerdote.

Este le bendice, le ayuda á recibir una parte de las piezas de su armadura, haciéndole místicas comparaciones en cada una, y dá por terminado su cometido bendiciéndole de nuevo.

El neófito se acerca al altar, jura sobre el Evangelio defender la religion, socorrer al pobre, al débil y al perseguido, defender la honestidad de las mujeres, no recibir por esposa sino á una *libre de mancilla*, y darle en cambio la consideracion que diera á su madre; entonces el caballero que le recibe el juramento, le golpea tres veces con la espada, diciendo: «En nombre de Dios Padre, de Dios Hijo, de Dios Espíritu Santo, de la bienaventurada Madre de Dios María nuestra Señora y de los Santos San Jorge y Santiago, te hago caballero; cumple como honrado y leal.» Acércase la castellana, le ayuda á ceñir el arnés y le dice: «Esta espada te entrego vírgen, y vírgen de toda injusticia habrás de conservarla; esta coraza te ciño en nombre de tu madre, para que tu corazon sea duro como su hierro á la voz de las pasiones; te ciño este bracelete, para que á su fortaleza se ampare la debilidad de la mujer, sea esta tu esposa, tu hermana, tu prometida y áun tu enemiga; esta espuela que calzo á tus piés, sea para tí el remordimiento si faltas á la fórmula jurada, y te declaro traidor, felón y mal nacido si cometieres este sacrilegio, en cuyo instante quedarás relegado á la condicion de villano.» Hecho todo esto, el nuevo caballero besa la mano á la

dama, recibe el ósculo de paz de los caballeros presentes, y, á partir de este instante, ya puede ir por el mundo embrazando su adarga y cumpliendo por doquier su juramento.

Desde luego puede suponerse que al ingresar en la órden, hacia su debut en el mundo, y que estando en constante trato con damas, hijas, sobrinas ó deudos de otros caballeros, habia de sentir el amor: su prometida reasumia para él cuanto de bueno y bello hubiera en el mundo, y por nada ni por nadie se hubiera persuadido el caballero de que podia haber alguna más hermosa ó de mejores cualidades. El que le contradecia tenia que batirse con él, y los duelos de la Edad Media no terminaban en la fonda como los modernos, sino en el dintel del campo de la muerte.

Caballeros habia que empleaban en esto su tiempo, y ejemplo de ello es el célebre paso de Orbigo, en que un solo caballero rompió quinientas lanzas defendiendo el mencionado puente, durante quince dias, contra cuantos quisieron combatir. Esto era una monstruosidad, no hay que negarlo; pero téngase presente que era la época de la fuerza material, y á ella se habian de referir todos los actos de la vida. A veces la amada del caballero era la mujer del vecino, pero ¿quién quita de un golpe una costumbre? ¿Acaso se siembra la planta para que en un solo dia florezca y dé fruto? La semilla estaba tendida: el fruto vendria á su tiempo.



CAPÍTULO X.

La mujer en las Cruzadas.—El reinado de la mujer.—El tribunal de amor.—Las artes.

Mientras esto sucedia en Europa, en Oriente se cometia una terrible profanacion. Los árabes subyugaban el Asia, y el Santo Sepulcro de nuestro Redentor era objeto de sacrílegas burlas por parte de los conquistadores: Pedro el Ermitaño, ceñido su tosco hábito con un cordel y blandiendo un crucifijo, recorrió el Occidente predicando la guerra santa, y millares de guerreros, ciñéndose la armadura, corrieron á libertar los Santos Lugares de las abominaciones de los infieles.

La mujer tuvo su parte de gloria en estas jornadas: habiendo conseguido hacer del amor una religion, impuso al amante la obligacion de ir á la guerra santa para merecer su cariño, le inspiró la más noble ambicion de gloria, y supo tocar de tal modo la fibra más delicada de su corazon, que Jerusalen se conquistó, y las banderas de la cruz volvieron á tremolar sobre la cumbre del Calvario.

La mujer, durante este período histórico, ya que la debilidad de su sexo no le permitia ceñir el arnés, empleó su ternura y la persuasion de su pa-

labra en procurar prosélitos á las armas cristianas, y no vaciló en seguir al ejército para dar ejemplo á los que desmayaban, aunque para ello hubo de arrostrar el hambre, la sed y la fatiga con un heroismo solo comparable á su fé.

Hubo un momento en que el entusiasmo decayó, en que la causa santa del cristianismo pareció sumida en el letargo precursor de la muerte. El esfuerzo de los Cruzados se estrelló ante los muros de la Ciudad Santa: la ineficacia de los triunfos, la carencia de bastimentos, la indomable fiereza de los hijos del desierto, la misma desorganizacion de los campeones de la Cruz, la extraña amalgama que resultaba de hombres llenos de fé al lado de aventureros sin conciencia; de caballeros sin tacha, codeándose con bandidos que á la sombra de la Cruz ejercian su industria, todo contribuyó de tal manera á disminuir el ardor de los Cruzados, que el espíritu de la guerra santa agonizó. Un jóven y virtuoso monarca, San Luis, Rey de Francia, enarboló el estandarte de Godofredo, y en todos los ámbitos de la tierra volvió á oirse el grito de «¡Dios lo quiere!» pero con tan escaso resultado, que el augusto caudillo desmayó.

La mujer comprendió su deber; y deseando matar la atonía que del sexo fuerte se apoderaba, voló á colocarse bajo las banderas de aquel rey, y partió á Tierra Santa formando la inmensa mayoría de aquel ejército que no llegó á ver los muros de la ciudad deseada: el hambre, la peste, la fatiga propia de tan largas jornadas, minaron la salud del ejército expedicionario y esterilizaron el fruto que

el rey-caballero se prometia alcanzar, pero no en modo alguno el que la mujer sembró con su ejemplo. Escasos restos de esta cruzada lograron regresar á sus hogares, y entonces los hombres, estimulados por la conducta del sexo débil, conceptuándose heridos en su amor propio, empuñaron las armas, y sus bravos corceles de batalla hirieron con sus herrados cascos los marmóreos suelos de las mezquitas musulmanas y pacieron en sus altares el aromático heno de los jardines de Armida.

Terminó la guerra santa; los árabes fueron arrojados de Palestina, y si bien no se conjuró el peligro de una manera radical, se consiguió por lo ménos interponer una valla entre la barbárie y la civilizacion, entre el despotismo y la libertad. Sin embargo; el ejemplo de las ciudades conquistadas, la molicie y el placer que los hijos de Europa habian encontrado en los harenes del Asia, habia hecho nacer en el corazon de aquellos héroes algunas ideas inarmónicas con su fé y en opuesta contradiccion á sus antiguas costumbres; pero la mujer volvió por su dignidad, y de tal modo supo avasallar al sexo fuerte, que bien merece llamarse á este momento histórico *el reinado de la mujer*.

Fijas en ella las miradas del hombre, dominado éste por los expresivos reflejos de sus velados ojos, deslumbrándole continuamente con el artificial incremento de sus atractivos, desdeñando las antiguas formas del amor para obligarle á inventar otras nuevas, borró de su corazon los resabios de voluptuosa molicie que sembraran en él las lujuriosas mansiones orientales, las incitantes desnudeces de

la odalisca y el método de vida de los serrallos musulmanes. Ya no blasonaban los caballeros de sus multiplicados triunfos de amor; ya solo se enorgullecian de amar mucho á una sola mujer, y de ser su esclavo, cumpliendo exactamente, si averiguarlo podian, el más recóndito pensamiento de su amada.

De aquí nacieron esas magníficas hazañas que en la historia nos parecen cuentos: del culto de la mujer. Por una mujer, un gallardo doncel, un niño aún, se atreve á penetrar solo en Damasco y arranca de los tesoros del Emir el lazo de perlas negras de Fátima: por una mujer, Pedro de Lara atraviesa la morisca Alpujarra, y llevando su camino á sangre y fuego, la arranca de entre los nutridos escuadrones Zegríes y la conduce en triunfo al Saucejo. Esta es la época más caballeresca, más galante, es la época de las acciones más levantadas, de los más soberbios monumentos, porque la imaginacion del hombre, alumbrada por los rayos que le prestara el génio soñador de la mujer, dió cuerpo á sus concepciones artísticas y convirtió sus magníficos ideales en asombrosas traducciones de piedra, mármoles y metal.

La mujer, pues, habia sabido colocarse á gran altura: la estatua apareció por fin sobre su pedestal, y dominó la creacion con una mirada de sus elocuentes ojos. El hombre abdicó de su voluntad para arrastrar el carro triunfal de su compañera: el esposo no faltaba á la esposa, el prometido solo vivia en su prometida, y le guardaba tal respeto, le profesaba tal veneracion, que hubiera perdido mil vi-

das antes que ofenderla. En Francia, donde no existian enemigos de la Cruz que combatir, se formó el célebre Tribunal de Amor, cuyos jueces eran las más bellas damas del reino, y cuyas sentencias, que hoy nos parecen ridículas, eran cumplidas por el caballero desleal con tanta puntualidad y tal respeto, que solamente esto demostraba de una manera suficiente el alto puesto que la mujer habia sabido conquistarse.

El premio del caballero constante se fijó en poder vestir en su traje los colores favoritos de su amada, y no satisfecha aún la galantería, Raul de Nestre se coloca una argolla de hierro al cuello para demostrar la esclavitud de su alma; los caballeros enamorados siguen su ejemplo, y raya en extravagancia el delirio del amor. Uno de ellos, cuyo nombre calla la historia, amaba y era amado por Lupa de Permantier, y queriendo identificarse hasta con el nombre de su amada, rondaba por las noches el castillo donde aquella moraba, cubierto con un traje de pieles de lobo y ahullando con tal perfeccion, que uno de los ballesteros que hacia centinela en los adarves, le mató con un dardo, creyendo que era el dañino animal que tan fielmente representaba.

Por todas partes el amor contaba sus victorias por la medida del tiempo: cada hora, cada segundo, era un nuevo triunfo arrancado á la ignorancia. El baron de Steinbach tenia una hija llamada Blanca, cuya fama de hermosura llenaba el condado de Baden: un albañil, un pobre obrero, Juan Erwin, se enamoró de ella, y por hacerse digno de su mano, idea y realiza la construccion de un edificio que

perpetuase su nombre y le elevase hasta la altura de los Steinbach. El insomnio se apodera de sus párpados, pero no descansa, no se dá momento de reposo; y tras innumerables fatigas, como premio á su aplicacion y estímulo á su trabajo, consigue construir, bajo su acertada direccion, la magnífica catedral de Strasburgo, y ve realizado el sueño de su vida cuando la entusiasmada multitud le declara el maestro más entendido de su siglo.

Eternos monumentos habia levantado el hombre en honor de la mujer durante esta época: la arquitectura, la escultura, la pintura, guardaban en piedra, mármoles y frescos los episodios más brillantes de la historia de la mujer. El hombre, afanándose en perpetuar el ascendiente que sobre él gozaba su compañera, en recrear su imaginacion para devolverle en parte lo muchísimo que le debia, creó industrias mil cuyo ejercicio diese más atractivos á la hermosura, perfeccionó la armonía musical, y encontrando poco ideal la pintura al fresco y al temple, inventó los colores al óleo, con los que podia á su placer, y aprovechando su transparencia, fijar sobre el lienzo el destello de una mirada, la morbidez de una forma, el sentimiento purísimo de candor que reflejaba la frente de una vírgen. En una palabra: no se satisfizo con representar la forma de la materia, sino que la vivificó; profundizó las artes y las ciencias, torturó su ingenio hasta reproducir en sus obras la imágen animada de aquel ser querido, dando á sus creaciones la expresion del pensamiento, los efluvios del alma, para que al asomar el espíritu á la superficie del cuadro, amasen sus des-

cendientes lo que él habia amado y admirasen lo que causara su admiracion. Rafael de Urbino vé una jóven sentada en un tonel en una fiesta de vendimiadoras de la campiña romana, é impresionado por su belleza, la traslada al lienzo, creando así su famoso cuadro de «La Vírgen de la Silla»: aquel tipo tan perfectamente grabado en su alma, es el modelo de todos sus lienzos que hoy admira el mundo, de esas Madonnas ante cuya límpida hermosura el mismo brigante dobla la rodilla, y cuyos rostros parecen animados del calor vital por la transparencia y delicada tinta de sus contornos.

Corriendo este período, la madre forma el corazon de sus hijos, los educa en la caridad y en el amor al prójimo: su primer paso en la vida es socorrer las necesidades del mendigo, dar hospitalidad al peregrino que regresa de Tierra-Santa y les cuenta en pago las gloriosas hazañas de los campeones cristianos; y cuando estos niños llegan á ponerse en disposicion de empuñar las armas, protegen á la inocencia, la debilidad y la desgracia, esclamando al enristrar su lanza: «¡Por mi Dios y por mi dama!»

Todo respira nobleza; por grandes, por innumerables que sean los tormentos que haya de recibir un caballero, no se le hará renegar de los principios que sustenta: se le verá abatido, destrozados sus miembros uno por uno, pero jamás faltará á su fé ni cometerá una accion indigna: no parece sino que su madre revistió su corazon con una cota mil veces más fuerte que la malla que resguarda su pecho del arma homicida. De este modo siguió la mujer conservando sus derechos, los aumentó al par que

se impuso obligaciones sagradas; el hombre la miró como complemento de su ser, y el renacimiento de las artes, así como la modificacion de las costumbres, llegó á ser un hecho. Las ideas guerreras se fueron amoldando al nuevo gusto de la época, se crearon multitud de instituciones benéficas, desarrollóse el sentimiento, y á las grandes batallas sucedieron los grandes inventos, á las tinieblas la luz.



CAPÍTULO XI.

La mujer diplomática.—Isabel la Católica.—Catalina Suarez Pacheco.—Caoniana.—Juana de Arco.

Parecia que la mujer habia dicho la última palabra en pró de su regeneracion y del bien de la sociedad, y sin embargo, solo habia hecho el prólogo de la obra. Quiso dar á conocer que no solo podia ser la directora del hogar, el regulador de las pasiones del hijo y del esposo, sino que á su penetracion podia encomendarse la felicidad de los pueblos, y la que de humilde esclava habia conquistado el rango de señora, podia en sus manos dirigir un cetro real y sustentar sobre sus sienes el enorme peso de una corona.

España yacia en la embriaguez de la guerra civil: ocupados los reinos en que se dividia en ensanchar sus fronteras por la conquista, tan pronto se aliaban para combatir al enemigo comun, representado en los kalifatos de Granada y Córdoba, como luchaban entre sí para sostener su mejor derecho sobre un puñado de tierra conquistado á los árabes. A todas horas la campana del castillo tocaba á rebato; á cada momento su lúgubre tañido despertaba al cuervo en la endidura de la roca, y le hacia graznar de alegría ante el festin que las armas le

preparaban. No era ya la lucha entre reino y reino, sino entre presidio y presidio, entre señor y señor: era el despojo mútuo por la razon de la fuerza, el pillaje protegido por un blason y alentado bajo la sombra de una bandera. Los reyes se confesaban impotentes para dominar esta anarquía, y mientras dictaban leyes inútiles, mientras procuraban aunar las voluntades de sus nobles, sostenian con mano insegura la corona real, vacilante en sus sienes. Necesario era poner un límite á tanta osadía, y escrito estaba que ese límite habia de ser el reinado de una célebre mujer, de una doncella purísima, y á la par hábil diplomática: Isabel I la Católica.

Las coronas de Castilla y Leon ceñian su juvenil cabeza, y regia los destinos de ambos pueblos con un tacto tan especial, con tan delicadísimo acierto, que ni el menor pretesto daba á los señores *de pendon y caldera* para disputarse conquistas que ella agregaba como preciosos florones á sus coronas. Sin embargo, veia limitados sus reinos por los de Granada, Córdoba y Murcia, donde tremolaba el estandarte verde de Mahoma; y considerando la pequeñez relativa de sus Estados con los que el enemigo poseia, comprendia la necesidad de una alianza con los demás príncipes cristianos, no solo para contener el ardor de los muslimes, sino para arrojarlos á las costas de Africa; pensamiento fijo en su imaginacion desde su advenimiento al trono. Pero... ¡eran tan efímeros los tratados! La experiencia le habia demostrado cuán fugaces eran estas alianzas, la mayor parte de las veces verbales, muy pocas escritas, que la magnánima reina desmayaba, si bien

no abandonó jamás el objetivo de sus aspiraciones.

Isabel habia llegado á la edad núbil, y los cortesanos le proponian enlaces más ó ménos aceptables, más ó ménos honrosos, segun el espíritu de bandería ó partido que dominaba á los consejeros: la mujer se sobrepuso á la reina, y libremente eligió á D. Fernando, Rey de Aragon, porque de este modo unia á sus reinos otro no ménos fuerte y poderoso, y esta alianza obtenida por el amor, habia de ser más fuerte, más duradera que los tratados de paz y amistad hasta entónces celebrados. Realizado su casamiento, enamorado Fernando el Católico de su esposa, más quizá por su talento que por su belleza, vió la heroina cumplirse el deseo más vehemente de su alma; y, conquista tras conquista, victoria tras victoria, llegó á plantear sus reales ante los muros de Granada, último baluarte del islamismo. Un ultraje hecho á la mujer, habia traido como consecuencia la dominacion de los árabes, y otra mujer los arrojaba á las costas africanas, despues de una lucha tenaz, cuya duracion se cuenta por siglos.

Durante el memorable asedio de la ciudad de Boabdil, discurria por las calles del campamento cristiano, un hombre de edad madura, pero en cuya frente se leia la ciencia, y á quien los soldados apodaban *el loco*, puesto que ofrecia nada ménos que descubrir un nuevo mundo. Isabel quiso conocer á este hombre singular, y penetrada de la verdad que reflejaban sus conclusiones geográficas, acarició la idea de secundar sus proyectos cuando terminase la conquista. Colon, el atrevido genovés, habia luchado con las preocupaciones de una época en que

solo se comprendian la guerra y la oracion; y cuando fatigado de esta lucha vá á renunciar á su gigantesco proyecto, una mujer, D.ª Beatriz Enriquez, le anima á buscar las incógnitas regiones, y otra mujer, la reina Isabel, despoja de joyas su corona real para armar las carabelas exploradoras.

Estas naves salen del puerto de Palos bajo la enseña de María: su imágen brilla en los gallardetes de la capitana, cuyo nombre lleva, y en este buque, tras una noche de mortal angustia, descubre el osado marino la luz que vagaba por las costas de aquel país vírgen, al que por un azár de la fortuna no habia de legar su nombre. Tomó posesion de Nueva-España en nombre de Isabel, no porque fuese la reina cuyo nombre campeaba en las cédulas y documentos oficiales, sino porque fué la única que acogió su proyecto á despecho y sin ayuda de don Fernando su esposo, que participaba de la opinion vulgar, y dió la vuelta á Barcelona para depositar á los piés de aquella mujer insigne las primicias de los países descubiertos. Aragon tuvo que contentarse con la derrota científica que Castilla le hizo sufrir, y el génio brilló sobre la frente de Isabel, que habia comprendido cuán cierto es que la union constituye la fuerza, y que no teniendo quien le prestara el dinero necesario para la expedicion, habia empeñado su corona, mientras su esposo Fernando apilaba en sus arcas los tesoros del reino de Aragon, y se reia de las *supersticiones* de su mujer, que, más hábil que él, habia dado el golpe de gracia al feudalismo con su política y con su cordura en la gobernacion del Estado.

La obra de la exaltacion de la mujer parecia perfeccionada, y sin embargo, la Providencia le reservaba un tiempo más completo: queria que el mundo le debiera la conquista de otro nuevo mundo, y le reservaba la gloria de completar la obra de Colon. Quiso que la idea del progreso fuese por su mediacion á ejercer su benéfico influjo en los inestricables bosques de América, y que no quedase en aquel apartado continente ni un rincon ignorado, ni una piedra que no fuese testigo de la victoria por la mujer conseguida.

Una mujer habia empujado á Colon hasta las costas de América, dotando á nuestra España de un nuevo mundo, tan vírgen como fértil, tan risueño y encantador como inmenso y rico. Habíase fundado en la Española un subgobierno, dependiente del Consejo de Indias, que lo era á su vez de la Corona, y el rey podia mandar desde su alcázar al extremo opuesto del inmenso Océano, como á la más próxima aldea de los alrededores de la Córte. Diego Velazquez gobernaba en su nombre desde Habana los paises descubiertos; pero adormido en la voluptuosidad del oro y los placeres, desoia la voz de la fama que publicaba la existencia de un imperio poderoso muy próximo á la isla, y cuya conquista haria extremecer de envidia á las naciones de Europa. Hablábase, en verdad, de este país con un acento tan hiperbólico, que más bien se tenia por un sueño que por la verdad de una conquista realizable. Sin embargo; esta idea, cruzando los mares, llegó á las playas de Iberia y resonó en Medellin, pequeña aldea de Extremadura. Allí, consumido por el tédio,

agobiado por la inaccion y entristecido por la carencia de recursos, vivia un guerrero que, cansado de luchar en pró de su rey sin alcanzar el premio de su valor, veia á sus cariñosos padres sufrir las consecuencias de su desgracia. Oyó Cortés esta voz y le pareció un aviso celestial enviado á su alma como deliciosa profecía que le aseguraba risueño porvenir: descolgó la mohosa espada, y trasladándose á América, ofreció á Velazquez capitanear una expedicion que emprendiese la conquista de aquellos países. La envidia destruyó en flor tan generoso propósito, y Hernán-Cortés se vió aherrojado por aquel que debiera tenderle una mano amiga, y de quien ciertamente no habia soñado recibir semejante ultraje.

Pero estaba probado que ni una de las grandes obras de la humanidad habia de llevarse á cabo sin el concurso de la mujer. Catalina Suarez Pacheco comprendió la grandeza de aquella alma, meditó las ventajas que reportaria la idea de Cortés, y abriéndole las puertas de la prision, pudo el héroe tender su vuelo á los soñados países, emprendiendo con solo 200 españoles la temeraria empresa de conquistar á Méjico y agregar tan hermoso floron á la Corona de España.

Poco expertos en la náutica, cortos en número, aunque sobrados en valor, ignorando la topografía de su campo de operaciones, é impotentes para comunicarse con los indígenas, cuyo idioma desconocian, escasos resultados podian prometerse de su expedicion, si otra mujer, una india llamada Caoniana, y bautizada despues con el nombre de Mari-

na, dotada de un carácter enérgico y emprendedor, no hubiese sido el hilo salvador que dirigiera á Cortés en el laberinto de las selvas vírgenes: esta india, que mereció un lugar honrosísimo en la historia de la conquista, estaba adornada de un especial criterio, de un talento y una penetracion impropios de su estado, y puede decirse que ella fué el cuerpo diplomático agregado al cuartel general, con cuyo auxilio pudo el héroe realizar la más gloriosa de las conquistas. Méjico fué provincia española, y los nuevos colonizadores, modificando la ya notable civilizacion de aquellos indígenas por la religion del crucificado, pudieron utilizar las grandes riquezas de aquel privilegiado suelo, arrancaron rios de oro y plata de lo más profundo de las montañas, exportaron esencias y perfumes, piedras preciosas, maderas finas, é infinidad de productos medicinales enriquecieron la industria, dilataron la esfera comercial, y probaron al mundo que en los dominios del Rey de España jamás se ocultaba el astro del dia.

París estaba en poder de los ingleses: una guerra encarnizada asolaba los campos y destruia las más hermosas ciudades de Francia, sin que se viese el término de tantos años de lucha, y sin que las armas francesas encontrasen otro medio de terminarla que la sumision á Enrique VI de Inglaterra, en cuyo nombre regia Bedfort los paises conquistados. El duque de Anjou y el pretendiente Cárlos, fueron vencidos en los campos, y el regente dispuso que el Conde de Salisbury sitiase á Orleans y prosiguiese con ardor la conquista del reino.

Mas la Providencia tenia dispuesto que una mujer librase á la Francia de sus enemigos. Era una jóven campesina de la Lorena: de una constitucion robusta, rostro moreno, ojos negros y expresivos, abriéndose bajo las graciosas curvas de dos finísimas cejas, velados por largas pestañas, y superados por una frente pura y despejada, limitada á su vez por negra y expléndida cabellera, Juana de Arco, ó *Juanilla la Enramada*, como la llamaban tambien del nombre de su madre, habíase quedado dormida al pié de una haya, donde manaba una fuente cuyo murmurio le habia ayudado sin duda á remover en su cerebro la historia larga y penosa de las desolaciones de Francia, y el sueño la sorprendió, cuando repasados los acontecimientos, vino á su mente el espíritu de comparacion. El toque de *Angelus* la despertó: sacudió sus sayas polvorientas, serenó su frente con el agua del cristalino manantial, y encaminóse á su casa con paso mesurado, baja la cabeza, y dejando perderse entre el polvo del camino la silenciosa lágrima que se deslizaba por su mejilla.

Al dia siguiente abandonaba su morada, y dirigiéndose al campamento francés, buscaba al señor de Baudricourt refiriéndole una historia. Segun ella, Santa Catalina de Sena se le habia aparecido en su sueño y le habia dicho que era la destinada á pacificar la Francia, arrojando del país á los ingleses; pero apenas habia empezado á exponer los hechos, cuando Baudricout le mandó salir de su tienda tratándola de impura, y previniéndole que volviese á casa de su madre á hilar su rueca y no osase presentarse otra vez en el campamento.

Juana de Arco no desmaya; dirígese al soldado, corazon más sencillo, fé más viva, en quien la religion no era una farsa sino el bien inspirado por Dios, y consigue cambiar de tal modo el criterio del general, que este le dá una caperuza y un caballo y la hace acompañar de dos caballeros con los que se dirige á Chinon, residencia del rey Cárlos. Allí vuelve á repetir su narracion, promete al rey llevarle á Reims para ser ungido, y este la escucha, le confia el mando de algunas tropas, y auxiliada del valeroso Dunois, se dirige á Orleans, rompe el cerco, entra en la ciudad, reanima á los sitiados, y haciendo contínuas salidas, obliga á los ingleses á levantar su campamento y los hace huir llenos de terror. Entónces intima al Duque de Bedfort que abandone el reino, y la contestacion del inglés se reduce á llamarla *vaquera*; pero esta vaquera conduce á Cárlos á Reims por enmedio de sus enemigos, y da á la Francia un rey propio, destronando de ella á Enrique VI de Inglaterra.

Montada en su caballo, cubierta con su armadura color de fuego y esgrimiendo el pesado montante, hubiérasela tomado por el ángel esterminador; descansando en su tienda, envuelta en un vestido de hilo y sueltos sus cabellos, era el ángel de la gracia; y hablando en el consejo, dando órdenes en su campo, y dictando los partes que daba al rey, era el hábil diplomático de nuestros dias. En torno de ella existia como otra armadura invisible que la protegia hasta de un mal pensamiento, y con razon pudo decir cuando herida y prisionera de los ingleses subió á la pira que debia quemar su cuerpo:

«¡Cómo! ¿Este cuerpo que he conservado puro y sin mancha va á ser quemado?»

Pero la historia guarda su nombre esculpido con letras de oro, y el corazon de los franceses la dedica un altar orlado por la admiracion y cimentado en la gratitud.

CAPÍTULO XII.

El culto de la mujer.—La necesidad de su educacion.—La tertulia.

El espíritu de progreso avanzaba: la mujer le alentaba ó modificaba con acertado ingénio, y las artes, el comercio, la industria, la ciencia, la exploracion de regiones desconocidas, se desbordaban por todas partes como la hirviente lava de un volcan. Cada dia, cada hora, se aumentaba en el planisferio la situacion de un país nuevamente descubierto: el Atlántico, el Pacífico, el mar del Norte, eran surcados por millares de carabelas, cuyos tripulantes volaban á lo desconocido, con la fé en el alma y el valor en el corazon. Lope de Vega, Calderon, Tirso, Rojas, todos nuestros grandes poetas, nuestros eminentes políticos, nuestros ilustres marinos, fueron la generacion que reemplazó á la de los guerreros.

Las artes, la industria, el comercio, sucedieron á la guerra: la mujer, coronada de una aureola de gloria, aparecia en este cambio como su egida protectora: por ella se escribia, por ella se pintaba, por ella aguzaba el hombre su ingénio, y por ella, en fin, se efectuaban los grandes adelantos que tenian lugar en ambos mundos. Tanto y tanto habia sabi-

do conquistar el aprecio del hombre, que una mirada impudente, una palabra mal sonante á ella dirigida, eran á veces bastante para que dos espadas salieran de la vaina y un hombre dejara de existir. La pluma del escritor, la paleta de los pintores, la espada del caballero estaban á sus órdenes: era la fuerza motriz de la gran maquinaria social, y ¡ay del que la ofendiera en su pudor! Las gradas de San Felipe, las encrucijadas del Buen-Retiro, las márgenes del Guadalquivir y las sombrías alamedas del Tajo, pueden decirnos cuántas víctimas han recibido por estos abusos, cuántas ofensas á la mujer han sido lavadas con sangre, cuántas cuchilladas han servido de contestacion á una mirada ó de eco á un imprudente beso.

El culto de la mujer reinaba en el mundo; la experiencia habia hecho su apoteosis, y la mujer empezaba á ser una necesidad moral del hombre. Este, como los antiguos atenienses, necesitaba encontrar una entidad moral de la naturaleza femenina á quien prestar culto real; y ¿qué otra mejor que la Madre de Jesús? A ella se dirigiria desde luego, á ella irian sus oraciones, á ella levantaria sus templos, porque la mujer le habia enseñado aquel culto: ya no tendria que dirigirse á un Dios de justicia que empuñaba siempre la espada vengadora, sino que tendria una medianera, un ángel de paz encargado de pedir por él á la Omnipotencia, dispuesto siempre á parar el golpe que amenazaba al pecador, y dulce, bueno, benéfico, como la mujer cuya idea representaba. Este culto altamente poético, desarrollóse en poco tiempo, y fué, á la verdad, tan rápido su

crecimiento, que el mundo se cubrió de templos elevados en honor de María, la cual, si bien no fué considerada como una de las manifestaciones de Dios, se vió colocada muy por encima de los Santos y de los Angeles, ocupando un sitio de honor elegido expresamente para ella. Veíase al caballero colgar en la delantera de su fieltro pequeñas medallas de plata y oro; adornar los lazos que su esposa ponia en su ropilla, con la venerada imágen de la Vírgen de Nazaret; y cuando en la vecina catedral, soberbio monumento dedicado á María, sonaba el toque *de ánimas*, descubria su cabeza, reunia en torno del hogar á su familia, y su hija leia el gran libro de la humanidad, la Biblia y el Nuevo Testamento, como un consejo dado al padre y al turbulento hermano.

El caballero entónces meditaba en la efímera gloria de este mundo, el hijo en el horroroso abismo do sus pasiones le arrastraban, la doncella soñaba con el infinito, y la madre..... ¡la madre lloraba! Su llanto no era la traduccion del dolor: era la expresion de su dicha, el dulce riego de su felicidad, la manifestacion suprema de su alegría. El triunfo era suyo, exclusivamente suyo, y al ver conmovido al hombre ante los angélicos sonidos de la voz de su lectora, al ver temblar á aquel hijo querido próximo á extraviarse en el laberinto de sus vicios, derramaba lágrimas dulcísimas de gratitud á la Divinidad que le inspirara, y todo el amor de su alma, como ella infinito, se desbordaba tranquilo en los purísimos goces de la familia. Misionero de paz y de dulzura, veia logrado el fruto de su mision, y

una sonrisa de triunfo entreabria sus labios, sonrisa que era á la vez la profecía de su completa rehabilitacion.

En tanto, Francia lanzaba sus naves á la exploracion de remotos mares, Inglaterra intentaba colonizar la India, Holanda doblaba el cabo de las Tempestades, Portugal dominaba el Brasil, y en todas partes las grandes creaciones, los inventos útiles, eran inspirados directa ó indirectamente por la mujer. El feudalismo habia caido por su propio peso del altar donde le colocara la fuerza de las armas, como el edificio cuyos cimientos vacilan corroidos por el tiempo y se convierten en ruinas que solo recuerdos dejan de lo que fué: la medicina ensanchaba el campo de su accion, la química reemplazaba á la alquimia; todo lo útil, todo lo grande, todo lo bueno, se creaba, se aumentaba, se enriquecia, al tiempo que se derrumbaban las antiguas instituciones. La mujer daba ejemplo en todo: y cuando encerrada en su casa, con sus hijas alrededor, las enseñaba á hilar el lino y á tejer esos maravillosos tapices que hoy admiramos, las educaba en el temor de Dios y en la conciencia de lo que habian de representar en la sociedad, cuando de obedientes hijas fuesen convertidas en fieles esposas ó cariñosas madres.

Habia sido hasta aquí un principio perfectamente admitido que la mujer careciese de educacion literaria; de manera que pocas, muy pocas, se permitian el lujo de saber escribir. La educacion de sus hijos tenia por tanto que estar confiada á manos extrañas fuera del hogar, y la madre, adivinan-

do los peligros á que exponia á sus hijas con este sistema, saltó por encima de las preocupaciones, aprendió á leer y escribir, y pudo de este modo ser la institutriz de sus hijos. Otra ventaja produjo este paso á la sociedad conyugal: el hombre necesitaba de su tiempo para dedicarse á los vastos conocimientos con que la ciencia se enriquecia de hora en hora; la mujer tomó á su cargo la parte económica de la casa, niveló gastos con ingresos, fortaleció el capital, y descargando al esposo de trabajo, pudo este dedicarse asíduamente á completar su ilustracion.

Acaso sea este el paso más trascendental de la historia de la mujer, y tal vez á él debamos todos los adelantos de nuestra época: instruyéndose la mujer paulatinamente, gracias al reciente descubrimiento de la imprenta, pudo alternar en la conversacion con el hombre y ayudar su imaginacion con oportunísimas observaciones.

Durante el dia vigilaba con excrupulosa exactitud las operaciones necesarias para el buen órden del hogar, y por la noche, sentada junto á la mesa de estudio de su esposo, revisaba manuscritos, tomaba notas, extractaba citas, y, en una palabra, le ayudaba en sus trabajos científicos con un celo y una asiduidad, tanto más notables, cuanto que mientras ayudaba se instruia, y muchísimas veces eran sus observaciones luminosos detalles que guiaban la inteligencia del hombre á lo más desconocido de la ciencia.

Insuficiente parecia este progreso á la mujer, ávida siempre de perfeccionamiento, sedienta de

ilustracion: habia sabido conquistarse un puesto honroso en la sociedad, y, sin embargo, no se satisfacia su espíritu con los laureles que matizaban sus sienes. Temia que su esposo, hastiado de ciencia, fatigado de estudios por demás áridos, volviese á pensar en la guerra, en el exterminio de sus semejantes, buscando en ella esas emociones que tan necesariamente habian de excitar su sensibilidad; solo un dique le era dado oponer á la guerra: el amor. Pero esta palanca no podia ser suficiente para remover el obstáculo, si recluia á sus hijos en el hogar y no les permitia la expansion del ánimo entre cándidas doncellas y jóvenes entusiastas como ellos.

Necesariamente habia de poner en tortura su ingénio buscando una nueva forma de instruccion recreativa, y su fecunda imaginacion resolvió el problema, creando *la tertulia.*

Quizá sorprende la palabra; tal vez el abuso de esta distraccion, hoy, por desgracia, acaso perjudicial, ponga en alarma á los lectores de estos apuntes: sin embargo, no podemos menos de suscribir este título, porque la tertulia no era lo que en nuestros dias. La madre, la previsora madre de familia, no habia de satisfacerse con mostrar á sus deudos y amigos el tesoro de su erudicion: era preciso instruir é instruirse á la vez; necesitaba desarrollar su ingénio ante los sábios de la época, y beber ideas nuevas en la conversacion de aquellos hombres eminentes. Reunida la familia y los amigos invitados en el salon de visitas ó *estrado* de la casa, servíanse delicados dulces ó aromáticos refrescos: los

poetas recitaban sus más bellas composiciones, los músicos ejecutaban sus más deliciosos acordes, los geógrafos describian países poco conocidos, los físicos exponian sus teorías sobre el calórico, la luz y la electricidad, los químicos abrian el gran libro de la ciencia y exhibian la formacion de reacciones, ya de cambio de color, ya de temperatura.

De las emociones del sentimiento pasábase gradualmente á la profundidad de la ciencia sin notar hastío, sin que el cambio se hiciese brusco: los jóvenes suspendian un diálogo de amor para oir un soneto ó una cancion acompañada con la cítara, é insensiblemente se dejaban arrastrar por el magnetismo de la palabra, á escuchar lecciones de dinámica ó problemas de ciencias físicas. Insensiblemente tambien, tomaba parte la religion en este palenque de la verdad, y el sacardote, explicando bellísimos pasajes de la Biblia, infiltraba en el alma de sus contertulios el amor á la familia y las delicias del hogar.

En todas las épocas han procurado el error y el mal mezclarse á la verdad y al bien, é inocular su vírus aun entre las más sublimes manifestaciones del alma: alguna vez, un espíritu poco vigoroso, uno de esos entes engendrados para el mal, vertia conceptos que daban paso á la maledicencia; pero la madre velaba, y su derrota era segura, porque con su exquisito tacto, con su creciente ingénio, desviaba la conversacion de este punto escabroso y la encauzaba otra vez á la literatura, las ciencias ó las artes.

Una vida encaminada de tal manera á la ins-

truccion, habia de dar muy excelentes frutos á la gran idea de la mujer: sus hijos se educaban á su lado, robustecian con el trato frecuente de los sábios las ideas que el preceptor hiciera germinar en su mente, aprendian á tratar con respeto á sus mayores, con amable complacencia á sus iguales, y con dulce benignidad á sus inferiores en rango y posicion social. La familia, en fin, bebia la vida del alma por cuantas fuentes poseia aquella civilizacion, y la mujer podia sonreir á su triunfo, puesto que á su carro vencedor acompañaban todos los elementos de ilustracion y de progreso.

Aquí terminamos nuestro ligero exámen de la historia de la mujer, puesto que si bien cada dia, cada hora, consigue agregar un nuevo floron á su corona, no hemos de dejar de encontrarlos al examinarla en sus estados de hija, esposa y madre de familia.

CAPÍTULO XIII.

La hija.—Su mision en el hogar.—El primer paso.— La primer palabra.

Hay conceptos, hay ideas en el alma que no pueden expresarse con palabras, que en su augusta grandeza, en su íntima composicion no cabe el análisis lingual, ni puede penetrar nunca el escalpelo descriptivo.

¡Hija! ¿Quién define con exactitud esta palabra? ¿Quién separa y examina estas dos sílabas? ¿Quién profundiza, estudia y desenvuelve la idea que representan, de tal modo que se comprenda en toda su extension? Se sabe sentir, pero no se traduce el sentimiento; se sabe aquilatar el mágico influjo que produce en el alma, pero no se sabrá nunca trasmitir esa fuerza desconocida á la imaginacion de otro sér, para que comprenda en toda su pureza el amor que sus ecos levantan en el corazon.

Preguntad á una madre qué significa esa palabra, y os responderá que la vida de su alma, que el *sunmun* de su cariño; que es su nueva vida, la clave de todas sus dulzuras, el lenitivo de todos sus dolores y el iris de todas sus esperanzas. Dirigíos al padre, y os dirá que *la hija* es su segunda vida, la

flor más pura y más explendente de su corazon, el rayo de sol que alumbra el cielo de su dicha, y el ángel que le sonrie al atravesar el árido desierto de la vida. Y esto os lo dirán con lágrimas en los ojos, esto oireis viéndolas resbalar por sus mejillas; su corazon se abre al amor inmenso, purísimo, que el padre siente, y se traduce en rocío del alma, que es la palabra más elocuente del hombre. Requerid á esas lágrimas, y descifrareis el enigma; porque su curso silencioso os indicará que es tan íntimo el sentimiento que quieren definir, que solo se comprende en el alma, y es inefable como el Dios que le inspiró.

Analicemos los misterios de la maternidad. En una alcoba, velada por blancas cortinas, amorosamente acariciada por una luz tibia que se filtra á través del tejido, se agita una mujer en el lecho del dolor, al par que resuenan los dulces vagidos de una criatura. Acaba de saludar la luz un nuevo sér; acaba de infundirse un alma en la envoltura artística de la carne: la niña ha nacido; ¿quién sabe lo que la reserva el porvenir? Ved ahí al padre y á la madre confundidos, identificados en un todo, velando por su tierna hija, temerosos de que aun el beso de las auras pueda marchitar la flor querida de su amor: fija su inteligencia en procurar para ella la mayor comodidad posible, se desvelan en rodearla de atenciones, animando el calor vital naciente en aquel delicado organismo, con los besos más tiernos y las caricias más dulces que les sugiere su amor paternal. Unidos en estrecho y dulcísimo abrazo, aunan su alegría, su felicidad, y sonrien de gozo,

mitigando con nuevas caricias los dolores que ya les atormentan.

No es una hipérbole: sienten dolores, y dolores agudísimos: el padre en el alma, la madre en el alma y en el cuerpo. El padre porque ve surgir ante su hija un cúmulo, una série interminable de penas: la madre, porque á través de las penosísimas consecuencias físicas del alumbramiento, piensa en el porvenir que espera á la recien nacida, y con su inmenso amor se afana en penetrar las tinieblas de lo desconocido. Pero la niña sonrie, y los padres olvidan sus dolores ante la sonrisa de su hija, y embebidos en aspirar su primera caricia, se imaginan un mundo de color de rosa el negro velo que oculta los destinos de aquel nuevo sér.

Pasan los dias, y la niña principia su lento é insensible desarrollo: sus primeras frases, balbuceadas por una lengua vírgen, llenan de celestial consuelo el hogar, porque son las más dulces, la clave del arcano misterioso de su alma, la síntesis de todos los afectos que moran en su corazon angélico: «¡Padre! ¡Madre!» dice, é inicia el gran poema de la vida con el más elocuente grito de la divinidad en ella infusa. Sus tiernos bracitos se agitan en el espacio, y su torneada mano busca un punto de apoyo en la ardorosa mejilla de la cariñosa madre: ¡momento inefable, dicha suprema tantas veces soñada, tan íntimamente sentida!

La niña habló, la mujer pagó el primer tributo á las impresiones de su corazon; emprendió la grandiosa tarea de su fin social, llenó su primer deber, y estrechó el lazo que unia dos almas. Sus delicados

piés se niegan á sostenerla, porque el templo del espíritu no está totalmente formado: la materia se rebela contra la precocidad intelectual; el nuevo sér quiere andar y su progresion es lenta, difícil, peligrosa, un juego acrobático que excita en los padres, al par que el más tierno cuidado, la más inocente hilaridad. Sin embargo, se ve desnuda, se siente libre de las trabas que la ofrece el vestido, extiende adelante sus bracitos, vacila aun su planta, y á fuerza de perseverancia, por un supremo esfuerzo, se desprende de los brazos maternales y va á buscar su apoyo en las rodillas del padre.

¿Quién puede descifrar este misterio? ¡Ah! No es en modo alguno el fruto de la casualidad, es algo más: es la confesion tácita de su mismo sér, es la debilidad buscando su refugio en la fuerza física, es la entidad mujer acercándose al hombre, haciendo despertar su alma y diciéndole con este primer paso: «yo he sido creada para tí, yo he nacido para endulzar tus horas de agonía, y el primero, como el último paso de mi vida, son para tí, por tí los doy, te pertenecen.»

Pasemos de largo por esos primeros años de la infancia; no detengamos nuestra mirada en esas escenas de que es teatro una cuna: ¡son tan sublimes, tan ideales, tan poéticas, que no es dado describirlas como no es posible amoldar el espíritu á la forma! La vida conyugal empieza, y para que el hombre no desmaye ante sus dificultades, permite Dios que un ángel habite á su lado y distraiga su fatigado cerebro con sus gracias y charla incompleta: el hombre piensa, la mujer teme, pero una sonrisa,

una caricia de la hija, borran la prematura arruga en la frente del padre, y llenan de alegría el corazon de la esposa.

La niña ha crecido, domina el lenguaje, y puede por medio de la palabra trasmitir las ideas que nacen en su cerebro. El sol de la felicidad sonrie á aquel hogar y le inunda de luz y de calórico, porque si ántes le prestaba sus armonías, hoy le completa fundiendo en el hornillo de la imaginacion de la niña las palabras que adormian en su alma. Con esa curiosidad innata en su sexo, con ese espíritu de prevision y economía que reina en la mujer, formulan sus infantiles lábios las preguntas más concluyentes, los más lógicos teoremas aplicables á la vida real. El padre sonrie de gozo al ver su reviviscencia en la hija, la madre se enorgullece contemplando la perspicacia de la futura madre, y dá principio á su educacion moral con una fé tan ardiente como el amor de su alma. Su alegría, su gloria, es la mayor instruccion de su hija; su goce más íntimo, más completo, es un sonoro beso depositado en la candorosa frente de su tierna discípula. Durante esas horas benditas, una gota de hiel cae sobre el corazon de la madre: ¡ha vuelto á surgir en su imaginacion el fantasma del porvenir!

Esta sensacion de pena se trasmite al exterior en una lágrima que resbala lentamente por su mejilla: la hija la vé, y aplica sobre ella sus lábios cual si bebiendola quisiera borrar la huella del dolor en el alma. Muere el crepúsculo vespertino, y el esposo regresa al hogar con el cuerpo fatigado por el trabajo y el alma triste por la escasa utilidad que

aquel le reporta: siéntase melancólico en el sitio más apartado, y allí devora en silencio la amargura de su situacion. La hija, providencia de la casa, no ha de dejarle en su aislamiento; vuela hácia él, salta sobre sus rodillas, y enredando sus nacarinos dedos en la revuelta barba de su padre, le besa en la boca y en las mejillas, le halaga con los más cariñosos epítetos, y consigue con sũ hálito disipar la oscura nube que flota sobre la frente del esposo.

La escasez produce sus frutos: la economía doméstica no puede nivelar los gastos con los ingresos: hay demanda en las necesidades, insuficiencia en la utilidad, y los vínculos conyugales se resienten, porque ni la esposa puede subvenir á ciertos gastos, ni el esposo atender á todos ellos. Empiezan las recriminaciones entre ambos, una nubecilla, el primer disgusto nubla por un momento el cielo de su dicha y amenaza tomar las proporciones de una terrible borrasca: allí acude la hija, y repartiendo entre los dos sus caricias, inventando nuevas formas para demostrarles su amor, hace caer al uno en los brazos del otro, y devuelve la alegría al seno del hogar.

La hija no puede limitar su actividad á la vida del alma exclusivamente; su delicado organismo no la permite el trabajo corporal, pero aun tiene medios de hacerse útil á la familia. Tiene á su lado una madre cariñosa, previsora, económica y entusiasta por el trabajo; pero las enfermedades, la edad, la carencia de ciertos medios la imposibilitan para tener al corriente las cosas de la casa: allí esta la hija secundándola en sus faenas domésticas; y ape-

nas puede tener derecho su cuerpecito, cuando ya la vemos ayudando á la madre en esos mil detalles que forman la ocupacion habitual de la mujer.

Así llega á la adolescencia, y se constituye en verdadera sierva de la casa: las ropas, los muebles, los objetos de arte desaparecerian sin su delicada prevision, y allí donde vé un desperfecto, allí acude á remediarlo. Niña aún, no por eso se le ocultan los misterios del hogar: comprende las privaciones porque atraviesa la familia, y, sin embargo, no sólo extingue en su corazon mil deseos irrealizables, sino que pone en tortura su ingénio para borrar de la imaginacion de sus padres la triste idea de su precaria situacion. Esta es su vida, esta su moral, ínterin se desarrolla por completo su inteligencia.

Pasemos á estudiarla en esa otra edad, en esa fase de su vida que la asemeja al capullo entreabierto de la fresca rosa; y sin tocarla, sin exponer su cáliz á ser manchado por el contacto del mundo, analicemos sus pétalos mientras duerme halagada de risueñas y purísimas ilusiones. La crisálida empieza á romper su cárcel; esperemos á la gentil mariposa.

CAPÍTULO XIV.

La hermana mayor.—Su influencia.

Hemos visto á la hija convertirse en ángel tutelar de la familia aunando la voluntad de los padres, tendiendo un lazo entre sus divergencias y aceptando las primeras obligaciones de su mision con una solicitud, con una fé dignas del gran fin para que vino al mundo. La diferencia de caractéres, la divergencia de opiniones, han dejado de ser ante la sonrisa de la hija; el padre ha sacrificado sus aficiones viciosas, ya que no criminales, ante la consideracion de que su hija no debe contaminarse en el cáncer social que nos corroe; la madre ha empleado toda su dulzura en corregir los extravíos de su esposo, y siempre han terminado sus reflexiones con la frase: «Te lo ruego por nuestra inocente hija.» Es el último resorte que se emplea con un padre, es la última trinchera de su obcecacion, y la madre venció. Ahora, justo es que la consideremos en su pubertad y que analicemos los medios de que dispone para cumplir su mision en la familia.

La niña creció entre el buen ejemplo de sus padres y arrullada por la sana moral del hogar. Es ya una mujercita, lo suficientemente instruida para

aliviar á la madre del peso de sus ocupaciones, y empieza prematuramente y sin apercibirse de ello á ejercer los deberes de madre. Es *la hermana mayor*: como si dijéramos, la segunda madre en la familia. Otros pequeños séres han venido al mundo bajo el techo paterno, y por ellos empieza á sentir el cariño fraternal: antes sabia amar como hija, hoy aprende á amar como hija y hermana. Quedan á su cuidado los niños, y ella, con su instinto de madre, se desvela en su alimentacion, en su aseo, en la correccion moral de sus nacientes defectos; con ella aprenden esos primeros y encantadores rudimentos del lenguaje; con ella dan su primer paso; con ella duermen el sueño de su inocencia, y de tal modo con ellos se identifica, que no extraña llamarles *hijos*, ni deja de sufrir con ellos, para gozarse despues en sus placeres. No pretendais separarla de sus pequeñuelos, porque no lo conseguireis; no se trate de despertar su egoismo, porque este defecto no existe para ella desde que ve á su derredor otros séres débiles que necesitan de sus cuidados.

Ama el lujo, la seduce el ruido del mundo, brota en su alma el deseo de brillar, de ser admirada, pero ahoga en su pecho estos sentimientos, y sonrie á la vista de la familia para llorar despues en la soledad la muerte de sus ilusiones, llevando así hasta el heroismo su martirio, y aceptando gustosa el primer abrojo de su camino. Ella, cuando ménos como iniciadora, propone economías, no solo en lo que considera como supérfluo, sino aun de lo necesario; y no hay privacion que no se imponga, sacrificio que no acepte, si ha de redundar en beneficio general

de la familia. La lucha es en verdad terrible; ansía conocer los placeres del mundo, y huye de ellos en pró de su deber. Vacila, no obstante, entre unos y otro; pero sabe triunfar, y elige como formidable baluarte la educacion de sus hermanos. A ella se dedica con toda perseverancia, no sólo en la parte científica, sino en la moral y religiosa; enséñales máximas llenas de verdad, instrúyeles en los deberes para con Dios, para con sus padres, para consigo mismos y con la sociedad; guia su inesperta manecita para enseñarles á trazar sobre su frente el signo de nuestra redencion, y graba en su cerebro las frases de la primer plegaria. Concretándose á vivir en la vida de sus hermanitos, sufre con ellos sus penas y padece con sus enfermedades; toma parte en sus juegos y dá espansion á sus inteligencias con cuentos ó anécdotas que los niños escuchan en religioso silencio y que encierran siempre un fondo moral más ó ménos aplicable á las cosas de la vida. Y no hace todo esto por capricho, lo hace por amor, puesto que su corazon no puede vivir sin amar. Una caricia, un beso dado á uno de sus hermanos, repercute en su corazon, inundándole de felicidad; una lágrima que resbale por sus rosadas mejillas, va á caer como una gota de hiel en su alma, y no descansa, no se da punto de reposo hasta que ve al pequeñuelo cambiar aquella lágrima por una sonrisa.

No por esto descuida en manera alguna los quehaceres domésticos, sino que por el contrario, de tal manera los atiende, que no la queda un momento de ocio, y es hasta un medio de que se vale para imbuir á los niños amor al trabajo. Velando

su sueño al pié de la cuna, emplea su tiempo reparando los desperfectos de las ropas, haciéndolas de nuevo ó ideando con maternal ahinco nuevas galas con que adornar á sus dirigidos. La madre está allí, á su lado, gozándose en este instinto de su hija, y quizás instruyéndola, porque la instruccion de la mujer, como la del hombre, no debe terminar nunca. Completa el cuadro la reflexiva figura del padre, que asiste á estas veladas entreteniéndose en la lectura, ó bien consagrando á trabajos extraordinarios esa parte de la noche que podia dedicar á la expansion de su ánimo. No siempre obra por necesidad de esta manera, sino que el cuadro tranquilo del hogar despierta en él este estímulo, y al ver á su esposa y á su hija no desperdiciar un momento, sino aplicar hasta el último céntimo del precio de su trabajo, le aumenta con un placer, con una satisfaccion infinita, porque conoce la aplicacion útil que entrambas le dan.

Desgraciadamente no hablamos aquí de la mujer en su manifestacion más general, porque no es siempre todo lo instruida que el tipo que presentamos; pero tomando una individualidad y bosquejando su influencia en la familia, tratamos de demostrar que la mujer tal cual es, sin otras armas que los afectos de su corazon, puede ser una palanca poderosísima de civilizacion, áun faltándole los infinitos conocimientos que más adelante trataremos de reseñar.

Llega acaso un dia en que el luto se apodera de la casa: aquellos padres tan queridos dejan de existir, y la pobre hija, anegada en llanto, ve crecer en

su derredor las dificultades y las penas. Aquel padre cariñoso que besaba sonriendo su frente al volver de su trabajo, no existe ya, y por consiguiente, el fruto de sus afanes no viene á ingresar en el erario de la casa: aquella madre amantísima que la instruia en sus deberes, y á la cual debe cuanto es y cuanto será, se ha separado para siempre de su lado, dejándola desamparada en el mundo. ¡Pobre hija! ¿Cómo podrá subvenir á las necesidades de su casa? ¿Qué hará sin otro patrimonio que sus lágrimas? No duda, no vacila un momento en sacrificarse por sus hermanos: trabaja dia y noche con febril ardor, y de este modo consigue el pan necesario á la existencia de su familia. Si los recursos le faltan, si á pesar de sus buenos deseos la miseria se obstina en llamar á su puerta, aún la queda un recurso, la oracion. Nada la intimida, ante nada retrocede; si es preciso, implorará el pan de la caridad de puerta en puerta, se someterá al más riguroso ayuno á tal de que á sus niños no les falte lo necesario. ¿Qué la importa el frio ni el hambre, si sus hermanitos tienen un pedazo de pan y ropas que les resguarden del rigor de la estacion? Está contenta, acepta estas nuevas contrariedades, considerándolas como otras tantas flores de su corona de mártir, y sonrie cuando ve satisfecha su generosidad.

Es entonces la verdadera madre; para ella se adelanta ese sublime estado, y acepta sus consecuencias, sintiendo en su corazon hasta el orgullo de la maternidad. *La hermana mayor* es entonces la providencia de aquellos tiernos séres que vinieron al mundo á ser compañeros de su infortunio: semejan-

te á la abeja que nada omite para que su célula sea la mejor trabajada y la más llena del panal, esta futura madre no se da momento de reposo, no se perdona la más dura fatiga si le ha de dar por resultado el buen órden, la armonía y la moralidad de su hogar. Se adelanta á su edad, auyenta el sueño de sus párpados para velar el de sus niños, y con tal abnegacion obra, que es para ella recompensa completísima la menor sonrisa de sus hermanos ó el cariñoso beso que estampan en su mejilla.

Veamos á la hija bajo otro aspecto: considerémosla, no ya huérfana y sola en el mundo, no sumida en la miseria y el dolor, sino al lado de unos padres cariñosos, provista en todas sus necesidades, y en esa edad en que empieza el corazon á sacudir el letargo de la infancia.

CAPÍTULO XV.

La niña y la flor.—Sus afinidades.—El amor en la mujer.—Su influencia sobre el hombre.

Hubo un momento en que la niña se detuvo ante una flor; su tranquilo rostro cambió súbitamente del carmin al mármol, y de sus rojos lábios brotó un suspiro que fué á esconderse entre los pétalos de su fresca confidente. La niña habia pensado: era mujer. ¿Por qué este cambio? ¿Por qué esta mutacion que tan íntimamente afecta su modo de ser?

Es un secreto de la naturaleza, es uno de tantos misterios del alma, es uno de tan variados fenómenos psicológicos, que no por ser más ó ménos comprensibles, dejan de suceder. La mujer y la flor tienen una existencia comun, se aman desde el principio al ocaso de la vida, y esta les es de tal modo comun, que hace dudar si la flor es la figura emblemática de la mujer ó esta de aquella: solo sabemos que las flores son sus confidentes en el primer período de su desarrollo, y como dice con mucha oportunidad un inspirado poeta:

«Son las primeras sibilas
que consulta la mujer:
quizás su aroma es su vida,
quizá sienten, quizá ven...»

Inseparables compañeras, tienen infinitos puntos de contacto: la flor brota en capullo de la planta contorneando en sus delicadas hojas toda una vida de misterios: la hija embellece el hogar con su infantil alegría, y entre las frescas hojas de sus caricias, deja asomar por un momento el rosado matiz de su alma. La flor abre su cáliz al rocío y esparce fragantísimos aromas de un seno de nácar y púrpura: la mujer abre su corazon al sentimiento, y exhala el perfume de su amor entre dulcísimas lágrimas é intraducibles suspiros: el soplo helado del Norte marchita el cáliz de la flor; el frio del desengaño hiere de muerte el corazon de la mujer. Una embellece las florestas y perfuma las praderas; otra engalana el camino de la vida y armoniza la relacion social. Son dos entidades con diferente forma. Por eso el primer pensamiento de amor en la mujer, nace de la contemplacion de una flor.

La mujer en esta primera manifestacion del sentimiento, se pregunta: «¿Qué pasa por mí? ¿Qué es lo que siento?» Y no hallando quien resuelva su duda, consulta á su encantadora confidente, como si su cáliz hubiera de descubrirla el misterio de la vida. Una noche la jóven, expléndidamente engalanada, entra en su nívea alcoba; acaba de traspasar los umbrales del mundo, y el ruido, la embriaguez de la pasada fiesta, giran en torno de su imaginacion con todos los encantos de la más risueña pesadilla. Recogida en su lecho purísimo de vírgen, acaricia en su mente este recuerdo, y arrullada por él, se duerme en brazos de la inocencia: su blanca mano posada bajo la ardiente mejilla, sus desnudos hom-

bros compitiendo en blancura con los lienzos que la cubren, su torneado brazo descansando indolente sobre una ola de encages, todo respira candor, idealismo, pureza. En su tersa frente, orlada por negros cabellos, brilla por un momento pasajero fulgor: sus entreabiertos lábios dibujan una dulce sonrisa, y un extremecimiento nervioso recorre los delicados contornos de su cuerpo: la vírgen sueña. ¿Quién sabe lo qué? Blanco fantasma se eleva como la niebla y se extiende hasta tocar el sonriente cielo: sus formas vagas se condensan, y de este fugaz fenómeno se forma la imágen de un hombre: poco importa su figura, que puede ser variable al infinito; lo que interesa es su alma. Esta ilusion se desvanece, y la jóven al despertar se siente mujer; esto es, comprende, adivina, y se persuade de que ha nacido para algo más que para sonreir á sus padres; que está formada para la familia y para la sociedad; en una palabra: *ama*.

Tenemos la conviccion de que este es el verdadero estado de la mujer; ha nacido para amar y amando muere; se formó para el hombre, y tiende á su fin, completándose los dos séres entre sí y viviendo la misma vida.

Ese hombre, esa ilusion de sus primeros sueños, toma cuerpo, y se realiza. Un jóven desliza en sus oidos encantadoras frases, y esta música desconocida hiere su tímpano, repercutiendo en su alma las más dulces armonías. Desde entonces todo su porvenir, toda su alegría, todas sus ilusiones se condensan en una sola palabra, en una sola aspiracion: *amar*. En estas cuatro letras se encierra el poema

de su vida: en el amor vive, para el amor crece, con el amor sueña, y muere amando, como amando nace: cuando niña á sus padres, cuando núbil al hombre que despertó su alma, cuando madre á los hijos de su amor. La mujer en el período que nos ocupa, consagra todos sus instantes á esta delicia del alma. Ama sin restricciones, y esta dulcísima afeccion se extiende á cuanto la rodea, reservando, sin embargo, la parte más preferente para el hombre que hizo latir su corazon: ama con delirio sus flores, sus pájaros, sus galas y sus joyas; pero ponedla á prueba, y os dirá que flores, pájaros, galas y joyas, son nada ante una mirada de su amante.

En las noches de estío, cuando recostada en el marco de su ventana recibe el beso de la brisa impregnado del perfume encantador de la reseda y el geránio; cuando oye el melancólico trino del ruiseñor que vela á su amada entre los álamos del parque, sus ojos se fijan en el cenit, recorren la órbita de los planetas que tachonan su manto azul, y exhala un suspiro al par que vierte una lágrima sobre las pasionarias que adornan su nocturno observatorio. Llora; luego sufre. ¿Se lo preguntais? No os sabrá responder. Llora y es felíz, porque tambien la felicidad tiene sus lágrimas, como el dolor. Suspira, y ese suspiro, llevado en alas de la brisa, rodando entre el aroma de las flores, forma un nombre, el de su amado, y lleva una mision, su amor. ¡Qué de ilusiones, qué de sobresaltos, qué de alegrías! Una misma cosa la alegra y la hace sufrir; y esta dulcísima inquietud del alma se traduce por un suspiro ó por una sonrisa: por un suspiro, si del objeto ama-

do teme un desengaño; por una sonrisa, si recibe una prueba de amor. El insomnio la agita en su lecho, el fantasma de su amor la persigue desde su alcoba á los cogines de su reclinatorio; y en el pesar como en la dicha, solo guarda su alma un recuerdo sagrado, una idea fija, una religion entusiasta: su amor.

Ama y es amada por un hombre al que se dedica por completo: de él es su dia como de él su noche; para él trabaja, por él niega el descanso á su fatigado cuerpo; para él se instruye, por él siente el afan de aprender todo lo concerniente al detall de la casa; para él quiere ser la esposa económica, la amante tierna, como la madre cariñosa y previsora para los séres á quienes dé vida el objeto de su amor. ¡Sentimiento grande, afecto sublime y profundísimo, que eleva á la criatura sobre el pedestal de gloria que le trazó su Criador!

Todas sus acciones, todos sus pensamientos se concentran en él, y estudia detenidamente su carácter, sus inclinaciones, sus gustos, sus placeres y sus penas. Si la mujer consigue inspirar una pasion, es la gran palanca de la voluntad del hombre; tiene éste un defecto, y ella pone remedio al mal, exigiéndole, como prueba de cariño, la virtud contraria á aquel vicio. Llega un dia en que el hombre se ha reformado por su amor; y entonces, considerándole digno de compartir con ella la felicidad conyugal, trata con él la difícil cuestion del matrimonio, obviando los inconvenientes que necesariamente se presentan para la consecucion de su fin. Pondera en el hogar las buenas condiciones del objeto de su

cariño, y aminora sus defectos con tal solicitud, que no parece sino que por aquel hombre ha sentido de antemano todas las dulzuras, todos los placeres, todas las penas y desvelos de la maternidad. La inflexion de su voz, las tiernas miradas que sabe imprimir á sus ojos, la delicada atencion que presta á los planes del porvenir, todo lo pone en juego con una maestría inimitable. Sabe acariciar con su sonrisa, como herir el corazon con el destello de su mirada; sabe pronunciar palabras con sus ojos, como si la emision de voz saliera de su laringe; sabe leer en el alma de su amante, como si los pensamientos se escribieran en su frente.....

Entónces el hombre es lo que la mujer quiere que sea: un honrado padre de familia ó un criminal sanguinario y feroz; este resultado está en razon directa de las inspiraciones que la mujer le presta, de sus gustos legítimos ó de sus depravadas inclinaciones. Porque esta regla general tiene su excepcion, por desgracia, y hay mujeres á las que el campo del porvenir se las presenta no cruzado por la senda del bien, sino atravesado por la calzada del mal; no sombreado por el sicomoro de la paz del alma, sino velado por el corpulento castaño de la sensualidad y cobijado bajo las letales hojas del manzanillo del lucro. Son efecto de su educacion, y como afortunadamente estas desgraciadas son, como decimos, la excepcion, no podemos referirnos á ellas al hablar de la mujer. La verdadera mujer, la que propiamente puede llamarse tal, ama y siente con más delicadeza: al embriagar su corazon con esa fuerza desconocida que denominamos amor, to-

da su naturaleza, todo su espíritu se sublima de tal modo, que casi son ideales sus manifestaciones.

Ama mejor y mucho más que el hombre, porque sus condiciones fisiológicas, su organizacion delicada, es más apta para las impresiones del alma que para la fatiga corporal, á la que el hombre debe prestar su mayor actividad; es susceptible por naturaleza, y acciones que parecen indiferentes, ó por lo ménos poco trascendentales, operan en ella un cambio radicalísimo, y el menor desden la hace creerse tan desgraciada, como feliz la más insignificante demostracion de cariño. Y esto tiene su explicacion en el amor que el hombre la inspira y por el cual es capaz de todo. ¡Cómo le anima al trabajo! ¡Cómo sabe arrancar de su alma una resolucion que parecia firme é irrevocable!

Ella es la fuerza impulsiva de sus acciones; ella la luz que guia su entendimiento, ella la locomóvil que le arrastra en pró de la civilizacion y el adelanto. Un hombre ama á una mujer, esto es, está identificado con ella y trata de hacerla su esposa: su imaginacion se exalta, se centuplica en el trabajo, y perfeccionando este al infinito, modificando sin cesar su forma ó su materia, tiende á descubrir un nuevo género de produccion, porque sabe que cuanto más perfecta sea la obra que salga de sus manos, mayor será su precio, mayor su utilidad y más beneficios reportará á la sociedad conyugal. La mujer, llegado este caso, se afana en aprender nuevas reglas de economía para su futuro hogar: sueña con las delicias que ha de proporcionarla la constante presencia de su amado: estudia el modo

y forma de llegar á la nivelacion de gastos, y, aunque prescinda de lo supérfluo, no se olvida de lo necesario. Comprende que es preciso administrar bien y por sí las ganancias del esposo; que es imprescindible renunciar al lujo ante las necesidades y el bienestar moral, y todo lo sacrifica gustosísima á esa religion nueva que se despierta en su alma: ha sido buena hija, y al traspasar el dintel de la juventud empieza á comprender lo que el porvenir la reserva cuando pueda llamarse *la esposa.*

Pero no pasemos adelante sin estudiar otro tipo, otra especialidad en la mujer, que sin tener esposo en su acepcion material, es madre, y madre no de un niño, sino de los niños, de los jóvenes, de los varones y de los ancianos.

Detengámonos un solo instante ante esa estrella que brilla entre las borrascas de la vida como un faro de esperanza y consuelo, y descubramos nuestra cabeza ante la personificacion de la Caridad.



CAPÍTULO XVI.

La hermana de la Caridad.

Si consideramos la mujer bajo todos sus aspectos y por el prisma de la neutralidad, esto es, desposeyéndonos de todo afecto apasionado hácia, ó contra ella, tendremos que convenir en que el amor es la historia entera de la mujer. Ama como hija, ama como esposa, ama como madre, ama, en una palabra, con todo género de amor, y ama siempre, en su infancia, en su juventud, en su ancianidad. Si no tiene padres á quien amar, si carece de hermanos, si no ha conocido el primer amor, si se encuentra aislada en el mundo, asegurad que ama no obstante: se dará toda ella á la mística esclavitud del amor divino ó al caritativo amor de los que sufren.

El amor-caridad es uno de los más legítimos títulos con que puede gloriarse la mujer. Un amor inmenso, desinteresado, lleno de generosidad y dulzura; un amor vírgen de egoismo y en el cual parece decirnos: «Nada quiero para mí, sino las privaciones y trabajos, mientras tengo para tí todo el amor, toda la ternura de mi alma.»

La hermana de la Caridad merece, pues, que nos

detengamos un momento para analizar el resultado práctico que produce en su mision.

Tended un instante la vista por esos muros sombríos que detienen vuestro paso; entrad en ese portal desierto, silencioso como una tumba, y reparad en el ángulo más oculto..... No me digais lo que habeis visto, porque lo adivino en la impresion dolorosa que vuestra frente refleja: al frente encontrais una puerta siempre cerrada, como si tratase de impedir el paso á los ruidos del mundo, y en uno de los ángulos un torno, en cuyas celdas se oculta una pobre cuna, y al lado de la cual pende el cordon de una campanilla.

Es la puerta por donde entran en el mundo los infelices hijos de la miseria ó del crímen; es el hogar que la caridad destina á esos séres inocentes, víctimas de la desgracia, y cuyas primeras lágrimas son tan acerbas, que amargarian las de la humanidad entera. Tras ese torno, velando esa cuna, esperando llenar su mision, hay una mujer que reza ó medita los dulces misterios de la caridad. Allí está para dar el primer beso á los desheredados de la fortuna, allí está para ser la madre universal de los que no la tienen, allí espera con el alma llena de ansiedad el sonido de la campanilla que ha de indicarle la entrada bajo su proteccion de un nuevo sér. Nada la importa que este sea un hijo del crímen, nada que sea un huérfano ó el fruto de un matrimonio que carece del pan necesario á la vida: solo ve en él un ángel que Dios la envia, un hijo que la caridad pone bajo su proteccion, y para el cual reserva con avara solicitud toda la ternura de su al-

ma. Si es el fruto de un amor ilegítimo, la oireis decir besando su frente: «Hijo querido de mi alma, tú no tienes culpa del pecado de tus padres; si tu madre te abandona, tu madre seré; si Dios ha dispuesto que tu cuna sean mis brazos, duerme tranquilo en ellos el sueño de tu inocencia.» Dirá al huérfano: «La caridad me encargó que sustituyese á tu madre y tu madre soy: yo velaré por tí en la tierra, mientras tu madre ruega en el cielo por los dos.»

Exclamará ante los harapos del pobre: «Yo te amo más en tu desgracia que si nadases en la abundancia y protegiesen tu sueño los más finísimos lienzos: yo te daré mi pan para que tus queridos padres puedan otro dia estrecharte contra su corazon.»

Y la hermana de la Caridad cumplirá lo que promete, porque sabe que Jesús amó á los que *aman mucho*: por eso puede envanecerse con el dictado de madre, y esta es quizá la parte más sagrada de su mision. Con su prevision, con su celo, crece el niño entre las auras de la virtud, y su primer oracion, inspirada por ella, aprendida á los ecos de su voz, encierra todo un tratado de religion. Vigila con escrupulosa detencion la obra de los talleres donde se enseña á los niños el medio de ganar en el porvenir ese pan que entónces les alarga la caridad; y á la caida de la tarde, cuando se suspende el trabajo para dar á los acogidos un momento de expansion y solaz, ella preside esos juegos infantiles, sentada en un banco del jardin. Allí, radiante de alegría, de felicidad, sienta á los más pequeños sobre sus rodillas, sonrie á los mayores, besa á los mediados, y fi-

jando sus miradas en el cielo, dice desde lo más profundo de su alma aquellas dulces palabras de Jesús: «Dejad á los pequeños que lleguen á mí.» Estos son sus goces, esta su alegría, este el móvil de su ardiente corazon: con verdad puede decir, parodiando un verso del cantar de los cantares: «Rodeadme de vuestras caricias, queridos mios, porque desfallezco de amor.»

El enemigo mayor del hombre son sus propias pasiones; los escollos de su virtud cierran su paso por el sendero de la vida, y su misma carne le induce al mal. La soberbia le empuja en la pendiente, y la ira le precipita en el abismo; el hombre hace la guerra al hombre y convierte en ódio de rivales el cariño de hermanos. Resuena en el valle el fragor de la batalla, ruge el cañon en la montaña, y una lluvia de plomo y acero siembra la muerte en las nutridas filas de los combatientes: el padre cae tal vez á los golpes de su hijo, el hermano tiñe su rostro con la sangre de su hermano, y entre las imprecaciones de rabia, entre los gritos de triunfo, entre el estampido de las armas y el humo de la pólvora, se oye una voz débil y moribunda que grita «¡socorro!» ¡Desgraciado! Los piés de sus hermanos dilatan sus heridas; para ellos no es ya sino un estorbo, y le flanquean sin tener para él una mirada de compasion; el triunfo es lo primero, y sus gemidos desaparecen ahogados por el ruido del combate.

Una mujer, despreciando el peligro, arrostrando las consecuencias de la guerra y desafiando la muerte, cruza con planta segura aquella zona en que más desesperadamente se lucha, y cae de rodi-

llas junto al herido que tiende hácia ella sus manos suplicantes. Aplica un cordial á sus calenturientos lábios, rompe si es preciso sus vestidos para vendar las heridas del soldado, y prodigándole cuantos consuelos le sugiere su alma de mujer y su cariño de hermana, sólo se aparta de su lado cuando le deja en la camilla que ha de conducirle al hospital. Febríl, jadeante, pero llena de caridad, poseida totalmente de su mision, vuelve á atravesar el campo entre la cargas de caballería y el estallido de las bombas, para prestar su auxilio á otro desgraciado; y por la noche, cuando los combatientes han dado tregua á sus odios para descansar de las fatigas del dia, ella, renunciando al reposo, cubierta de sangre y tal vez de heridas, vuelve al campo, remueve los cadáveres, registra los matorralés y busca incesantemente en aquel revuelto manto de desolacion una nueva herida que vendar ó un desgraciado á quien arrancar de las garras de la muerte. Durante el dia y en medio del combate, se aparece como ángel de paz ofreciendo su vida en expiacion de la culpa de sus hermanos; de noche, cubierta con las sombras y el luto, busca este ángel de amor una lágrima que secar, ó un cuerpo dolorido para aliviar sus padecimientos. Se firma una tregua, ó la guerra abandona aquellas regiones desoladas para llevar á otras su estrépito y sus horrores; ante un grupo de piedras, terminado en una modesta cruz, cierto número de soldados, cubiertos de vendajes, con el dolor retratado en el rostro, y tal vez horriblemente mutilados, depositan flores silvestres ó coronas de siemprevivas, mientras una lágrima fur-

tiva se desliza de sus ojos y surcando su descarna da mejilla, vá á regar aquellas flores ó á servir d brillante en una de aquellas coronas. No pidais l explicacion de este enigma: aquellas piedras, aque lla cruz, guardan los restos de una heroina de amor, víctima de la guerra: allí reposa el cadáve de una mártir, de una hermana de la Caridad ¡aquellos soldados son los hijos que lloran á su ma dre!... ¡Paz á sus restos, gloria á su nombre!

La fiebre amarilla, el cólera asiático siembra el luto y el pavor en las ciudades: las calles seme jan vastos cementerios, la atmósfera envenena a hombre, las familias enteras desaparecen del libr de la humanidad. La epidemia relaja los vínculo de la sociedad y de la familia por el terror; el amig abandona la cabecera del lecho de su amigo, el her mano se aparta con miedo de la hermana, el hij abandona al padre, y centenares de enfermos, cadá veres vivientes, se arrastran por las calles pidiend inútilmente una gota de agua para su reseca len gua, ó un medicamento que atenúe sus dolores fí sicos. Todo es pena, todo es luto y amargura. Baj un cielo impuro se respiran los mefíticos miasma de la enfermedad, y el silencio de la muerte se en señorea en aquellas calles cuyos ámbitos estreme cia poco há el ruido de la industria ó el cántico de placer. El ángel de la muerte bate sus alas sobre l torre más alta de la poblacion, y el ángel de la ca ridad agota sus fuerzas de calle en calle, de casa e casa, bajo la forma de una mujer. No la intimid el aspecto de la muerte, no retrocede ante el conta gio; su amor fraternal es antes que todo, y nada sig

nifica para ella la vida si, exponiéndola, puede secar una lágrima ó contener una blasfemia en la boca de un enfermo abandonado á sus padecimientos. Sube lo mismo la suntuosa escalera de mármol de un palacio, que atraviesa el mísero zaguan de la morada de un obrero; para ella no hay clases, no hay edades, no hay condiciones, no hay castas: solo hay hermanos que sufren, desgraciados que nesitan sus servicios.

Allí, á la cabecera del enfermo, respirando el pútrido aliento de la fiebre, humedeciéndose con el sudor del colérico, luchando, en fin, con la enfermedad, agota los recursos de su imaginacion y su dulzura, vigila sus menores movimientos, provee á sus más insignificantes deseos, y los exhorta á la par á que lleven con resignacion la prueba que Dios les envia. Fija su atencion en el alivio de sus enfermos, ni siente los efectos del hambre, ni sus párpados se entornan por el sueño, ni se cuida de las necesidades de su vida: es para ella antes que todo hacer que el doliente guarde las prescripciones del médico, cuidar de que en su delirio no se desabrigue, espiar el momento oportuno de darle el alimento ó la medicina que debe tomar, y procurar, sobre todo, que sus sonrisas, sus consejos, sus cariñosas palabras sean un lenitivo al padecimiento moral de su enfermo. Es como una esfera en el reloj de la vida; y mientras con una mano regulariza el trastorno del organismo, señala con la otra el cielo, pátria comun de los que sufren. No es la paciencia la virtud más culminante de los enfermos; su temperamento sobrescitado por causas físicas, ó

tal vez por el abandono en que se ven, les hace ser injustos con su enfermera y aun devolver muchas veces el bien que reciben en dicterios, insultos y amenazas á su bienhechora: ella, sin embargo, no abdica un momento del fin que su mision la señala, y á esas injurias contesta con palabras de cariño, ó con sonrisas de misericordia.

El rencor no existe para ella, la ira no puede brotar en su pecho ni aun bajo la forma de la indignacion, porque el rencor y la ira son pasiones humanas, y su mision está muy alta sobre la humanidad.

Estas manifestaciones del amor en la mujer, son la escala que más la acerca al amor divino, porque no hay en su corazon ni un átomo de egoismo, ni otro deseo de recompensa que la satisfaccion de obrar bien. Por eso no hemos vacilado en decir al final de nuestro capítulo anterior: «Descubramos nuestra cabeza ante la personificacion de la Caridad.»

Mientras el mundo exista, existirán séres desgraciados; y mientras haya que enjugar una lágrima, la caridad, encarnada en la mujer, hará bendecir al hombre el tipo que hemos intentado examinar.

CAPÍTULO XVII.

La esposa en el hogar.

Conmuévense las naves del templo á las acordes melodías del órgano: una nube de incienso envuelve en sus delicadas gasas la oracion de los fieles, y al pié del altar, profundamente adornado de flores y luces, el sacerdote estiende sus manos sobre la cabeza de una mujer y del esposo que ha elegido su corazon. Ella con su blanco traje de desposada, ostentando en su frente la virginal corona de azahar, y reflejando en su semblante el candor y la inocencia de su alma; él sosteniendo su mano y abriendo el pensamiento á los dilatados horizontes de la vida conyugal, deja asomar á sus ojos un destello de la felicidad que agita su corazon.

Dios acaba de sancionar por medio de su sacerdote la union de sus cuerpos, como desde el primer instante bendijo la union de sus almas; han aceptado el sagrado vínculo que los liga en la tierra, é inseparables siempre, solo un alma animará sus cuerpos. Se han visto cumplidos los ensueños de la niña, y vedla desde este momento trasformada en mujer. Como en el primer éxtasis de su amor, no la pregunteis qué siente, porque no sabrá qué contes-

taros: es feliz, y vaga inquietud matiza su rostro, porque desconoce el porvenir. Ya ha entrado en la verdadera fase de su vida, y desde aquel instante en que contrae nuevas obligaciones, empieza la parte difícil del cumplimiento de su deber en la tierra. El hogar espera á la esposa, y al encontrarse en él á solas con su esposo, radiante de alegría, extremecida de felicidad, sueña con hacer de su casa un nido de amor y un Edén anticipado para su esposo.

Allí le espera de vuelta del trabajo, allí soñarán las dulzuras de la vida, allí y durante su ausencia, dedicará la esposa todos sus pensamientos al hombre que la ama, y contará el tiempo que los separa por los latidos de su corazon. Su amor está legalizado por la religion, y desde aquel momento puede entregarse á él sin reserva, y ostentarle triunfante por doquier.

El invierno avanza, y con el frio crecen las necesidades del esposo, como amengua la utilidad de su trabajo: allí está la mujer para hacer frente á la contrariedad, para luchar con ella y decir al hombre: «nada temas conmigo, que yo lucharé por los dos.» Acaso no son suficientes los rendimientos del capital á sufragar los gastos de la casa; allí está la mujer con su economía, allí está la esposa con su prevision; y tal vez cuando el hombre cree no tener aun lo necesario, gracias á ella se encuentra hasta comodidades que no podia sospechar. Atenta siempre á su cuidado, por fortuna aun le reserva una pobre pero curiosa cama, y aunque su alimento sea modesto, pone todo su conato en que por su limpieza y buen condimento sea para él preferible á los

suculentos manjares que vé fuera del hogar. Ella, dispuesta siempre á ser un auxiliar del esposo, no solo estudia la manera de aplicar el capital del trabajo, sino que trabaja á su vez, á fin de proporcionarse nuevos ingresos. Llevando por norma su amor, todo lo refiere al hombre que dió su mano, nada la satisface sin él, de él se aconseja en las cuestiones administrativas de la casa, á él recurre en sus dudas, y con él comparte sus alegrías, pero ocultándole sus penas.

Generosa por temperamento, por costumbre y por amor, ántes prefiere padecer todos los dolores del mundo, que hacer sentir la menor tristeza á su esposo, y solo le dá participacion en sus penas, cuando la es imposible conjurar el mal ó cuando la naturaleza del disgusto requiere la intervencion de su aliado.

El hombre que esto vé, el esposo que halla en su hogar un ángel de bondad y de dulzura, no teme, no escasea el trabajo, y como los goces legítimos de su union son más puros, más delicados que los que la sociedad puede proporcionarle, en vez de solazarse en sitios donde su moral peligra, entretiene sus horas de descanso en permanecer al lado de su esposa. Juntos los dos, unificadas sus almas por el cariño, se cuentan sus mútuas impresiones, proyectan las más atrevidas empresas, cada cual se propone hacer titánicos esfuerzos por el bien de la casa; y si el esposo presenta á la esposa como argumento contra un excesivo trabajo la debilidad de su sexo, contéstale la última con la más cariñosa de las sonrisas: «pero ¿y si Dios nos dá un hijo?» Otras veces

la insuficiencia del trabajo, la carencia del capital, agobian al esposo y este desmaya por un momento: allí está la mujer, allí está la hormiga de su casa para decirle: «¿Por qué sufres? ¿Acaso yo no soy tu ayuda en vez de tu carga? La escasez contigo, me es más agradable que la abundancia léjos de tí: trabajaremos juntos para vencer esta situacion, y si nuestros comunes esfuerzos no bastan, si no podemos hacer frente á la miseria que nos amenaza, no desconfies del Dios que sustenta á los insectos.» Así, uniendo el amor á la religion, amalgamando sus caricias con la moralidad de sus consejos, reanima la mujer el espíritu del hombre, que vuelve al trabajo alumbrado con la luz de la esperanza.

Haciéndole sentir mil placeres tranquilos en el seno de su hogar, le inclina á separarse de esos focos de infeccion que por desgracia, y como un mal necesario, abundan en la sociedad. Próvida como nadie, su afan, su ambicion se reduce exclusivamente á rodear á su esposo de cuantas comodidades sean compatibles con su posicion y con sus medios de subsistencia. Limpia y arregla su ropa de tal manera, con tal cuidado, que es á veces una obra prodigiosa de paciencia y de ingenio; dedica sus ratos de soledad á proporcionarse un objeto cualquiera, un producto del trabajo de sus manos, para ofrecerle despues á su compañero como recuerdo de su natalicio ó de la fecha de su union, y goza de antemano con la sorpresa que le prepara.

Llega un dia en que el hombre que sigue diligente el complicado sistema de economías de la esposa, vé desplegar á esta nueva actividad, más

exquisito celo en hacer pequeños ahorros sobre los que de ordinario ejecuta. Como que nada altera en las comodidades con que le rodea, como que las atenciones domésticas están á cubierto, y no solo puede atender á sus necesidades, sino que puede hacer un pequeño fondo, la conducta misteriosa de la mujer es para él un arcano incomprensible. La respuesta á esa pregunta se la dá el rubor de su amante compañera: no economiza para sí, no acumula céntimo á céntimo su capital para el esposo, sino que aspira á algo más, sospecha que vá á recibir su familia el aumento de un nuevo ser que se agita en sus entrañas. ¡Vá á ser madre! Esto es, vá á tener el supremo y justísimo orgullo de la mujer, vá á inmortalizarse, digámoslo así, en un pedazo de su alma germinado al calor de sus entrañas. ¡Qué momentos para la mujer los de tan dulcísima confesion! Retenida en estrecho abrazo por su esposo, descansando su cabeza en el hombro del compañero de su vida, teñido su rostro del pudoroso carmin y tililando en sus ojos una lágrima de felicidad, sueña despierta en la vida y se adormece en el lánguido placer del espíritu! El hombre la mira con apasionada expresion, empapa su alma en aquel supremo esfuerzo de su dicha, y bendice al ángel que Dios puso en su camino, mientras sueña con las caricias del hijo que aún no ha visto la luz.

Sobreexcitado por el sueño de su alma, pensando siempre en el futuro sér que ha de heredar su nombre, ni el trabajo le fatiga, ni escasea su perfeccion, ni le basta nada á contener el ardientísimo deseo de asegurar el porvenir. Ya no se pertenece, ya no

puede pertenecer exclusivamente á su esposa: espera un hijo, espera con él todos los sinsabores como todas las delicias de la paternidad. Sueña ya con su educacion áun ántes de nacer, porque sabe que careciendo de ella, no puede el hijo conocer el amor de los padres ni amarlos, y está firmemente persuadido de que no puede ser buen ciudadano el que no ama ni honra á sus padres. Mientras trabaja, su mente no se permite ni un sólo instante de inaccion: sueña para su hijo todas las perfecciones físicas y morales, todas las ventajas de la naturaleza, y á ellas reune las que él puede proporcionarle. Tendrá como maestro del corazon á su madre, á esa dulcísima esposa que tan delicados placeres le hace gustar, y como director de su naciente inteligencia en la parte material de educacion, al más aventajado profesor, á fin de que el niño aprenda á comunicar sus ideas por medio de la palabra y de sus signos; llegará á ser un hombre instruido, capaz de seguir una carrera ó dedicarse con fruto á una industria cualquiera; le verá honrado y considerado en la sociedad, siendo citado en ella como un modelo de laboriosidad y virtud. Y mientras que esto sueña el padre, mientras su cerebro labora idea por idea, ensueño por ensueño, el trabajo brota de sus manos como un torrente, y esta constante actividad de las fuerzas físicas y morales, no le permite ni un pensamiento dudoso, ni el más ligero retroceso hácia la pereza ó la imperfeccion de sus obras.

Por la noche, de vuelta á su hogar, el futuro padre sólo tiene vida para su esposa; sentado junto á ella, absorbiéndola, si nos es permitido, con su mi-

rada, como si de este modo quisiera aliviarla en sus dolores, preocupado é inquieto por aquella salud que vé resentirse de segundo en segundo, el hombre vive totalmente en el espíritu, porque se entrega totalmente al amor. Antes veia en la mujer la carne de su carne, pero hoy..... hoy ama en ella á la madre de sus hijos: la misteriosa flor del matrimonio abre su expléndido cáliz y exhala sus aromas sonreida por el naciente sol de la felicidad.

CAPÍTULO XVIII.

La madre.—Sublimidad de su mision.—La educacion de sus hijos.—Su amor.

¡MADRE!! (1) Sublime eslabon donde se encadena la vida; frase que reasume todo un génesis de amor..... No busqueis en el diccionario su significado, porque, ó no sois hijos, ó bastante os dirá vuestro corazon.

Habeis nacido, y al exhalar el grito de victoria esa alma que entraba en la posesion de la vida, habeis arrancado á la madre un supremo grito de dolor. Para crearos, para inscribiros en el libro de la humanidad, esa santa mujer, ese ideal sublime de abnegacion y ternura, ha sufrido dolores incomprensibles, ha torturado su espíritu y despedazado su cuerpo, ha luchado con la muerte defendiendo palmo á palmo, no la posesion de su vida, sino el primer latido de la vuestra. Tendida en el lecho del dolor, rígida, helada, estremecida por horribles sacudimientos nerviosos, se agita incesantemente,

(1) No queriendo distraer al lector del objeto primordial de estas páginas, dejo para el final ciertas ideas que al eco de esta palabra brotan como un desahogo de mi corazon, y que se me permitirá consignar en este libro como homenaje á la que me dió el ser.

exhala dolorosos gritos que horrorizan á los circunstantes: sus ojos, que parecen saltar de las órbitas, giran por doquier con expresion de martirio; sus manos frias y descarnadas se abren y cierran en el vacío, cual si buscasen un apoyo para no rodar al abismo; un sudor copioso invade su frente, y sus contraidos lábios semejan á las hojas secas del otoño. Rendida de tanta lucha, fatigada por tan lenta y cruel agonía, cae de nuevo desfallecida..... ¡Silencio....! La enferma descansa. ¡Ah, no! No es la enferma la que se halla en reposo; es la enfermedad que busca en esos momentos nuevas armas para el combate, que se provee durante esa ligera tregua de todo un arsenal de dolores. La crísis empieza: es la suprema crísis, es el solemne himno de la maternidad, el momento supremo, el paso terrible de la mujer á la madre.

¡Ah! El hombre debia descubrirse ante esta palabra; debiera oirla de rodillas, porque representa el símbolo de su fé, la santificacion de su orígen hecha por el mismo Dios en el Sinaí misterioso de una mujer. Su espíritu ha descendido de nuevo ante el Moisés de la humanidad acompañada del solemne aparato de los dolores, para que el recuerdo de la maternidad quede grabado indeleblemente en el corazon de la esposa, como un testigo imperecedero de su mision. Ha querido que la vida del hijo ponga en grave riesgo la de la madre, para que aquel no olvide jamás que con todos los sacrificios, con todo el amor de su alma, nunca la recompensará el más ligero de sus dolores, ni la más fugáz de sus angustias. Dichoso el que desconoce cuanto esa

palabra vale, porque de seguro tiene madre: felíz aquel que viéndola á su lado aun, llega á comprender lo que la palabra *madre* representa, porque su vida será un idilio delicadísimo de ternura, y amándola siempre, consagrándole hasta el último instante de su vida, podrá decirle con sus obras: «Sé cuanto te debo, madre mia, y como no me es dable recompensarte de otro modo, como no puedo explicar cumplidamente lo que siente mi alma por tí, te la entrego toda entera para que en ella leas el inmenso amor que te dedica tu hijo.» Los que aún teneis esa inmensa dicha, los que aún podeis reclinar la cabeza en el regazo de vuestra madre, decid con seguridad que no habeis gustado la hiel de la existencia, que nó habeis sentido ni aun la sombra de un dolor.

Ved ahí á la mujer que emprende nuevamente su peregrinacion en la tierra, que nuevo Prometeo tiende su vista á la escarpada roca do tiene que ascender para completar su obra..... Pero no va sola: la acompaña su hijo, la sostiene su esposo, y esta nueva circunmisesion, este triple amor de la familia, es el punto de apoyo más inquebrantable que se ofrece á su pié, al par que la fuerza que vigoriza su espíritu. Los dolores del alumbramiento, son el pacto que firma con su amor maternal: el primer vagido del niño, el sello que afirma y acrecienta su amor hácia el padre de su hijo. A partir de ese momento, la madre no se pertenece: para ella antes que todo, antes que sí misma, es aquel lazo de union que Dios la concede; y no satisfecha con haberle dado vida en su seno, quiere que nadie la dispute

la dicha de alimentarle con su sangre; de este modo le ama, no con el amor que para él soñara, sino con el amor del sufrimiento.

La maternidad no es otra cosa que una creacion contínua: la madre, despues de engendrar físicamente á su hijo, lo engendra moralmente; tiende á convertir aquel niño en hombre por medio de la instruccion, y agota para conseguirlo toda la diplomacia de su ternura. Enséñale á obrar el bien practicándolo ella misma á su presencia, y planteando la teoría del trabajo atractivo, le instruye mientras aparenta distraerle. Por medio de narraciones más ó ménos poéticas, segun el estado de la inteligencia de su hijo, infiltra en su corazon todo un tesoro de enseñanza moral: instrúyele en los deberes que el hombre tiene para con la sociedad y la familia; le inspira su primera oracion, no aprendida rutinariamente en su devocionario, sino tipografiada en su corazon, y al calor de sus castísimos besos, hace brotar en aquella inocente alma los primeros destellos de la virtud. ¿Es conveniente que el niño adquiera nociones de historia? Ella la aprenderá, si no la sabe, á fin de enseñarla á su hijo. ¿Debe éste conocer los principios generales de las ciencias exactas? Allí está la madre dispuesta á ser su profesora.....

La educacion del hombre debiera estar encomendada exclusivamente á la madre durante esa edad en que, dormida la inteligencia, obra el niño por imitacion y copia lo que en su madre ve: adquirida la costumbre de obrar el bien, muy difícil seria inclinarle al mal, porque no es posible olvidar lo que

se aprende entre los brazos de una madre. Compadecemos de todo corazon á esos infelices, á esos desgraciados que por sistema ó por orgullo culpan á la mujer de todos los males que afligen á la sociedad, señalándola con los más duros calificativos del lenguaje y sentando, como base de sus afirmaciones, que la mujer solo puede producir el mal. ¡Desdichados! Dignos son de lástima, porque, ó no han conocido á su madre, y si la conocieron la olvidaron, ó su corazon seco y enfriado por el cálculo no es capáz siquiera de la gratitud, ya qué no del amor, que deben á la que les dió vida.

La madre aspira tambien á cuidarse de la educacion de los hijos, porque para ella no puede haber objeto de más interés que engendrar su parte moral y hacer que en su alma se desenvuelvan esas aspiraciones generosas, esa ternura, esa bondad infinita de que está saturado su espíritu. Avara del cariño de su hijo, quiere hacer de él su retrato, quiere conseguir el establecimiento de unidad de pareceres, la identidad de pensamientos, y no vacila ante sacrificio alguno para hacer comprender á aquella alma que se despierta, todo el cariño que existe en su corazon, á fin de ser amada como ella ama. «Madre y amante á la vez—dice un notable escritor (1)—ostenta cual el naranjo la flor al lado del fruto, esparciendo á su al rededor la doble bendicion de su doble naturaleza. Al acercarse á ella, siéntese uno como cambiado; se desea ser mujer.»

Cuanto mejor eduque la madre al hijo, tanto más

(1) E. Pelletan. *La Madre*, cap. 25.

se afanará en perfeccionarle, porque comprende que es el lazo que le estrecha al esposo. Un hombre sin familia es la sombra del hombre: para que esta sombra se convierta en lo que debe ser, para que el hombre complete su existencia, es necesario que se haya empapado su corazon en el amor de una madre, de una hermana, de una esposa y de un hijo. De esta manera conocerá prácticamente los sublimes goces del amor y de la abnegacion; de este modo podrá decir que ha confundido su alma con la de una mujer, y que para él se formó esa divina flor que llena con su perfume el sagrado del hogar.

La esposa y el hijo son lazos que sujetan al hombre á la tierra en que nació: cuando por la noche regresa á su casa, está seguro de encontrar en ella una mujer que le enseñe la bondad, y una cabecita rubia, hermosa, que le inicie en el candor y le recuerde la inocencia. Así llega el hombre á ser feliz en cuanto la humanidad puede serlo: de todas las felicidades imaginables, de todos esos destellos de esperanza que hemos calificado con aquel nombre, ninguno más completo, ninguno más tranquilo que el que resulta de obrar el bien y del cariño de una familia.

El hombre que carece de ella, el ser desgraciado que es sólo en el mundo para sufrir, que no encuentra á su lado una mano cariñosa que seque sus lágrimas, ni un corazon amante que le comprenda, puede decir que no vive; es un esferoide lanzado en un plano inclinado que marcha y rueda hasta encontrar el fin de su destino. Careciendo, como nece-

sariamente ha de carecer, de todo género de afecciones, desligado por completo de sus semejantes, su vida es un martirio si sabe sentir, su corazon una tumba donde sólo reina el silencio de la muerte. Por el contrario: el hombre que vé sonreir á su lado á un inocente hijo, que gusta á todas horas el supremo goce de la felicidad doméstica, que puede contemplar á cada momento el dulce grupo que forman la madre y el hijo que duerme en su regazo, ese hombre ha de sentir amor á la vida, ha de ver prematuramente el trono de la Divinidad formado por la felicidad suprema, y como ha de amar el trabajo y este ahoga la ociosidad, gérmen de todos los vicios, no puede menos de ser útil á la sociedad para quien fué creado.

Muévele á ello, además, la consideracion del ejemplo que la madre dá á su hijo, el cual le recuerda que de su obligacion es hacer lo mismo que hace la esposa: envuelto siempre en la atmósfera de inocencia que embalsama el ambiente que su hijo respira, vé en él un testigo permanente de sus actos, y en su cándida mirada cree ver la de su propia conciencia. Si obra mal, en su misma obra encerrará el remordimiento de haber dado este mal ejemplo á su hijo. Cuéntase que un hombre, enloquecido por la ira, acababa de derribar en tierra á su enemigo y se disponia á matarle: «¡Desdichado! exclamó la víctima: ¡si te viera tu hijo!» y esta increpacion fué suficiente para que el asesino arrojase el arma, huyendo despavorido.

El padre desde que es padre, hace algo mejor que vivir: revive en su hijo, salva con él los límites

de la vida, y con él penetra en el porvenir. Revestido con el talisman de un hijo, colócale entre su vida y la muerte, desafía al destino y se fortifica con la inviolabilidad. Desde aquel momento vive la doble existencia del cuerpo y del espíritu, porque interesado como está en ganar la batalla á la miseria, trabaja dia y noche, perfecciona el producto de su trabajo, ahorra y crea su capital, y marcha por el camino del progreso, alumbrado por ese querido ser que le grita siempre «¡adelante!»

La esposa le estimula tambien con su consejo y con su ejemplo: mientras no han tenido familia, mientras el cuidado de la subsistencia se ha reducido al matrimonio, nada importaba á este alguna ménos comodidad, alguna privacion; pero hoy tienen un hijo..... y la palabra *hijo* dice tanto, que solo pueden comprenderla los padres.

No se crea en mamera alguna que la madre limita su mision á la infancia de sus hijos, no: muere acaso octogenaria y aun es su institutriz, aún mientras pasea apoyada en el brazo de sus hijos y precedida de sus nietos, inclinando su nevada cabeza bajo el peso de los años, aún, repetimos, se ocupa en la educacion de aquel ser querido, ya alentándole con los dulces consuelos de su religion, ya encomiándole el amor á la familia, ó dándole consejos basados en la experiencia de la vida. Tiene la íntima persuasion de que para llenar su cometido como ella desea, como en sí es la mision que Dios la impuso, necesitaria doble tiempo de vida y una tan vastísima instruccion, que sólo pudiera compararse al amor que alimenta en su alma como fuego

inestinguible. Por eso al descender al sepulcro, siente abandonar la vida; por eso, dando un suspiro, exclama con el filósofo: «*¡Ars longa, vita brevis!*»

CAPÍTULO XIX.

La educacion de la mujer en nuestros dias.

Hemos intentado en los capítulos precedentes reseñar la influencia que la mujer tiene sobre el hombre en las diferentes fases de su vida, y lo hemos hecho así, omitiendo de intento hablar de sus conocimientos, para demostrar que cuantos resultados se enumeran, débense exclusivamente á la ciencia de su alma, esto es, á su dulzura y á su cariño. Como lo general es que su educacion no sea la más esmerada, porque nos pagamos más de la forma que del fondo; como por regla general tiene siempre una parte de su ser cohibida y restringida por el hombre, cumple ahora á nuestro propósito hablar algo de esa educacion que le es tan necesaria como la sábia á la planta, y nótese que se adopta esta figura con entero conocimiento; puesto que si la planta carece de una sábia vigorosa que la anime, han de ser exíguos los frutos que ostente.

Nada tan comun, por desgracia, como la idea de que le educacion de la mujer debe responder más á los oficios manuales de la casa que á su instruccion científica y literaria y á su desarrollo moral. Notable error, absurdo principio que la condu

á la más completa ignorancia. Adornamos su cuerpo, hacemos de ella una máquina perfeccionada, y abandonamos su alma á la oscuridad y al mutismo: no le abrimos esa puerta que se llama idea, no la iluminamos con la antorcha de la instruccion.

Descuidada su educacion literaria, hoy apenas sabe juntar letras para pronunciar sílabas, al paso que zumba en su cerebro todo un mar de bordados y costura: para ella el libro es un objeto casi inútil, no conoce otro que su devocionario, y aun ese por costumbre, por rutina, porque en fuerza de leer un dia y otro, casi le sabe de memoria.

Como no han inclinado su imaginacion á las verdades de la ciencia, como no han hecho gustar las bellezas de la lectura ni el grato soláz que un libro proporciona, en lugar de invertir sus momentos de ocio en esta alimentacion del espíritu, ó les dá una aplicacion puramente material, ó los dedica á investigar las costumbres de sus conocidos, cosa que con frecuencia la conduce á la murmuracion ó más allá, por desgracia. Léjos de nuestro ánimo la idea de que la mujer deba dedicarse á la literatura: ni esa es su mision, ni hay cosa más repugnante que la pedantería en un ser creado para la sencillez y la verdad: mas si á ese árbol hermoso, si á esa palmera de nuestro desierto la privamos de flores, sobre matar su belleza, sobre romper su armonía, habremos conseguido aniquilar su fruto.

El hombre huye de la mujer bajo el pretesto de que no le comprende; la mira con desden porque la cree incapaz de sentir, se lamenta de que un ser tan delicado, un alma creada para ser su compañe-

ra, no sepa explicar sus sentimientos ni entienda lo que él la dice con más ó ménos claridad, con más ó ménos retórica. Pero ¿cómo ha de comprenderle si carece de instruccion? ¿Acaso la mujer tiene ciencia infusa? Si la adornase con conocimientos generales, si la diese alguna nocion de la ciencia, la mujer le escucharia con gusto, y aprendiendo en su conversacion, le deleitaria mucho más que esos amigos á quienes busca bajo el pretesto de la ignorancia de su esposa.

Hemos dicho, y repetimos, que se la enseña á mal leer, que no se la dá inclinacion á los libros y que, por tanto, su imaginacion no puede abarcar ciertas ideas, no puede digerir ese alimento del alma que se llama ciencia. Pero llega un dia en que por matar el hastío toma en sus manos una novela, lee, le agrada y devora sus páginas con avidez hasta terminar el libro. La novela no es generalmente lo más moral, no siempre quedan triunfantes en ella la virtud y el trabajo, sino que á veces preconiza el vicio: la mujer en su ignorancia no distingue el veneno que se infiltra en sus venas, y quiere á toda costa parecerse á la heroina de su libro.

Si al educarla se la hubiesen dado libros morales ó científicos, si en vez de abandonarla á su propia razon la hubiesen dirigido por el camino de la verdad, esa novela haria en ella el mismo efecto que un sextante en manos de un niño. Encontrándola prevenida contra el contagio, no lograria el virus inocularse en su alma, no tendria para ella ni aun el atractivo del pasatiempo, porque el genio de la mujer no encuentra nunca el fin de su camino, y

tendiendo siempre á instruirse, abandonaria la novela para tomar un libro de historia ó un tratado de higiene doméstica.

No es mayor su instruccion respecto á escritura: aun la agenda de la casa es, más bien que un libro de anotaciones, un verdadero mapa geográfico, y hay momentos en que ni ella misma sabe entender lo que escribió. No hablemos de principios de aritmética, porque los desconoce por completo y apenas si su mano sabe trazar un guarismo; de modo que, debiendo ser el cajero de la casa, ignora hasta los rudimentos de la numeracion.

La mujer, suspicáz por excelencia, comprende los errores de su educacion, y comparándose con el hombre, estableciendo el paralelo de instruccion con instruccion, no puede menos de pensar que, ó el hombre la desprecia como cosa poco digna de estimacion, ó que no quiere instruirla para dominarla mejor. Esta consideracion la hace ocultar sus sentimientos, desfigurarlos, emplear con él la traicion, ser su enemiga, y tratarle siempre con dobléz, reservándose de él en lo posible.

La enseñanza moral de la mujer está tambien muy descuidada. En vez de inculcarle la modestia, parece que el hombre tiende á hacerla soberbia, ya elogiando su belleza física, ya exagerando sus facultades intelectuales. Semejante á la mariposa que se deja seducir por el color, el hombre parece que busca con mayor solicitud la belleza de la forma que la hermosura del fondo. Clasifica á la mujer por su vestido y el lujo, tanto más perjudicial cuanto más costoso, le atrae y le fascina: la mujer que lo

comprende así, que ve en el lujo un medio de subyugar al que cree su tirano, usa de esta formidable arma aun á costa de arruinar á su familia..... si es que no camina mas allá.

Practica la bondad y la dulzura, porque son inherentes á su organismo y á la sensibilidad de su alma; pero sabe ocultar bajo el velo de la primera toda la fuerza del egoismo, y disfrazar con el atractivo de la segunda toda la hiel de su ira. Se la enseña á fingir, y este es el resultado de su enseñanza; finge, porque teme y porque ódia. En vez de alimentar su cariño, en lugar de dar expansion á su alma soñadora y poética, la enseñamos desde niña al frio razonamiento del cálculo, y á la prosa de un ilimitado interés. Nos cuidamos mucho de que sepa la música y el canto, á fin de que, segun decimos, pueda brillar en sociedad: la sociedad quiere que esa estrella brille en el limpio cielo de la casa antes que en los aristocráticos salones; la familia para quien nació, tiene derecho á esperar algo más de ella, y el deber de hacerla convenir en que son mucho más duraderos los goces del hogar y del candor, que esos efímeros aplausos que el mundo la tributa, y que duran lo que la onda sonora que los arroja en su oido.

La educacion é instruccion de la mujer, son tan necesarias como las del hombre, cada cual en su esfera, porque si ha de ser la institutríz de sus hijos, es preciso que sepa lo que les ha de enseñar, y que pueda dirigir con acierto esas inteligencias que despiertan á la vida entre el cariñoso ruido de sus besos y el dulce calor de su regazo.



CAPÍTULO XX.

La jóven casadera.

Llega el momento en que la niña se convierte en *jóven casadera*, palabra aceptada hoy para designar la edad núbil, y es donde más se conoce la educacion que recibió, y donde, si aquella fué buena, de tal manera se la desnaturaliza, que seria un difícil problema tratar de reconocer ni aun sus rasgos más característicos.

La mujer no oye hablar sino de su oro, de su belleza y de su lujo: nada de su candor, de sus sentimientos, de su alma. Una multitud de jóvenes la rodea por doquier asediándola con frases más ó ménos lisonjeras, celebrando su tocado, sus galas, su elegancia: el uno le habla de su posicion, el otro de su brillante carrera, aquel la ofrece un porvenir de riquezas con las que puede sostener su lujoso atavío, éste le aconseja el matrimonio como fin de la carrera de la mujer: ninguno le habla del amor, de ese dulce éxtasis del alma, como necesaria y precisa condicion para su matrimonio. Oyendo estas doctrinas ¿qué ha de hacer esta jóven? Devolverles á cuenta de su oro el oropel de la coquetería: tener en muy poco la vida del alma, para dedicarse total-

mente á la suma y resta de su capital y del de su pretendiente: le han pintado el amor como un contrato bilateral en virtud del que ella se somete á vivir en compañía de un hombre, y éste se obliga á sostener su lujo y á capitalizar sus placeres.

Es el materialismo imperando despiadadamente en el alma, la impudencia sobreponiéndose al sublime candor del espíritu. Y no creamos que la mujer no comprende el cambio, no nos figuremos ni por un momento que le acepta gustosa, no: la jóven artesana amará y se desposará por cariño con el artesano, porque su corazon está puro, porque para su alma no existen en la vida conyugal el *tuyo* y *mio*. Para ella el amor es ántes que todo, está sobre todo, porque la felicidad doméstica se le aparece como la joya más preciosa: no necesita diamantes que entrelacen sus cabellos, ni broches de perlas que cierren el escote de su vestido; una verbena entre aquellos, una fragante rosa sobre éste, y para ella y para su prometido será la alhaja de más valor. Segura de sí misma, identificada con su amante, esta mujer llegará tranquila y serena al pié del ara santa; su alma ántes que sus lábios, pronunciará llena de júbilo las palabras solemnes, el irrevocable juramento que liga para siempre su destino al del hombre amado, y transfigurada con su alegría, sedienta de la expansion del alma, mirará á su esposo, no como su compañero y su apoyo, sino como su Dios.

La que vive en la sociedad, la que ha visto correr su infancia en esa atmósfera corrompida de la vanidad y del orgullo, la que ha despertado á la vida entre los ecos de esa educacion falsa que abunda

en nuestros dias, no puede sentir los goces purísimos del matrimonio. Será una esclava del hombre, comprada en el bazar de la disipacion; será el cuerpo que pertenece al cuerpo, y el alma que se desliga del alma.

Tal vez ha sentido amor, quizá ha soñado con el afecto de un hombre al que ha estudiado con su penetracion y su instinto: se ha despertado halagada con ensueños de ventura, y se ha dicho: «No aspiro á la riqueza, no necesito su patrimonio, sólo ambiciono su cariño.»

Esta criatura ha puesto el pié en el camino de la felicidad; pero sobre su voluntad está la de sus padres, y estos, con la falsa filosofía de la época, figurándose que la ventura de un hijo está en las comodidades que pueda disfrutar en la vida, han muerto aquel amor, han lacerado su alma, y la han sacrificado á lo que se llama en el mundo las *conveniencias sociales*. Ciegos por la luz del interés, enloquecidos por el sonido del oro, han ideado una monstruosa alianza, en la que no han consultado el alma de su hija, llamando *tonterías* á sus afectos y *nimiedades* á sus aspiraciones. En vano la hija protesta, en vano insiste en que apenas conoce á su pretendiente.—«Es un *buen partido*, le dicen, ya verás como eres feliz.»—«Pero ¡si no le amo!» contesta la víctima; y le replican:—«Ya le amarás cuando estés casada.» ¡Error funestísimo!

En estas uniones, llámase amor el pasar durante más ó ménos dias una ó dos horas reunidos los futuros esposos bajo la vigilancia materna. El pretendiente ensaya con su futura alguna galantería

que no siempre es del mejor gusto; la jóven le escucha y sonrie por cortesía, pero á solas con su corazon se pregunta: ¿Es esto amor? ¿Puedo llamarme dichosa por escuchar más ó ménos lisonjas de este hombre? Un dia el prometido la presenta una flor, que ella toma temblando, y esta es la señal de que se acerca el momento terrible; la jóven contempla el cáliz de la flor que debe ser su confidente, y la interroga: aquella flor permanece muda como su perfume, y nada dice á su alma. Los padres dan por terminado el período del amor: sientan como principio de las negociaciones el de que los jóvenes se amarán por toda una eternidad, y procuran mútuamente deslumbrarse con el lujo de sus regalos. La madre de la novia hace pública ostentacion de todo el ajuar, como si fuera un museo, y la primer enseñanza que recibe aquella criatura, destinada á ser madre, es una pública leccion de frivolidad.

Llega el momento solemne de verificarse el matrimonio, y..... Detengámonos un instante á examinar la disposicion de ánimo en que los contrayentes se encuentran.

El jóven quiere dar su adios á la vida de soltero, precisamente la víspera de su matrimonio: reune al rededor de una mesa á todos sus compañeros de placeres, y empeña con ellos la última partida en una furiosa orgía: trascurre la noche al ruido de los vasos que se quiebran, de los báquicos cantares que los comensales entonan, y tal vez, al rayar el dia, llega el futuro esposo á la ceremonia con los lábios húmedos todavía por el beso de las infelices obreras del vicio. La noche de la novia es más tris-

te: recostada en la barandilla de su balcon, agitada por mil distintas pesadillas, riega con su llanto las enredaderas que jaspean el cerco, y dá su adios á la vida, jurando una y mil veces ahogar aquel amor en que soñó su dicha, mientras su conciencia examina y aquilata las dificultades que tiene que vencer, y que á su vez se convertirán en obstáculos insuperables. Así la sorprende el dia, así se prepara para la ceremonia sagrada, así marcha al sacrificio coronada de azahar y obligada á mostrar en su semblante una alegría que su alma está muy léjos de sentir.

El novio sigue á la novia á corta distancia, entran en el templo, se arrodillan uno junto á otro, el sacerdote les exige el santo juramento que la jóven pronuncia balbuciente, porque ese juramento es para ella un sacrilegio, y recibido de ámbos, los bendice encomiándoles las virtudes necesarias al matrimonio, y haciéndoles la mística comparacion de su union con la de Jesús y su Iglesia. Hé aquí dos seres que apenas se conocen, y ya están unidos á perpetuidad: la jóven ha cambiado hasta de nombre, y, pálida como la muerte, procura sonreir mientras llora su corazon: el esposo retrata en su rostro la satisfaccion que le causa..... ¡percibir la dote!

Ambos entran en el estado matrimonial por una puerta falsa: la mujer guardando en su corazon la imarcesible flor de un recuerdo amoroso, y el hombre calculando en su imaginacion la suma que su esposa le lleva, y proponiéndose con ella una série no interrumpida de placeres, acaso ilegítimos.

Nada de intimidad, nada de expansion conyu-

gal: el *tú* con que se han obsequiado durante la comida de boda, desaparece al caer sobre el lecho la corona de la desposada, y el indiferente *usted* separa aquellas dos almas que se unieron en público mediante un acto de hipocresía.

¿Qué bien puede reportar esta union á la sociedad? Si la esposa es infeliz, si en vez de placeres encuentra en su hogar la copa del dolor, ¿de quién podrán quejarse los padres? ¿De ella? Seria injusto. ¿Del esposo? ¿Y cómo, si ellos le han enseñado á comprar la esclava que arrojaron en sus brazos! Suponiendo que este matrimonio tenga hijos ¿qué educacion van á recibir? ¿Qué ambiente van á respirar, si en torno suyo la dobléz se devuelve con dobléz y es una continuada farsa el cariño que sus padres parecen profesarse? ¡Desgraciados hijos! ¿Cuál vá á ser su oscuro porvenir?

CAPÍTULO XXI.

La esposa resignada.

El alma tiene arcanos impenetrables, como el Dios que la formó. No puede, á veces, la mujer cerrar la suya al sentimiento, y ama: ¿á quién? Tal vez á un espectro, á un fantasma envuelto en la sombra de tiempos que pasaron; tal vez á la golondrina que cuida bajo el alero de su tejado; quizás, y esto es una excepcion, á ese hombre que la sociedad llama su esposo. La faz del universo puede cambiar, la flor pasa y vuelve á pasar segun las estaciones, lo que ayer fué una miserable choza puede hoy ser un magnífico palacio: la palabra sacramental del matrimonio, no puede modificarse, y desde el momento en que se pronuncia, pertenece la mujer á lo irrevocable.

Tiene que seguir al hombre que la conduce á su casa, y le sigue hasta exhalar su postrer suspiro, sin quedarle otro recurso que la tranquilidad de la tumba. Sobre su puerta ha escrito el destino la frase «¡no existe!» constituyéndola en cementerio y arrancando á su paso la flor de la esperanza, mientras su helada mano plantaba en el dintel la rama del olvido.

Vive con un hombre al que ha de ver á todas las horas del dia: tiene que estudiar su carácter, sus aficiones, su temperamento, y llega un dia en que su presencia le es grata, en que una galantería, un obsequio, despierta en la mujer la simpatía, precursora del amor. Acaso el hombre no es tan escéptico, no es tan indiferente al alma, que mire el hecho consumado de su matrimonio como una transaccion comercial. Su esposa no le desagrada; es sumisa, callada, hacendosa, y el hombre dice en su interior: «Volvamos atrás y restablezcamos el equilibrio de nuestra posicion»; y fijo en esta idea, instruye á la mujer, la considera como si de nuevo hubiese de empezar sus amores, y dirigiéndola acertadamente, y sacrificando ella su naciente adversion, llegan á entenderse, y se aman.

Esta es la excepcion, desgraciadamente: veamos cual es en general la vida del matrimonio efectuado en las condiciones que hemos bosquejado en el capítulo anterior.

Há tiempo que terminaron las fiestas de boda; han trascurrido dias y dias, quizá meses y años enteros, sin que de parte de los cónyuges se haya alterado en lo más mínimo ese plan de vida que se trazaron al regresar á la casa. Reina en esta completa oscuridad, pero en una entreabierta ventana se divisa luz, y tras de aquella claridad vacilante hay un alma perturbada que se sondea y se pregunta: «¿Quién soy? ¿Por qué estoy en este sitio?» ¡Tardía reflexion! ¡La puerta de la calle se cerró tras ella separándola del mundo para siempre!

Despues de esto, la mujer ha de permanecer in-

cesantemente al lado de su marido, simpaticen ó no sus caractéres: ¿qué importa al mundo que esto último suceda? La mujer, segun él, no ha de tener carácter, ó á lo sumo se la conceden algunos grados menos que á su marido: dásela como mision la virtud de la obediencia, y se la enseña á no desear. Despójasela de la facultad de pensar, y si pensase, debe al casarse renunciar al pensamiento, porque lo contrario sería usurpar las atribuciones del marido: si quiere discernir y obrar segun su discernimiento, que espere á que llegue la hora de su viudez, y podrá ejercer su derecho. Así mata el mundo su alma, así encadena su espíritu en las tinieblas del no ser. ¡Desdichada moral!

El esposo es un huésped en la casa, apenas se le ve en ella sino en las horas de comer y descansar: con frecuencia vierte la mujer sus lágrimas á compás del reloj cuyas horas consulta, y al regreso de su señor seca sus párpados para ocultar las huellas del dolor que devora su alma. Si el hombre siente en su corazon el eco de una voz que le reconviene, borra su falta cometiendo una nueva injusticia: por algo es el dueño de la casa, para algo tiene la libre administracion de sus bienes, y no solo de los suyos, sino de los de su asociada.

Reconociéndose á sí mismo como un sér superior, puede gastar impunemente sus rentas, dilapidar la fortuna de su esposa, y vivir *por sí* y *para sí* como su egoismo le aconseja: la ley le autoriza para ello, para vivir donde le plazca, cambiar de domicilio ó residencia, vender y comprar con lo que le pertenece y aun con los bienes de su esposa, porque

si bien para ello necesita su consentimiento, la esclava no puede negarse á las órdenes de su señor.

Agobiada por tanta injusticia, la mujer busca refugio en la oracion ó en sus lágrimas: vé desaparecer su capital, aquel capital que labró su desgracia, y que sus padres le dieron como garantía para el porvenir. Es lo que ménos siente, porque le odia; pero al mismo tiempo considera que ese capital vá á perderse en las fauces del juego, ó á deslizarse en la cloaca del vicio, y entónces siente la herida en la fibra más sensible de su corazon. En vano el padre, en vano algun verdadero amigo dirigirá sus quejas al esposo amonestándole la reforma de sus costumbres: este pondrá por pretesto la poca instruccion de su esposa, asegurará que no le comprende, que tiene que renunciar con ella á los encantos de la conversacion..... Este es el pretesto para buscar ese encanto en compañía de la mujer de libre condicion, que viviendo en la opulencia y rodeándose de adoradores, no tiene otra mision que la de agradar, y como para agradar se necesita instruccion, se instruye para atraer más fácilmente á su dominacion hombres y capitales.

Ved aquí á la mujer legítima, recorriendo la escala de la humillacion. El hombre huye de ella alegando como excusa una ignorancia de que él sólo es el culpable: despilfarra su dote, auxiliado de una ley que él mismo se ha formado para su comodidad, y le niega una de las infinitas sonrisas que prodiga á toda mujer que no sea la suya. Si el ejemplo no corrompe el corazon de la esposa, será este espec-

táculo su martirio: si la venganza no germina en su pecho, el dolor minará una existencia creada para el bien de la humanidad y el santuario de la familia.

Es inútil que pida justicia, que se queje de su situacion; el hombre le responderá: «Soy tu amo,» y el mundo la llamará calumniadora; pero si á ese mismo mundo le ocurre la idea de verter algun equívoco sobre ella..... ¡infeliz mujer! A partir de aquel momento, la calumnia se cebará en su reputacion de una manera cruel; serán interpretadas sus más sencillas acciones por esa muchedumbre que, entonando himnos al derecho del más fuerte, se pondrá de parte del esposo, y aun rehabilitará su conducta y su nombre. En vano la infeliz protestará de su inocencia, en vano surcarán su rostro lágrimas de dolor y desesperacion; aunque fuese un ángel, aunque para su justificacion se obrasen milagros, el mundo arrojaria sobre ella la nota de culpable, y á la sombra de esa mentida culpabilidad sancionaria la conducta de su esposo.

Y esto sucede con demasiada frecuencia, por desgracia, y esta es la educacion que la mujer recibe hoy en ese estado donde más necesita el apoyo y la direccion del hombre. En tal conflicto ¿qué hacer? ¿Qué recurso queda á la pobre esposa? Refugiarse en el manto de la dovocion, acudir á sus ideas religiosas, é interponer el aislamiento como un baluarte inespugnable entre su dignidad ofendida y las calumnias de sus detractores: dejar que el viento deshoje la hermosa flor de sus ilusiones, verla agostarse abrasada por el ardiente soplo de la

maledicencia, y abandonarse á una pena horrible que lleva por límite la muerte.

Siempre sumida en la afliccion, ocultando siempre la furtiva lágrima que enrojece sus párpados, la mujer ve apróximarse el ocaso de su vida, y le bendice como su hora de libertad y redencion. Y mientras llega esta hora, mientras cumple esa carrera que su infortunada suerte le traza, rendida de luchar sin fruto, y teniendo más que nunca abiertas las heridas de su honra, esperando quizá otras nuevas, devora en silencio la amargura de su posicion y ofrece á Dios sus penas en expiacion de las culpas de su esposo.



CAPÍTULO XXII.

La esposa mártir.

Sensible nos es continuar la serie de estos desgraciados matrimonios, en los que la inesplorada voluntad de la mujer ha cedido su puesto al lucro, ó por lo ménos, la union se ha basado en el capital respectivo de los contrayentes: pero por más que nos repugne, por más que quisiéramos separar la vista de este cuadro de miserias, la obligacion que nos hemos impuesto al empezar estos apuntes, nos fuerza á penetrar en el dédalo de la sociedad, para patentizar, si posible nos fuese, la causa de su enfermedad moral.

Vamos á ocuparnos, y con pena lo hacemos, de ese otro estado tan comun en la mujer, de ese martirio continuado é indefinido á que el mundo suele sujetarla cuando no ha sabido, ó no ha podido establecer entre ella y su esposo esa intimidad de hermanos que tan necesaria es á la familia, cuando el amor conyugal es un mito y los esposos se miran como indiferentes. Separándonos de examinar ese matrimonio en el cual el hombre asume en sí toda la fuerza, toda la importancia social de las dos entidades morales que le constituyen; de esa desdicha-

da fase de la vida íntima en que la calumnia y la maledicencia son las armas que los cónyuges esgrimen para fomentar la guerra en el interior del hogar, vamos á fijar nuestra atencion en otro cuadro que tiene muchos puntos de contacto con el ya bosquejado, y que, como él, no deja de ser muy comun.

Puede muy bien suceder que al dar una jóven su mano al hombre que la solicita en matrimonio, sienta por él una simpatía, y hasta un amor que le haga soñar con la felicidad de la vida íntima. Acaso su corazon le muestra el cariño de aquel hombre como la aspiracion más completa de su alma, y en ese caso la mujer camina al altar radiante de júbilo, y pronuncia su voto con entera conciencia, con plena seguridad de su amor por aquel hombre. Durante el corto ó largo período de sus relaciones amorosas, le ha visto atento y solícito con ella; en cualquier cosa en que le haya podido mostrar una opinion, le ha bastado significarla para que el hombre obrase con arreglo á los sentimientos de su futura, y todo parece augurar la más completa armonía de caractéres, la más exacta paridad de sentimientos. Los primeros dias han pasado para ella en el delicado arrullo de una caricia y en el ensueño de una dicha que cree por siempre asegurada.

Mas no es así: aquel hombre le ha mentido un amor que no siente; aquel ser que creyó el ideal de sus sueños, ha sido guiado á ella por la sed del oro, por la ambicion de la dote; y al par que la infeliz siente agitarse en sus entrañas el fruto de su amor, oye al esposo decir en tono despótico: «Yo soy el señor, yo soy el amo, y mio es lo que guardo bajo

mi techo.» Esta horrible decepcion, esta primera revelacion de próximas desventuras, hiere de lleno el corazon de la madre; pero le queda una esperanza: su hijo.

El nacimiento de este querido sér puede influir de una manera radical en la conducta del esposo, y la mujer cuenta por segundos los dias y los meses, esperando con vivísima inquietud el acontecimiento que tarda en llegar. El niño nace: es un pequeño ángel de cabecita rubia y tez de nácar, un genio benéfico en cuyos ojos brillan promesas de sublime dicha, y cuya entreabierta boca parece predecir la paz y la alegría para el matrimonio. Y la madre llora de gozo estrechándole sobre su corazon, pues desde su nacimiento el padre la considera algo más, y si bien pasa su tiempo como ántes, fuera del hogar, regresa por la noche más pronto para sonreir á su hijo y estampar un beso en su rosada frente.

Siempre llena de fé, amando cada dia más al padre de su hijo, la mujer confía y espera: confía en que la primer palabra del niño ha de ser un cariñoso lazo que le conquiste el amor de su esposo, y espera que educando ella á su hijo y enseñándole á amar á su padre, éste habrá de comprender cuán injusto es con su esposa, y como desagravio de esa injusticia, le devolverá el cariño que ella le consagra, dándole un dia de felicidad por cada lágrima que le arrancara su desvío.

¡Pobre madre! Apenas el niño sabe tenerse en pié, apenas se entiende su graciosa charla, y ya le llora ausente de su lado: su padre, cuya voluntad es ley en la casa, le separa de ella para encerrarle

en un colegio, bajo pretesto de que allí reciba una educacion esmerada y cual requiere su posicion. En vano la madre caerá á los piés de su esposo rogándole que no la separe de aquel hijo querido; en vano llamará en su auxilio las fuerzas todas de su amor maternal: se pretestará que así lo exige el bien de su hijo, y se denominarán los argumentos que emplea de *ridiculeces* y *puerilidades*. El niño crecerá léjos de su lado, porque su esposo lo ha dispuesto así, porque *conviene á todos*, porque su porvenir lo exige; pero debiera el padre añadir para ser justo: «porque de esta manera me evito un testigo de mis actos, ó al menos no enveneno su alma con mi ejemplo.»

¡Desgraciada madre! Solo puede ver á su hijo una vez en semana en la sala de visitas del colegio: allí podrá entregarse á los transportes de su cariño, allí podrá besar su frente, pero sin que aquel beso resuene en su inocente alma, porque acostumbrado á invertir aquella hora en juegos con sus compañeros, el niño estará violento y deseando que termine el enojoso paréntesis que le priva de sus placeres.

Acostumbrado á vivir sin otro afecto que la amistad, desconociendo el amor de hijo, puesto que no ve de contínuo á su madre, ¿qué hay de extraño que no comprenda ni agradezca sus caricias? Le han dicho que aquella es su madre, y en su inteligencia bullen una inmensidad de preguntas: ¿qué es esto de *madre*? ¿Por qué es mi madre? Aquel señor tan grave que apenas acierta á moverse por no descomponer el planchado de su camisola; aquella señora que le humedece las mejillas con sus lágri-

mas cuando deposita un beso en su frente, mientras le aterra con su palidéz y le roba unos momentos de expansion, ¿qué tienen que ver con él? ¿Que son sus padres? ¿Y consiste el ser padres en causarle miedo ó privarle con su presencia de la alegría de sus juegos? ¡Pobre madre y pobre hijo! Mientras ella lamenta su desventura, pasa el niño sus mejores dias sin ese afecto dulcísimo que habrá de llorar despues, cuando sea capáz de comprenderlo.

La madre sueña con que empiece el tiempo de vacaciones en el colegio, pues sabe que en aquellos dias su hijo le pertenecerá; y, pletórica de cariño, le recibe con los brazos abiertos, y apenas si le permite respirar bajo el infinito número de sus ardientes besos y la presion de sus maternales abrazos. Siente la inmensa felicidad de madre y esposa; su espíritu angustiado, se abre una vez á nueva vida, y no pudiendo contener ni limitar su alegría, la hace extensiva á todos en la casa, incluso á aquel esposo que de tal manera coarta su amor maternal. El colegial concluye por acostumbrarse á estas caricias, y empieza á sentir afeccion hácia su madre: esta delira en su completo triunfo, y se afana en adivinar los deseos de su hijo para satisfacerlos: el padre le hace observar que su conducta no es conveniénte y hasta llega á increparla de que lo educa mal.

Deseosa de inculcar en el corazon del niño el el amor á su padre, y aprovechando esta circunstancia para dar expansion al que siente como esposa, cuida de rodear á su esposo de todo género de atenciones, y engañada por una sonrisa que sorprende en sus lábios, se apresura á pagarla con una

caricia. Aquel hombre tan amado, aquel esposo en quien ella soñó su ventura, la rechaza en presencia de su hijo, y como premio de aquella caricia, ya hecha con timidéz por su amante compañera, la prodiga palabras poco gratas, si no le aplica los más denigrantes calificativos, y para mostrar su enojo huye de la casa con aire de mal humor, acaso demasiado visible. La curiosidad infantil de su hijo se desenvuelve en esta pregunta: «Dí, mamá, ¿por qué papá se enfada contigo y se marcha de casa cuando le acaricias?» La esposa mártir se vé obligada á forjar un cuento para contestarle, mintiendo con demasiada torpeza, y al encontrarse sola en su habitacion sin que lo estorbe la presencia de su hijo, se deshace en amargo llanto, recordando el ejemplo que aquel recibe, y el mal pago que su esposo dá al cariño que por él siente su corazon.

Ahora bien; esta infeliz mujer, esta criatura que ha reasumido el encanto de su vida en dos afecciones, en el cariño de su esposo y de su hijo, ¿no puede llamarse verdaderamente mártir al ver desvanecidas sus ilusiones? El esposo rehuye sus caricias, si no las premia con denuestros; pretende que con su amor de madre relaja la educacion de su hijo, y bajo este pretesto se apresura á separarlo de su lado..... ¡Asquerosa blasfemia! ¡Una madre educar mal á sus hijos! Pues qué, ¿hay alguien que ambicione más su bien? ¿Acaso no tiene más interés que nadie en que su hijo esté adornado de todas las virtudes que constituyen el hombre honrado? Si aprovechando esos escasos dias que á su lado le retiene, y que para ella son momentos, le complace en algu-

na cosa á fin de captarse su simpatía, ¿podrá decirse por esto que lo educa mal? ¿De quién será, en caso, la culpa sino del que la impide la incomparable dicha, como madre, de tener á su hijo á su lado constantemente?

No es, pues, extraño que esta conducta despierte el ódio en el corazon de la mujer: no es ilógico suponer que su dilacerado corazon sienta por fin el egoismo, cuando en él se le alecciona. Soñó con el cariño de su esposo, repetimos, y este fué efectivamente una vision del insomnio; reasumió su dicha en el amor de un hijo, y le separaron de su lado, le evitaron en lo posible su presencia, que era su vida, destruyendo la última ilusion de su alma. Esposa y madre, ha visto desvanecerse sus ensueños y premiado su amor con la ingratitud y el desvío: la conducta del hombre amado la hiere de muerte en el alma, y el aislamiento en que se encuentra es el sudario anticipado de su tumba.

La flor de sus amores no exhala su perfume en el hogar, y yace marchita en el retiro de su corazon: aquel camino que se abrió á sus ojos en el vergel de la dicha, trueca sus fragantes rosas en punzadores abrojos, y la esposa camina á su ocaso envuelta en las tinieblas de su oscuro porvenir, y llevando en la mano la palma de su inmerecido martirio.

CAPÍTULO XXIII.

¡Delirium!

Esta forma constitutiva de la familia, hoy tan comun y que tan natural ha llegado á parecernos en fuerza de la costumbre, está proclamando más altamente que lo que pensamos la gran parte que á la mujer corresponde en el progreso humano, y la superioridad psíquica que sobre el hombre tiene. Inútil es, en verdad, este exceso de espíritu sobre la materia, y es inútil, no porque carezca de aplicacion, no porque la práctica deje de mostrar sus resultados, sino porque aislando á la mujer de toda instruccion, monopolizando todos sus derechos, tiende el hombre á convertirla en autómata y pone enérgico *veto* á las manifestaciones de su espíritu.

No es raro ver en los matrimonios por conveniencia, en esos matrimonios en que la atonía del alma es una consecuencia lógica del amor á la dote, llegar el término de la vida comun ideado por una separacion más ó ménos ingeniosa en su forma, aunque horriblemente inmoral en el fondo. Es una rescision de contrato en la que el hombre, que es el que ordinariamente la plantea, pretende adquirir letra abierta en el mundo para hacer gala de su tra-

vesura, y reconquistar una libertad á que voluntariamente renunciara. Obrando lógicamente, puesto que aseguró aquellos bienes que tanto anhelaba, poseyéndolos de derecho en virtud del nacimiento de un hijo, su union con la antigua poseedora no tiene ya razon de ser, le molesta, y tiende á desligarse de una traba impuesta á su libre albedrío en una operacion matemática, y creada por lo que en su cinismo califica de una fórmula.

Ya consiguió su objeto apartándose de aquella mujer que cree innecesaria, que no solo le es indiferente, sino que le repugna, y vedle ahí, marchando por el mundo con la cabeza erguida á guisa de héroe, y pareciendo decir á la humanidad: «¡Admírame, soy un hombre!» Nada le arguye su estragada conciencia, nada le importa de aquella pobre madre á quien abandona á su propia suerte: su hijo no le preocupa, puesto que vive en un colegio donde puede verle cuando lo necesita, si es que almas tan bajas sienten el amor paternal, y en virtud de aquella emancipacion puede, sin cuidarse del escándalo, llevar una existencia de goces y placeres, á tal de cubrir con la hipocresía los actos de su brutal intemperancia.

Ha deseado recorrer de nuevo el mundo sin la impertinente compañía de un Mentor, y allá está el mundo esperándole con los brazos abiertos, y brindándole con el beleño de sus placeres. El lujo, la ostentacion, las reuniones, el baile, el teatro, la orgía, la satisfaccion, en fin, de sus pasiones todas, le brindan con delicias siempre nuevas, y á ellas se encamina coronada su frente con la hiedra del ro-

mano, y adornando su boca con la sarcástica risa del sacerdote de Baco. ¡Paso al hombre feliz! ¡Plaza á ese infortunado ser que marcha en busca de la felicidad!

Le hemos llamado infortunado, y lo sostenemos: objetaràsenos que no puede aplicarse este calificativo al hombre que vé realizarse sus sueños, al hombre que la fortuna sonrie conduciéndole en su rueda entre los deleites y las seducciones de la vida: sin embargo, es infortunado porque arrastra consigo el cadáver de su corazon; porque, nuevo Tántalo, no encontrará momento de reposo en su vertiginosa carrera; porque habiéndose de ocupar puramente de la vida física, renuncia á su alma, á ese destello divino que le coloca sobre los demás serés de la creacion. Para él será efímero el amor, para él se convertirá su conciencia en testigo inexorable de sus actos, para él no abrirá su cáliz la consoladora flor de la amistad, y llegará el momento en que le hastie ese mismo placer que busca.

Ahí le teneis, hombre á la moda, segun la sociedad ficticia de parásitos que por doquier le rodea: él se presume en la verdadera sociedad, y ciego por su egoismo, narcotizado por las adulaciones de los que le explotan, cree perdido el momento que no dedica á su vida de disipacion.

Se hace enemigo del trabajo, porque ¿para qué trabajar si el oro parece nacer en su gabeta? Se hace insensible; ¿para qué la sensibilidad sino reconoce otra pasion que su amor propio? En vano será que el mendígo le tienda su descarnada mano, porque la caridad, como virtud, no existe para él, y si

alguna vez la práctica, será con el fin de que su accion se comente, y celebren sus adoradores esa explendidez, esa generosidad que está muy léjos de sentir. No pretendamos hablarle de ciencia, porque segun él, la verdadera ciencia consiste en vivir todo lo más cómodamente posible, y sus verdades solo son utopias que roban al hombre su alegría y le hacen inútil en la sociedad. ¡Religion! ¿Qué es para él la religion sino un tegido de superscherías y un dédalo de lazos que sujetan la inteligencia del hombre? Él es un ser superior; quédense esos rudimentos para amoldar el carácter de los niños con los tenebrosos espectros del miedo.

Así marcha á través del tiempo, semejante á la mariposa, cuyos volubles giros la conducen de flor en flor por la pradera: se ha formado una corte de amigos que por doquier le siguen, y que le reconocen tal superioridad, que sus caprichos equivalen á una órden. Placeres de la mesa, giras campestres, caballos, mujeres de amor fácil y que al parecer son sus esclavas, fortuna en el juego, brillantes saraos y cuanto tiende á convertir la vida en un continuado deleite, todo se ofrece á sus ojos, y en sus goces se embriaga olvidando el pasado y no preocupándose del porvenir.

El goce es su norte, su aspiracion única. ¿Qué le importa la desgraciada que llora su desvío? ¿Qué aquel hijo que solo ve una vez en semana y áun quizá con menos frecuencia? Mira á la primera como un obstáculo encontrado en su marcha y ya separado de su camino, y al segundo..... solo le preocupa la pension que para él debe distraer de sus

fondos. A veces, tras una noche de placer, vé mecerse en la sombra del ensueño la silueta de esos dos seres abandonados, y su febril cerebro le traza el cuadro desgarrador de sus dolores; pero pasado aquel primer momento, aparta de su mente con enérgica voluntad la *simpleza* que le entristeciera, y vuelve de nuevo á la lucha con más furor que ántes, con más sed de placer que sentimiento en su espíritu.

Para él solo existe la amistad de sus compañeros de aventuras, de aquellos hombres que se desviven por él, procurándole toda clase de deleites, y á los cuales mira como su providencia en la tierra. No atraviesa su mente la idea de un desengaño, porque dominándolos á su placer, se figura que su imperio sobre ellos es estable é infalible su táctica de atraccion.

Mas llega un dia en que arriesgando su capital sobre el tapete de una mesa de juego, recibe un golpe que abre en aquel una profunda brecha. ¿Qué importa? Si hoy pierde, mañana habrá recuperado lo perdido, y alimentando esta esperanza, corre á borrar la nube que sombrea su frente entre los brazos de aquellos fáciles amores que le resarcen del hogar perdido. Pero ¡oh fatalidad! El ángel de aquel paraiso *no está en casa*, y tiene que buscar en la amistad aquel goce que el destino le niega. *Casualmente* tambien el *amigo* cuya compañía solicita, está afligido por una pena (no importa cual), que le recluye en su casa y sombrea su rostro con la más negra melancolía. Nuestro héroe, que no está muy dispuesto á compartir con nadie el dolor, se separa

de *su querido amigo*, y recordando un adagio que dice, «donde se pierde la capa allí se la gana», vuelve otra vez al juego, y acaba por perder el capital que le resta. Desde aquel momento empieza su castigo: aquellas mujeres que ensayaban para él las más delicadas sonrisas, aquellos amigos que le envanecian con el incienso de la adulácion, se separan de su lado como por encanto; y cual si la lepra hubiese invadido su cuerpo, evitan su presencia y hasta le niegan aquel saludo que tanto le prodigaron en dias de bonanza.

Sus circunstancias sociales le obligan á desprenderse de aquel lujo y ostentacion en que viviera: ya es un extraño entre los bastidores de la Opera, y aquel enjambre de lucientes mariposas que le rodeaba por doquier, desaparece de su vista con el último doblon de su bolsillo..... Pero le dejan un recuerdo; recuerdo triste que le sume en el lecho del dolor, porque el padecimiento físico suele ser la consecuencia de heridas morales. Solo en su bohardilla, recostado en el jergon de paja que ha sustituido á su antiguo lecho de pluma, este infeliz vé pasar como por los cristales de un cosmorama los episodios todos de su vida: planeta errante en el espacio, sin satélites que alumbren su noche, vé destacarse de la oscuridad de su conciencia los vengadores espectros del remordimiento.

Desfilan ante él aquellos primeros años en que los cuidados de su madre se adelantaban á sus necesidades ó proveian á sus caprichos: despues aquellos círculos de placer donde buscaba entre las jóvenes más bellas la que habia de ser su compañera:

en la pléyade brillante de aquellas mujeres, distingue una en quien á su pesar tiene que fijar sus ojos. Es su esposa, aquella niña que le dió su amor y su mano, aquella mujer que tanto ambicionó y en la que cifraba sus esperanzas: vá explêndidamente vestida, y de entre el escote de sus ropas se escapa un rio de monedas de oro, como brillante cascada que se derrama sobre la cola de su vestido. Un hombre camina tras ella recogiendo aquel oro y dándolo á manos llenas á una infinidad de hombres y mujeres que le siguen, y que al volver la cabeza le pagan con las más cínicas muestras de burla. Aquel hombre se le parece, aquel hombre es su retrato: es él.

La decoracion cambia de repente: vé á aquella mujer en medio de un lago y próxima á verse envuelta por las olas: tiende su mano para socorrerla..... y la retira presuroso; ¡aquel lago está formado por lágrimas! Un jóven salva á la esposa y la conduce á tierra; su fisonomía no es desconocida á nuestro febril personaje, que grita por fin: «¡Hijo mio! ¡Esposa de mi corazon!». Entónces el jóven vuelve la cabeza, y fijando en él sus grandes y hermosos ojos, le pregunta: ¿quién eres? ¡Ni aun su hijo le reconoce!

El insomnio termina y le trae á funesta realidad: la idea del suicidio acude á su mente con terrible insistencia, y al apoyar el frio cañon del arma en su sien..... le detiene una mano cariñosa, mientras resuenan en su oido las palabras «perdon y olvido.»

Es su esposa, que quiere poner en accion la parábola de «El Hijo pródigo,» y que no esperando que este hijo vuelva á la casa del padre, sale á bus-

carle al desierto de su vida. Es la criatura amante que, compadecida de su desgracia, vuela presurosa á socorrerle y le brinda de nuevo con las dulzuras del hogar, arrancándole á la desesperacion y á la miseria: es aquel ángel que le muestra el cielo de la dicha conyugal, dicha llena de goces tranquilos y purísimos, diciéndole al mismo tiempo para sostener su decaido espíritu: «Olvídalo todo, como yo lo olvido por amor tuyo; vén á ser el amo de tu casa y el señor de mi corazon; tu hijo y tu esposa te acompañarán en tu peregrinacion sobre la tierra, y su amor ensanchará tu camino hácia la eternidad.»

CAPÍTULO XXIV.

Los defectos de la mujer.

Varios son los móviles que impulsan hoy á la mujer á declarar la guerra al hombre y usar de represalias en su conducta, aprovechándose de circunstancias que le son más ó ménos favorables. Adquiriendo, como adquiere, aun á pesar de su escasa instruccion, el convencimiento de su valor moral, le explota en contra del hombre para devolverle mal por mal, y acaso sin conocerlo, es en su manera de obrar el castigo que la providencia inflige al hombre por el desacierto de no educarla convenientemente. La coquetería, el amor propio, la pasion del lujo, la avaricia, la mentira, la infidelidad, todos aquellos vicios de que culpamos á la mujer, son obra de su educacion exclusivamente, y por una misteriosa é inexorable reciprocidad, el hombre es el primero que experimenta los efectos de su perniciosa doctrina.

LA COQUETERÍA es un defecto que incita á la mujer á buscar en las adulaciones de diferentes hombres una atmósfera en que desenvolver el encanto de sus seducciones, sin que en su corazon se agite otro deseo que el de ser admirada. Este vicio por sí

solo, es bastante á desnaturalizarla, puesto que la enseña á no sentir otro afecto que el de su propia estimacion: puede ser su más terrible enemigo, porque acostumbrándola á la lisonja y á las adoraciones de muchos, le roba tal vez el cariño de un hombre honrado, que pudiera hacer de ella una buena esposa, y acaso, semejante al niño que juega con fuego desconociendo sus propiedades, puede ser arrastrada por su imprudencia á una perdicion más ó ménos lejana.

El hombre por hacer gala de su ingenio, por demostrar á la mujer la estimacion que le merece, le dirige frases galantes, celebrando su hermosura, ponderando los goces que con su presencia debe sentir el hombre á quien dé su mano, y la dicha que sonreirá al que consiga hacerla sentir una pasion. Es adoptar un camino erizado de obstáculos para llegar al fin moral de obtener una primera simpatía, despreciando la hermosa calzada de la verdad y el sentimiento. La niña que oye con curiosidad esta doctrina, que absorbe por todos sus poros ideas que envenenan su alma, cree que la verdadera felicidad consiste en aceptar las adoraciones de todos, sin permitir á su corazon que se interese por ninguno, y armada con esta cota, se hace invulnerable al sentimiento, incapacitándose para ser buena esposa y buena madre de familia.

El amor propio es una de las formas con que se disfraza la coquetería ó coquetismo: es el concepto erróneo que la mujer se forma acerca de su valor, y cuyo desarrollo obedece á las mismas causas que el vicio anterior, siendo en sus consecuencias mucho

más terrible, puesto que la hace imperiosa y la excita á sostener su opinion contra todo lo que no esté en concordancia con sus deseos y aficiones.

El lujo es tal vez la pasion más desarrollada en la mujer, y la que más daño le causa, sin que su afan inmoderado por él le permita notar sus efectos. Tendiendo á sacarla de su esfera, representándole las ventajas que su explendor ha de darle en la sociedad, no hay sacrificio que la mujer no se imponga si de él ha de resultar la posibilidad de adquirir un adorno ó una joya. Es lo primero que la niña aprende, porque los padres, ya por un excéso de cariño, ya por soberbia y vanidad, tienden á que su hija vista mejor que sus compañeras de juego y de colegio, imponiéndose para ello privaciones más ó ménos grandes, y recurriendo á medios más ó ménos violentos para conseguir su objeto.

Acaso el trabajo del padre no produce los rendimientos necesarios á soportar este gasto, y como por otra parte, no es muy fácil renunciar á comodidades en otro tiempo adquiridas, el hombre pronuncia la palabra *préstamo*, y entrega su industria, su produccion y su capital á las devoradoras fauces de la usura. Inútil es querer que la deuda desaparezca; inútiles los esfuerzos que para ello hagan de consuno el esposo y la esposa, porque sus necesidades aumentan, disminuye el fruto de su trabajo, y el afan de aparentar una posicion social de que carecen, la aficion que en la hija han creado por las seducciones del lujo, les hacen caer de nuevo en el abismo de la deuda, cuyo fondo insondable aniquila sus esfuerzos. Semejante al imprudente niño que,

jugando sobre el hielo, resbala, cae y vuelve á incorporarse para caer de nuevo, esta infeliz familia va de desdicha en desdicha, sufriendo esa miseria con apariencias de riqueza, que es mil veces más triste que la miseria del proletario.

La niña que ha visto desde que tiene uso de razon el procedimiento empleado por sus padres para adquirirse lujo, llega á la pubertad soñando siempre con expléndidos trajes y con todas las delicias sibaríticas de una opulenta vida. Ya es una mujer, ya no la seduce el modesto traje de percal, sino que atraen su atencion la seda y el terciopelo: «¿porqué no he de tener yo un vestido de seda como el de fulana? ¿Acaso lo merece más que yo?» De estas dos preguntas forma su nueva religion, esa religion que la conduce á los mayores estravíos, y cuya práctica le muestra todos los secretos de la maldad. A partir de este momento, refunde los sentimientos de su alma en un solo ideal, el lujo: poco le importan los medios, á tal de conseguir el fin. Si la ruina de su casa es precisa, no vacilará en arruinarla: si la amistad es un inconveniente, hollará esa amistad que le estorba: si es precisa la venta de su alma, su alma será vendida..... y no debemos pasar más adelante.

Como lógica consecuencia de esta desmedida aficion, la mujer abre las puertas de su templo á LA AVARICIA. Desde el momento en que considera el oro como único medio de adquirir ese gran móvil de su pasion, el lujo, ya despierta en su corazon un desmesurado amor hácia ese metal. Este amor, vago é indefinido al principio, llega á convertir-

se en pasion, y pasion vehementísima en la mujer, porque con el oro puede, no solo atender á sus comodidades en la vida, sino seguir en su caprichoso giro á esa reina del mundo que se llama *la moda*.

Destierra, ó mejor dicho, ahoga en su corazon los generosos sentimientos en él innatos, y aprendiendo el funesto axioma de *tanto vales cuanto tienes*, se connaturaliza con él, y mide á los hombres, no por su talento, jamás por la bondad de su alma, pero siempre por la posicion social que ocupan y por el rango que les corresponde en la escala de la riqueza. Admite gustosa y sonriente las atenciones de un hombre si puede sospechar en él las riquezas con que sueña: tal vez ese hombre la ama, tal vez ansía la dicha de un recíproco amor; pero si ante él se interpone otro que posea más, la versátil mariposa vuela á posarse en aquella flor y deja abandonado al dolor y á la desesperacion aquel inocente que se creyera correspondido. Nada le importan sus penas, nada el sufrimiento moral á que le condena: le han enseñado á distinguir las ventajas del capital, y el capital es su norte: el hombre sería ilógico al quejarse por esto de su discípula.

Consecuencia es tambien de esa falsa educacion que infiltramos en la mujer, el repugnante vicio de mentir, ó sea de desfigurar con la palabra sus ideas y sentimientos. La hacemos conocer LA MENTIRA desde los primeros albores de su vida, bajo el pretesto de una amabilidad extremada aun con los séres que le son repulsivos, inclinándola á que se les muestre propicia y aun más cariñosa que con los

demás, porque es de mal tono mostrar antipatía á determinadas ideas ó sugetos.

No llamamos para ello á la puerta de sus purísimos sentimientos, no inculcamos en ella la idea de que todos somos hermanos y como tales estamos en el deber de tolerarnos mútuamente nuestros defectos y corregirlos con nuestros consejos y nuestro ejemplo. Le hacemos creer, por el contrario, que en razon á esos mismos defectos y para prevenirse contra ellos, debe ocultarlos bajo la máscara de una excesiva bondad: se los presentamos como implacables enemigos contra los que ha de esgrimir como arma invencible el fingimiento, y por tanto la mujer se acostumbra á fingir.

En las tertulias, en el paseo, en el teatro, en la sociedad, finalmente, oye la jóven elogiar sus gracias, sus cualidades, sus trajes; y resonando aún la lisonja en sus oidos, acaso se confunden con ella ecos de murmuracion que la prueban que si el hombre le ha tributado sus elogios, ha sido con el objeto de cumplir con ese deber que se llama galantería, para desmentir despues y públicamente cuanto en su obsequio dijera. Vé además, que un jóven le habla de amor, que aparece ante ella enteramente poseido de esa pasion brindándole con un porvenir de ventura, y como más ó ménos tarde descubre que ese amor es una farsa indigna y cruel, ahoga en su corazon el gérmen de simpatía que por ese hombre sintiera, y temiendo que un desaire arrastre á su amante hasta la calumnia, sigue fingiendo un amor que está muy léjos de sentir.

Sus relaciones con aquel hombre pueden ser im-

puestas por la familia en atencion á las conveniencias sociales, y dicho se está que entónces hasta su mismo padre le enseña á mentir, porque segun él no puede ménos de obedecerle, y para evitar la maledicencia y la murmuracion, debe ser con su futuro esposo, al ménos en público, tan cariñosa y tan amable como si libremente le hubiera elegido su corazon.

La infidelidad es hija natural de esta educacion viciosa y contraproducente: la mujer camina al matrimonio coronada de rosas y llevando la muerte en el alma, é inclina la cabeza ante la imposicion, como las víctimas de la ley mosaica ante el martillo del sacrificador. Se agita en su cerebro la idea de que el hombre la compra como esclava, y por tanto llega dia en que se le rebela: no es en verdad porque la mujer tenga esta tendencia, sino porque el hombre se la hace adquirir con el dolo que emplea para sujetarla á su carro vencedor.

El marido, una vez instalados en su hogar, no la mira y atiende como su compañera, sino que la impone su voluntad como dueño; no la atrae con su cariño, sino que la excita con su extravío, y como es natural, la mujer, débil por naturaleza, se extravía, porque el ejemplo es la enseñanza que dá más prácticos resultados. El marido infiel, se atrae la infidelidad de su esposa, tanto por el ejemplo, cuanto por espíritu de compensacion: la mujer es entónces lo que el esposo quiere que sea, y se convierte en su castigo más terrible.



CAPÍTULO XXV.

Su educacion.

Ardua tarea nos hemos impuesto al empezar estos apuntes, si hemos de considerar minuciosamente y cual nuestro estado social requiere, esa educacion tan necesaria á la mujer, como regeneradora de las costumbres humanas. Tan delicado tema exigiria el esfuerzo de plumas mejor cortadas que la nuestra, talentos más privilegiados, experiencias más fundadas y un criterio superior al que nuestra imaginacion abarca; pero habiendo puesto al descubierto las llagas más profundas de esa patologia moral, justo es que indiquemos lo que, en nuestro concepto, puede ser el plan curativo de esas dolencias que tan hondamente afectan á nuestra manera de ser.

La educacion de la mujer debe, á nuestro juicio, abrazar dos partes: la parte moral y la racional. Dotada de sentimientos superiormente delicados; constituyendo estos sentimientos la mayor parte de sus actos, justo es que, en órden de prelacion, tratemos como base de su educacion moral. La influencia que la madre ejerce sobre la imaginacion y el alma de sus hijos, se nos ha hecho tan notoria, que pasa á la ca-

tegoría de verdad innegable. Todos los preceptos, todas las máximas, todos los axiomas que nuestra madre empleó para hacernos distinguir el bien del mal en nuestra infancia, están grabados en nuestras almas con caractéres indelebles, y son norma de nuestras acciones libres. Designamos con este calificativo á aquellas acciones en las que el hombre obra sin predisposicion y en el perfecto uso de sus facultades morales, para distinguirlas de aquellas que ejecuta dominado por una pasion que se sobrepone al raciocinio.

La educacion moral de la mujer debe ser, pues, encomendada exclusivamente á la madre, porque conociendo esta sus inclinaciones y capacidad, puede dirigirla más hábilmente que el más experimentado moralista; es, por tanto, preciso que esa madre que la produjo, esa planta de que brotó, se encargue de abrir el virginal capullo del alma de su hija, para no manchar sus pétalos ni viciar su encantador perfume.

Esta madre-directora, debe estar persuadida de que la mujer lleva en sí los gérmenes de su vida futura en el candor y la ternura de su alma: á ellos debe llamar con frecuencia, á ellos debe recurrir, teniéndolos constantemente en actividad, á fin de que, ejerciendo su influencia en el cerebro, se reflejen en los actos más sencillos de su vida. Debe cuidar de enaltecer á su discípula el valor de la verdad y el sello de dignidad que su uso imprime en la mujer, para que al llegar á su desarrollo intelectual, pueda apreciar sus ventajas y comparar sus resultados con los de la mentira. Así como la gota de

agua que cayendo constantemente sobre un punto determinado de la roca, llega á horadarla, sus reflexiones y su enseñanza deben dirigirse exclusivamente, cuando la necesidad lo exija, á moderar y reprimir los defectos que en su hija note, tanto para conseguir su total extincion, cuanto para inclinarla á las virtudes y acostumbrarla al dominio de su voluntad.

Nada influye tanto en la educacion de un hijo como el ejemplo: desmoralizad á la madre, y habreis corrompido á la familia entera; inspiradla virtudes, y se reflejarán en el esposo y en los hijos. La niña debe tener siempre ante su vista dos modelos de virtud en las personas de sus padres; la niña debe aspirar la delicada fragancia de la paz doméstica y nutrir su inteligencia con el sabroso fruto de la moral cristiana. No se le debe mostrar ni aun de léjos ese brillo del mundo, tan funesto para ella, y que despues pudiera convertirse en escala de su degradacion: debe educársela en el amor á la pobreza y al trabajo, para que con el primero se habitúe á considerarse feliz con lo que posea, matando de este modo la ambicion, y encuentre en el segundo una egida salvadora de su virtud.

La imaginacion de la mujer está siempre en una actividad superior á la del hombre, porque existe innato en ella el deseo de saber: por esta razon su alimento intelectual debe serle repartido gradualmente, pero con asiduidad, á fin de que, ocupándose en una provechosa instruccion, no abra los oidos á los vicios opuestos. Su direccion es la base de su enseñanza; si la madre, con ese instinto peculiar á

todas ellas, nota un principio de defecto en su hija, allá acudirá solícita propinando el antídoto del mal, y borrando la impresion que una mala inteligencia ó una imprudente revelacion, han podido producir en aquella alma vírgen.

Inculcando en ella la modestia como base de su educacion, se la previene contra el abuso del lujo y de la ostentacion, que tan caros suelen costar á la mujer, y se la reviste de ese pudor que nos fascina cuando brilla en una frente virginal: la sencilla violeta que crece oculta entre la yerba, no nos es menos grata que el orgulloso girasol elevando su cabeza entre las demás plantas y buscando sin cesar el ardiente beso del sol. Por esta misma causa debe enseñarse á la niña á no aspirar á colocarse sobre sus compañeras de infancia, porque el más leve descuido habrá de conducirla al orgullo y la vanidad, causa demasiado frecuente de su perdicion.

Viendo á sus padres en perfecta armonía y colmándose de atenciones mútuas, teniendo siempre ante sí el ejemplo de su amor conyugal, llegará la niña á persuadirse de que la verdadera felicidad de la mujer consiste en llegar á ser una buena esposa y una cariñosa madre; comprenderá que en ese estado á que la llama el porvenir, su tranquilidad, su goce y su dicha deben ser el amor de su esposo, y se acostumbrará desde la infancia á no fijar su atencion sino en un solo hombre, y á no aspirar á otra cosa que á su cariño.

La mujer debe llegar á la pubertad sin conocer que el oro es la palanca removedora de casi todos los obstáculos, á fin de que, cerrando su alma al in-

terés, le posponga á las satisfacciones del espíritu. Si su corazon se interesa por un hombre, y la madre la ha acostumbrado á encontrar en ella una amiga, á ella de seguro acudirá haciéndole su confidencia, y entonces á la madre compete averiguar si aquel hombre es digno del amor de su hija, pero atendiendo exclusivamente á sus condiciones morales, no en manera alguna á su posicion social. De un pobre honrado y laborioso, puede hacerse un buen ciudadano y un virtuoso padre de familia; de un hombre apegado á sus riquezas, que mira el trabajo como humillacion y la ociosidad como el estado habitual del hombre; que desdeña la pobreza si no la considera un crímen, no puede esperarse un buen esposo ni soñar en él un buen padre.

En esta fase de la vida, es en la que necesita la mujer de mayor direccion y en la que termina su educacion moral: todos los séres racionales, sin excepcion posible, sienten una vez en la vida el amor, porque es la más potente aspiracion del alma. Se ama, porque así lo necesita constantemente el espíritu, porque siendo el alma inmaterial, inmateriales han de ser sus afectos: sea el amor divino, sea el filial, sea el paterno, el fraternal ó la amistad, que es una ramificacion del último, el alma siempre siente amor: por esta razon ese sentimiento entra por tanto en las acciones humanas.

De aquí se deduce que la jóven que ama, predispuesta al bien, porque el amor es el generador de las acciones grandes y levantadas, solo necesita un guia en el intrincado laberinto de sus ideas. No es prudente coartarle esa afeccion de pronto y sin otra

explicacion que su inconveniencia: si efectivamente las cualidades del hombre en quien se ha fijado no son las más propias para esperar su felicidad futura, debe la madre poner de relieve y paulatinamente las razones en que se funda para aconsejarla el olvido de aquella pasion; pero huyendo siempre de que la aconsejada lo crea una imposicion, una órden, porque no hay cosa que más excite el amor que las contrariedades ó los obstáculos. Nuestra pobre imaginacion es tal, que basta que en un deseo encontremos una oposicion, que nuestro desvarío nos figura sistemática, para que ese deseo se convierta en abrasadora pasion de nuestra alma. Así, pues, la madre debe proceder con exquisito tacto en tan delicado asunto, y estar persuadida de que si por un prodigio de paciencia consigue arrancar del corazon de su hija la imágen de aquel hombre, ella, sin esfuerzo ninguno, sin violencia muy notable, se apartará de él, y tal vez procederá con más mesura en la eleccion de persona más digna.

Toca despues al hombre proseguir en la educacion moral de su esposa, no hiriendo su amor propio ni rebajándola del nivel en que la colocara al darla su mano y su nombre: despues de él, ó mejor dicho, á la par que él, debe reinar en el hogar sobre el pueblo compuesto de los hijos y servidumbre de la casa. Cuidando de no ofender su pudor con palabras mal sonantes, impidiendo que en su casa se comente la crónica escandalosa de la poblacion, tiene asegurado en gran parte el amor de su esposa. Rodeándola de una aureola de dignidad y respeto, tributándole esas pequeñas y repetidas muestras de

afecto que debemos al ser con quien unimos nuestro porvenir, la mujer no podrá ménos de amar á su esposo y consagrarle todos los latidos de su corazon.

Ha de cuidar tambien el esposo de no lastimar la susceptibilidad de su compañera, ensalzando en su presencia de un modo apasionado, las dotes de que carezca y encuentre en otra mujer, porque si la pintura es vehemente, en vez de producir los efectos de provechosa enseñanza, despertará en ella la pasion de los celos, que es el peor consejero en cuestiones de amor; así como si encuentra defectos en la administracion de la casa, ó sea en la marcha de su parte económica, debe tener un especial cuidado en su correccion, la cual debe ser más bien un consejo que una órden de mando.

Indicados, aunque á la ligera, los principales medios que existen dentro de la familia para mejorar la educacion moral de la mujer, veamos cual debe ser la racional, ó sea la instruccion que debe recibir.

CAPÍTULO XXVI.

Su instruccion.

La civilizacion ha obrado en el mundo transformaciones tan radicales, que han cambiado su faz y nos han revelado infinitos secretos de la naturaleza: la ciencia se enriquece cada dia con nuevos descubrimientos, y en su febril carrera remueve cuantos obstáculos cierran el paso á la perfeccion del hombre; pero ni la ciencia ni la civilizacion podrian subsistir sin la instruccion que las creó y las puso en condiciones de progreso.

Pasó afortunadamente aquel tiempo en que una inconcebible obcecacion negaba á la mujer la conveniencia de instruirse, levantando en su teogonía un altar á la ignorancia de su sexo. La experiencia nos ha demostrado cuan errónea era esta idea, y cuan interesada está la humanidad en instruir á la mujer, como parte integrante de la familia: dásela, por tanto, la facultad de pensar, y se la permite dedicar una parte de su tiempo al descubrimiento y á la revelacion de la verdad, para la nutricion de su alma y para enriquecer el tesoro de sus conocimientos.

No avanzamos tanto, sin embargo, que llegue-

mos á pedir para ella la facultad de seguir una carrera literaria, ni demostrar en el foro ó en el anfiteatro la explendidez de su retórica, ó la copiosidad de sus observaciones: este diamante de la humanidad, brilla con mejor luz engastado en el hogar, que exornado con el lujo y la ostentacion del sitio público. No anhelamos la mujer filósofa discutiendo en el areópago problemas sociales de más ó ménos trascendencia, porque la filosofía de la mujer consiste en agradar, y amando, ser amada: en la plaza pública excitará la admiracion de sus conciudadanos, pero no conquistará el amor de un esposo, ni podrá saturarse de las caricias de un hijo.

Históricamente demostrado está, que aquellos pueblos en que la ignorancia de la mujer predomina, son los más atrasados en la vía de la civilizacion: el libertinaje más asqueroso reina entre ellos, y embrutecidos por el vicio, narcotizados por la voluptuosidad de los sentidos, caen bajo el dominio del primer conquistador que esgrime su espada sobre sus cabezas: para ellos no existe el amor á su independencia, no hay vínculos sociales que regularicen la marcha de los pueblos, no más bien que la satisfaccion de sus instintos brutales: la dignidad es completamente desconocida, nulo el amor al trabajo, y solo ambicionan revolcarse en el horrendo cenagal de sus pasiones y de sus crímenes.

Allí donde la mujer es instruida, donde la madre puede cuidar de la educacion de sus hijos, donde la jóven encuentra un verdadero amigo en cada libro que consulta, el pueblo es noble, enérgico, libre, y la más completa armonía reina entre esa

gran familia que conocemos con el nombre de Estado. En él imperan con brillante explendor las ciencias, las artes y la industria; crece la produccion y multiplica sus formas al infinito, mientras la sociedad ve marchar á su cabeza las grandes creaciones de la civilizacion, porque la madre instruye y educa á sus hijos en el amor al trabajo, á la ciencia y á la virtud, que son las fuentes generatrices del progreso.

La educacion literaria de la mujer, mejor dicho, su instruccion, debe ser objeto de un especial cuidado por parte del hombre, conteniéndola en los justos límites en que es necesaria: esta instruccion, no solo le ayudará á expresar las ideas y conceptos que germinen dentro de su cerebro, sino que, aficionándola á la lectura, servirá con esta de abundante pasto á su alma, avara siempre de aprender lo nuevo y desconocido. Aparte de esos primeros rudimentos de la formacion del lenguaje, es sumamente conveniente que tome ligeras nociones de las ciencias exactas, para que tanto su aplicacion á los usos domésticos, como el conocimiento de tantos y determinados fenómenos, encuentren explicacion satisfactoria en su mente, sin necesidad de acudir á lo sobrenatural. De esta manera se conseguirá tambien ponerla en condiciones de ser verdadera maestra de sus hijos cuando llegue á tenerlos, y de poder inculcarles los primeros rudimentos de esas ciencias, á las que tan refractaria se encuentra la inteligencia en edad más avanzada. Estudiando las ciencias morales, y en especial la historia, podrá la mujer adquirirse un caudal de conoci-

mientos que, no solamente le serán de suma utilidad, sino que al enseñarlos á sus hijos, habrá dado un paso agigantado en su regeneracion.

Hay más aún: la intimidad del matrimonio está en razon directa de la instruccion de la mujer: donde reina el monopolio de la instruccion en favor del hombre, la desigualdad de conocimientos constituye una diferencia de naturaleza entre la mujer y el hombre. Este necesita dar á conocer sus ideas, desenvolverlas y desmenuzarlas en el crisol de la discusion; y si la esposa no le comprende, si carece de esos conocimientos generales que son la base de la ciencias, no representará para el esposo una compañera, un ser que se le dió para su ayuda, sino una estátua cuyo ropaje puede plegar ó desplegar á capricho, pero en cuyo macizo cerebro no puede alojarse la menor idea. La mujer, como el hombre, forma parte de la humanidad, y por tanto, está en el caso de dar expansion á su espíritu como el hombre le dá al suyo, porque la diferencia de sexo no constituye diversidad en la naturaleza. Para obviar estos inconvenientes, debe instruirse á la mujer en todo aquello que más aplicacion práctica tenga con las cosas de la vida, á fin de que el esposo la encuentre apta para someter al concurso de su exámen las mociones del ánimo á que su cerebro no dé satisfactoria explicacion.

Deben dejarse á su disposicion y libre exámen las obras maestras de nuestros grandes hombres, en las que se tratan asuntos morales y sociales de la mayor trascendencia, y por las cuales se resuelven con muy acertado talento esos mismos proble-

mas que tanto afectan á nuestro estado actual. Los libros de viajes son tambien excelente vehículo para llevar á la imaginacion femenina ciertos conocimientos, por los cuales pueda tener idea de la situacion en que la mujer ha sabido colocarse por la instruccion y la virtud. La poesía, ese lenguaje del alma, no debe serle desconocida en las obras de nuestros insignes poetas, porque no hay cosa que más despierte el sentimiento, y es al par un placer que la mujer se apresura á aspirar por todos los poros de su cuerpo.

Con ella se satura de sentimientos nobles y generosos, al par que deleita su oido y distrae su imaginacion de las arideces de la ciencia, y dejando libre al alma en el vaporoso perfume de la inspiracion, tiende sus alas y procura atravesar el infinito en busca de la verdad y de la dicha. Es, además, un buen medio de darle á conocer las excelencias del lenguaje, de llevar á su imaginacion tésis y conceptos que, expresados de otro modo, le serian abstractos, y que por la sonoridad de la versificacion, se le presentan dulces y fáciles de comprender: la mujer es la personificacion de la poesía, y por lo tanto, asimila mejor todas aquellas ideas que encuentra redactadas en esta forma de comunicacion.

Uno de los títulos más gloriosos á que la mujer puede aspirar hoy, es al de reina del salon, á la preeminencia de una tertulia ó velada literaria en la que, á imitacion de la aristocrática dama del siglo XVIII, reuna bajo el techo de su hogar á cuantas notabilidades en ciencias, artes y literatura encierre la poblacion en que vive. Para conseguir esta dig-

nidad, para cumplir su cometido en esa presidencia que la galantería le concede, forzoso es que su instruccion esté en razon directa con lo que de ella se exige, pues de lo contrario caeria en la evidencia, y por tanto en el ridículo.

La mujer que ha puesto su talento, mediante la instruccion, en condiciones suficientes á formar una idea exacta de las cosas, ó á lo menos todo lo más posible aproximada á la verdad, no necesita hacer grandes esfuerzos para sacar incólume su virtud del revuelto oleaje de la seduccion. Una mujer de talento, y siquiera medianamente instruida, es un inexpugnable valladar donde se estrellan y embotan las armas de la intriga, y al cual no llegan nunca las afirmaciones de la calumnia. Escudada con esta doble armadura, puede impunente arrostrar el continuado combate de la vida: en ella encontrará el esposo, al par que un modelo de fidelidad, un apoyo para sus vacilaciones y un consejero para sus actos.

La mujer es un sér delicado y débil, cuya existencia se convierte en una porfiada y cruenta lucha de sus sentimientos con las pasiones mundanas; si, pues, la dejamos abandonada á sus propias fuerzas en esta lucha y no le prestamos el apoyo necesario para vencer, natural es que sea vencida. La culpa de su derrota ¿de quién será entonces? Si la instruimos y educamos de una manera conveniente, si la ponemos en condiciones de poder analizar las consecuencias todas de sus actos, si por su instruccion puede rebatir cuantos argumentos le presente el vicio, ¿deberemos temer su caida? Si no faltamos

á nuestra esposa, si no le mentimos un amor que tendemos quizás á los piés de una advenediza, ¿por qué hemos de temer su infidelidad?

En tésis general, la mujer es lo que el hombre hace de ella, lo que quiere que sea: si el tierno retoño de un árbol no se cuida con esmero, procurando enderezar su tronco, rodeándole de una armadura vegetal para que no sea pasto de los roedores, y podando todo aquel ramaje que no le sea necesario, ese árbol crecerá torcido y raquítico, improductivo é inútil. Formando parte la mujer como el hombre de la gran familia humana, tiene como él que contribuir á la gran obra del progreso: el hombre pone su capital y le trabaja para hacerle productivo por el libre cambio de los objetos de su industria en el mercado: la mujer administra el fondo destinado á subvenir á las necesidades de la vida.

Pero no basta que el hombre haga productivo el capital de su oro, si deja erial el campo de su imaginacion: le es preciso más, y comprendiéndolo así, se instruye al tiempo que trabaja. Si la mujer es como el hombre parte componente de un mismo todo, debe como él contribuir no ya al materialismo de la vida, sino á difundir en la familia, en los hijos, ciertos conocimientos, ciertas ideas que el padre no puede darles, toda vez que el trabajo le retiene casi continuamente fuera del hogar. En vista de esto ¿seríamos justos negando á esa mujer la facultad de instruirse para instruir? ¿En qué principio fundaríamos esa negacion?

..., en condiciones ...esto su talento
una idea exacta de las cosas, ó á lo m...
más posible aproximada á la verdad, ...
hacer grandes esfuerzos para sacar i...
virtud del revuelto oleaje de la seducció...
jer de talento, y siquiera medianament...
es un inexpugnable valladar donde se...
embotan las armas de la intriga, y al c...
gan nunca las afirmaciones de la calum...
dada con esta doble armadura, puede...
arrostrar el continuado combate de la v...
encontrará el esposo, al par que un mod...
lidad, un apoyo para sus vacilaciones y...
jero para sus actos.

La mujer es un sér delicado y débil, ...
tencia se convierte en una porfiada y cr...
de sus sentimientos con las pasiones ...
pues, la dejamos abandonada á sus ...
en esta lucha y no le prestamos el ...
para vencer, natural es que sea ...
de su derrota ¿de quién será e...
mos y educamos de una ma...
ponemos en condiciones d...
secuencias todas de sus...
cion puede rebatir cuant...
el vicio, ¿deb...

CAPÍTULO XXVII.

Medios de fomentar esta instruccion.

Problema es de solucion muy difícil, plantear un sistema de educacion é instruccion que dé inmediatamente resultados prácticos en la reforma de la mujer, puesto que no en un dia se destruye una organizacion viciosa adquirida en el decurso de muchos siglos. Nuestro deber, no obstante, es proveer á esta primera necesidad que la mujer nos reclama de justicia, y procurar que, si no hoy, desaparezca en adelante esa especie de antemural que nuestros antepasados colocaron entre ellos y sus esposas.

El espíritu del siglo requiere que hagamos un esfuerzo en favor de la generacion presente y de las venideras, siquiera para no darles motivo de queja contra nosotros. Una saludable reforma vá operándose paulatinamente en pró de esta idea, y á ella debemos coadyuvar con todas nuestras fuerzas, aumentando cada cual su grano de arena al cimiento de ese grandioso edificio cuya techumbre ha de abrigar el nuevo semillero de nuevas costumbres. Basta de retraimientos inesplicables; el progreso no puede reconocer miras egoistas, porque, como el sol, alumbra para todos, y para todos esparce el dulce calor de sus conquistas.

Incompetentes como nadie para tratar cumplidamente esta delicada materia, y ampliando lo que de una manera general tenemos expuesto en capítulos anteriores, no podemos ménos de consignar nuestra humilde opinion é indicar algunos medios que, en nuestro concepto, podian dar algun resultado práctico.

La instruccion primaria ante todo, debe ser el núcleo central de donde parta la reforma; y para que produzca sus frutos, se debe empezar por reformar dicha instruccion con arreglo á las exigencias de nuestra vida actual; vida que tiende más al desarrollo de la inteligencia que á la conservacion de la materia orgánica, que se preocupa más del fondo que de la forma. No debe, pues, concretarse á enseñar á leer mal, escribir peor é indicar á la mujer los primeros rudimentos de aritmética; debe abrazar dos partes distintas entre sí: la parte moral y la de aplicacion á las necesidades de la vida.

La parte moral, basada en la religion, porque sin religion no se comprende á la mujer, debe absorber sus primeros años, á fin de que, niña aún, se empape su corazon en la dulzura del cristianismo y se nutra con la saludable enseñanza de sus preceptos. Al tiempo que se la enseñe á leer y escribir, puede amalgamarse con estos trabajos el cultivo de su inteligencia, dándole como lectura libros religiosos, cuentos morales, tradiciones y leyendas, en las cuales se preconice el amor á la pureza, á la familia, al trabajo y á la patria, y la sirvan de provechosa preparacion para aprender la historia.

Afortunadamente, España posee mucho y muy

buen repertorio de hechos nobles y generosos, dados á conocer en forma de leyendas, y nada más fácil que recopilarlos, espurgando de ellos los errores que hayan podido introducirse en su relato.

Las nociones religiosas que se pongan á la consideracion de la niña, deben estar escritas en estilo conciso y sencillo, de modo que puedan ser cómodamente absorbidas por su naciente inteligencia: aunque sujetas al dogma y en conformidad con él, deben estar exentas de mistificaciones que, cuando ménos, son causa de extremados escrúpulos ó de prematuro indiferentismo.

Seria tambien muy conveniente variar de cierto en cierto tiempo los libros de lectura, ya sustituyendo la prosa por la poesía, ya refiriendo en distinta forma los cuentos, tradiciones y leyendas que encierran un mismo fin moral, con objeto de estimular la curiosidad de la pequeña discípula, y que no le sea monótono y pesado el libro que constantemente ha de tener entre las manos. Un libro que trate de sus deberes como hija, como esposa y como madre, que reasuma en narraciones claras y provistas de interés dramático los preceptos del Decálogo, ayudará mucho á la educacion de la mujer, puesto que lo que en la infancia se aprende, difícilmente se olvida: de esta manera se ayudaria tambien á la madre, que, en la intimidad del hogar, puede y debe aleccionar á su hija en la parte moral y religiosa de su educacion.

Transcurridos esos primeros años en que más se obra por instinto que por reflexion, debe empezar la verdadera instruccion de la mujer. Nos preocupa-

mos mucho de elegir libros de lectura y gramáticas de nuestro riquísimo idioma, y no nos acordamos de explicarle: el manejo del DICCIONARIO CASTELLANO produciria un doble efecto en la educanda: el de comprender el significado de las palabras, y el de aprender á escribirlas con propiedad ortográfica.

Debe instruirse tambien á la mujer con elementos de GEOGRAFÍA, FÍSICA, GEOMETRÍA é HISTORIA NATURAL, ciencias que tienen inmensa aplicacion en los actos de la vida y en las necesidades domésticas, especialmente las dos últimas. La HISTORIA UNIVERSAL y la particular de ESPAÑA, deben ser sus libros de lectura en la segunda época de su instruccion, y como ejercicio práctico de ella, deben ampliarse sus CONOCIMIENTOS ARITMÉTICOS, especialmente en la MERCANTIL, que es la que tiene más afinidad con el cargo que la mujer debe desempeñar en el hogar.

LA HIGIENE es otro de los elementos que deben ponerse á contribucion para la enseñanza de la mujer, pues con ella evitará muchos y graves padecimientos, no solo á sí misma, sino á su esposo é hijos: esta ciencia, auxiliar de la Medicina y por sí no muy dificil, está, en otros países, muy generalizada, y en España tenemos muy buenos tratados de Fisiología é Higiene que puéden servir para este objeto.

LA ECONOMÍA DOMÉSTICA, es tambien una ciencia cuyos principios deben inculcarse en la imaginacion de la niña, porque á ella deberá más tarde su bienestar social: hay muy buenos autores españoles que han escrito sobre esta materia, y á lo sumo

habria que tomarse el trabajo de compendiar los que parezcan más extensos.

Despues de esto, luego que hayamos atendido al alma, y sus alas estén en disposicion de tender su vuelo al porvenir, es cuando debemos pensar en instruir á la mujer en lo que respecta á las exigencias materiales de la vida. Hasta que sus sentimientos queden basados en provechosa doctrina, no se la debe atarear con costura y labores de adorno que tiene tiempo de aprender más tarde, y cuando esta útil y provechosa enseñanza sirva de descanso á la inteligencia: además, que para ello le son necesarias muchas nociones de las ciencias exactas, y sin aprenderlas ántes, no podrá darse explicacion satisfactoria á lo que solo puede conocer por la práctica. Ménos bordados y más ciencia, ménos adornos y más solidez en la instruccion, es lo que la época reclama con justicia, puesto que por atender á exterioridades innecesarias, nos olvidamos de la ineludible obligacion que pesa sobre la mujer.

La adopcion de medios que proporcionen este fin, corresponde al Gobierno de la Nacion; pero no por eso deben los ciudadanos echarse en brazos de la indiferencia: si la iniciativa corresponde á las esferas oficiales, privadamente puede hacerse mucho en pró de la mujer. Las escuelas dominicales, son una prueba de nuestro aserto; pero las citadas escuelas no pueden servir más que para ciertas y determinadas clases sociales, ni pueden dar inmediatos resultados por no ser de leccion diaria: su conversion en escuelas de adultas, donde hubiera clase todas las noches, habia de dar más fruto y obtener

más concurrencia, dejando el domingo para solaz de esas mismas clases obreras que no tienen una hora de reposo en la semana.

La creacion de pequeñas BIBLIOTECAS (1) donde la madre de familia, la hija y la esposa, pudieran encontrar lectura agradable é instructiva en libros que, bajo recibo y sin estipendio de ningun género, llevarian á su domicilio, seria, en nuestro concepto, de utilidad suma, y fomentaria la instruccion en la mujer de una manera rápida.

LAS CONFERENCIAS PÚBLICAS en los dias festivos, dadas por señoras, y en las cuales, no solo se hicieran repasos de las materias enseñadas en la escuela pública, sino que se trataran puntos de higiene, economía doméstica y educacion de los hijos, con opcion por parte de las alumnas á preguntar y discutir temas sobre las mismas materias, darian gran resultado.

LA DISTRIBUCION DE PREMIOS (2) de alguna consideracion en las escuelas públicas á las alumnas más aventajadas, serviria de gran estímulo para despertar en la mujer la aficion al estudio.

Medios para plantear estas reformas, nos sobran si tenemos un poco de voluntad. Los autores de obras literarias y científicas, prestarán su concurso á tan laudable propósito: ilustres escritoras españo-

(1) La Excma. Sra. Condesa de Carlet acaricia esta generosa idea desde hace algun tiempo, y aun creemos que por su iniciativa se ha de haber constituido una Sociedad para ello.

(2) El Excmo. Ayuntamiento de Madrid acaba de emplear este medio por primera vez. El certámen público se ha celebrado el dia 25 de Julio del año actual, obteniendo el primer premio, consistente en una pension de 1,500 pesetas por espacio de 5 años, la Srta. Doña Pilar Señorans y Rondinas.

las, gloria de nuestras letras, se prestarán gustosas á explicar en esas Academias ó Liceos: las nobles damas de nuestra aristocracia, tan amantes de la caridad que apenas si hay momento en su vida en que no la practiquen, ayudarán gustosas á esta obra de regeneracion en su sexo, porque las palabras *dama española,* equivalen á las de *abnegacion* y *generosidad.*

No esperemos que se nieguen á trabajar por sus hermanas obreras, ó á quien faltan los medios de adquirir instruccion, porque la mujer en España es una cuando se trata de hacer bien, y la noble señora no se creerá rebajada en su dignidad, dando lecciones á la modesta costurera. Ensayemos medios siquiera, y pronto habremos de tocar sus resultados: la experiencia nos indicará las modificaciones que en el plan instructivo sea necesario introducir.

CAPÍTULO XXVIII.

Ventajas que reportarán á la sociedad.

Tocamos al término de nuestro trabajo; y aunque tememos no haber llenado el objeto que nos propusimos, como todo lo que es creado es finito, y todo lo que proviene del alma no puede limitarse, fuerza nos es concluir estos desaliñados apuntes, hijos más bien de un buen deseo que de una larga experiencia y un bien organizado talento. Pésanos, no obstante, dejar la inexperta pluma, cuando aun queda tanto por decir de la mujer, cuando la infinidad de la idea deja entrever dilatados horizontes en los que brilla la luz de la verdad; pero nuestras fuerzas desmayan y vacilamos en nuestra fé al considerar que para nuestro ensayo hemos tomado un asunto gigantesco y de suma trascendencia.

La mujer, educada é instruida convenientemente, debe ser, repetimos, la institutríz de sus hijos. Ningun maestro podrá llevar á sus cerebros dormidos el caudal de verdades, la pureza de sentimientos ni la moral con que la madre mezcla el néctar de su pecho. Ser creado para la práctica del bien, ángel cuyos rosados lábios destilan el almíbar de la bondad, y cuyo aliento embriaga con su perfume de candor

y pureza, habrá de enseñar á sus hijos por la norma de su corazon, amoldando sus instintos y sentimientos á los que aniden en su alma. Si en el cenit del matrimonio brilla el nuevo planeta de un hijo, dejad á esa madre, personificacion de la naturaleza, que le trace la órbita que debe recorrer en su camino: creed ciegamente que nadie como la madre desea el bien de sus hijos, y que por tanto, la educacion que al suyo dé, la instruccion con que le adorne, han de ser la base de su conducta futura.

Si cuidamos de que la mujer, al llegar á ese sublime estado, tenga los requisitos necesarios para llenar cumplidamente su mision, ¿qué podemos temer al encomendarle la educacion de sus hijos? ¿Acaso, desnaturalizando su maternidad, cometerá el horrible crímen de impulsarles por la pendiente del mal? ¡Imposible! ¿No rendimos aún, y siempre, por toda la vida, un culto especial á nuestra madre? ¡Ah, sí! Aunque la hayamos perdido para siempre, aunque la muerte la haya separado de nosotros por una eternidad, veneramos su recuerdo, y en el fondo de nuestras almas, elevamos un sacrosanto altar á su memoria. Se puede ser ingrato con un amigo, con un hermano, con una esposa, hasta con un padre; pero ¿quién lo será con su madre? Si hay algun hombre tan desgraciado que olvide y no ame á la suya, ¿por dónde contará sus dias de felicidad? No, no es posible concebir un tipo semejante; no existe, y si existiera..... ¡deberia ser borrado del libro de la humanidad!

Muy apta la mujer para este género de trabajo por su paciencia, por su dulzura, así como por el

amor que sus hijos la inspiran, no sólo encontrará en su mision de maestra la deleitosa complacencia de no apartar á sus hijos de su lado, sino que esta misma presencia le será poderosísimo auxiliar para conseguir su objeto. Instruir deleitando á sus hijos, no es para la madre un problema de solucion difícil: tan connaturalizada está con este método de enseñanza, que ya le practica sin esfuerzo de su imaginacion y hasta por costumbre. Este es, sin duda, el gran mérito de la instruccion que de ella se recibe, pues de tal modo sabe amalgamar nuestros juegos con nuestra educacion y enseñanza, que difícil nos seria segregar el placer de los preceptos en nuestras pueriles diversiones.

Conociendo, por otra parte, á la perfeccion el carácter y temperamento predominante en sus hijos, nadie mejor que ella puede educarlos conforme conviene á ese carácter y á ese temperamento que han de ser en adelante los reguladores de sus actos. Habla á cada cual de distinto modo; á unos con sencilla frase y dulce entonacion, á otros con poético giro y correcto lenguaje, y así distribuye entre sus hijos el alimento del alma, segun su capacidad, su desarrollo y sus aficiones. Regenerada, pues, la mujer, que no otra cosa necesita que una instruccion de que hoy en general carece, bien se puede asegurar que la regeneracion social es un hecho.

Separemos con firme mano los obstáculos que los pasados siglos acumularon en el camino de la educacion de la mujer; no nos detenga la idea de que, si se la deja avanzar, usurpará nuestras atribuciones, porque esto sólo puede amedrentar á espíri-

tus débiles que no han gustado la ambrosía de la ciencia. La mujer ha sabido formar gradualmente su palingenesia, y sólo nos toca guiarla en su camino: su desarrollo moral empieza, y nuestro deber nos manda que no le impongamos el injustificable veto de nuestro orgullo.

¡Plaza á la mujer instruida, si queremos que avance la civilizacion! Nuestros antepasados la querian ignorante, casi estúpida, y la mujer por sí sola, por su iniciativa, se hizo respetar, y aprendió á leer para manejar el lenguaje. Más tarde, y viéndose privada de poder comunicar sus ideas á sus semejantes, venció otra añeja preocupacion, y aprendió la escritura: despues usó de la palabra, desenvolviendo tésis en el hogar y discutiendo con su esposo, y últimamente dió vida á sus ideas, consignándolas en escritos que han sido de verdadera utilidad en el mundo. Fijémonos en que los pueblos que tienen á la mujer sumida en la ignorancia, han caido en la abyeccion y el despotismo; y aquellos en que se le dá la participacion debida en la familia y en la sociedad, son las antorchas más brillantes de la paz, la libertad y el progreso.

No dudemos que nuestros hijos serán una generacion vigorosa, ilustrada y eminentemente moral, si les damos por madres mujeres en quien la educacion y la ciencia sean su segunda naturaleza. El niño que está dirigido por una madre que carece de instruccion, es un ciego guiado por otro ciego, y fácilmente cae en el abismo. De la civilizacion á la barbarie sólo existe un paso, que cierra el levadizo puente de la instruccion de la mujer: dejad caer ese

puente, y los bárbaros rugirán de nuevo á las puertas de Roma.

Y vosotras, mujeres de nuestro siglo, madres ó futuras madres de familia, no pongais obstáculos á vuestra educacion: dejad lo frívolo por lo provechoso, y preparaos á cumplir dignamente esa mision, de cuya práctica, habeis de dar cuenta estrechísima á vuestra conciencia. Ahogad en vuestro corazon esas pobres pasiones que tan pequeñas os hacen á los ojos del hombre: huid de esa vana ostentacion que tan hondamente os perjudica: no mireis como una urgente necesidad ese lujo, que solo debe existir como producto de una industria: no adoreis otro oro que el de las cabelleras de vuestros hijos, ni ambicioneis más adoraciones que sus inocentes caricias y el purísimo amor de vuestro esposo. Arrojad de vuestro lado la ociosidad y la pereza, y dedicaos con toda vuestra alma á satisfacer el justísimo orgullo de vuestra maternidad, siendo doblemente madres de vuestros hijos, dándoles la vida física y la moral: pensad que llegará un dia en que necesiteis de sus cuidados, y si no les habeis inculcado la bondad y la ternura, serán extraños para vosotras.

Toda vez que el hombre se prepara á instruiros, formad firme resolucion de aprovechar esa ciencia; ensanchad el círculo de vuestros conocimientos á fin de que os honre la sabiduría de vuestros hijos, cuyas primicias os pertenecerán como iniciadoras. El sublime libro de vuestro corazon, ese receptáculo donde reconcentrais toda la poesía de vuestras almas soñadoras, es el primero que debeis estudiar con profunda atencion, borrando de sus hojas las

huellas del error é inscribiendo en su lugar las brillantes páginas de su futura historia.

No pidais un nuevo redentor para vuestros hijos, porque vosotras sois las llamadas á regenerarlos: aunemos nuestros comunes esfuerzos, y formaremos un nuevo pueblo, de cuyo diccionario se borrará la palabra *guerra*, y en cuyo suelo, fertilizado con el manantial purísimo de la ciencia, arraigará la oliva de la *paz*. Este pueblo llevará en sí el gérmen de todo bien, y el aura benéfica del progreso refrescará la frente del hombre, mientras duerme arrullado por las caricias de la felicidad, y sueña con una nueva escala de Jacob que abra á su vista los tesoros del verdadero cielo.

CAPÍTULO XXIX.

¡Madre mia!

¡Madre! ¡Palabra dulcísima tantas veces prodigada, tan pocas comprendida! Poema de amor mudo y adormido en nuestro pecho, despertado á los ecos de un terrible «¡adios para siempre!» y traducido en acerbas lágrimas, arrancadas por el más justo dolor. ¡Madre! Es decir, el sér más querido de nuestro corazon, antorcha fulgente que apaga el frio soplo de la muerte para dejar su crepúsculo en el alma, luz que ilumina nuestra vacilante marcha en el árido desierto de la vida, faro que aún nos sonrie desde la eternidad, eco purísimo del más levantado sentimiento, creacion sublime de la Omnipotencia Divina, como ella grande, como ella inmensa.

¡Ah! No te valoramos al pronunciarte entre el placer de alegres emociones, para conocerte despues en nuestra soledad, y venerarte como sagrada reliquia de nuestro corazon. ¡Destino terrible! ¡Imprescriptible tributo que todos pagamos á nuestra deleznable naturaleza!

Yo quiero hablar de tí, madre querida de mi alma; yo quiero saturar mis palabras en el sentimien-

to, y mi voz resuena en la soledad con los fatídicos ecos de la tumba: yo quiero dedicarte mis impresiones, yo ansío fotografiar el dolor de mi alma, y en derredor de mí solo encuentro el vacío..... Estoy solo en el mundo..... ¡Solo! Mi padre, mi hermana, tú, todos me abandonais! Dios, llamándoos á sí, me ha hecho comprender, con el primer dolor, la inmensa merced que me hiciera al colocaros á mi lado: vuestras virtudes, vuestra bondad, vuestros hábitos, no eran del mundo; eran plantas exóticas que florecieron en él, como las predilectas de un jardin, y que el Supremo Hacedor ha trasplantado para el vergel de su trono. Yo debo someter mi sentimiento á su divina sabiduría; yo debo acatar sus designios con la fé cristiana que inculcasteis en mi alma, pero..... ¡es tan horrible perderos! ¡Es tan triste llamaros en mi orfandad sin que vuestra palabra responda á la mia!

¡Madre mia! Acabas de separarte de mí; tu cuerpo conserva aún el calor vital, y ya me rodea el marmóreo frio de la muerte: te busco y no te encuentro; oigo tu voz cariñosa y acudo á tí para experimentar la más terrible decepcion; percibo tus suspiros, palpita en mi mejilla tu último beso, y sin embargo, madre mia, me parece que un siglo nos separa. Tu ausencia de mi lado es eterna..... Pero no, no puede ser así: la eternidad no tiene principio ni conoce fin; nuestra separacion empezó, y ha de terminar: ¿cuándo? ¿Cómo? ¡Dios lo sabe! Pero nos reuniremos en otro mundo de verdad y de justicia. Así me enseñaste á creer, así creo; así me enseñaste á esperar, así espero. Fija mi atencion en

tí, será tu recuerdo mi único bien, mi goce más querido, y la palabra *¡madre mia!* volando hasta tí, hará brotar una sonrisa en tu rostro de ángel, y una plegaria de tu boca purísima ante el trono del Eterno: nos hemos separado, pero estamos unidos: pereció la materia que te formaba, pero tu espíritu vive en mí.

Lejos de tu hijo la idea de consagrarte este recuerdo bajo la forma de apuntes biográfico-necrológicos, porque los ángeles no necesitan elogios: tu virtud era muy grande para que la describa mi pluma; tu talento inmenso para que lo comprenda mi insuficiencia. Hija cariñosa, fuiste la delicia del hogar paterno; esposa amantísima, la alegría, la felicidad de tu esposo; madre modelo, la providencia de tus hijos.

Yo te bendigo, madre mia: te bendigo, porque lo que de tí me separa no es la muerte, sino el tránsito felíz al trono de tu Criador, desde donde velas por mí. Yo te bendigo, madre mia, porque los sufrimientos corporales, los agudísimos dolores de tantos años de enfermedad, habrán purificado tu alma para presentarla ante Dios como inmaculado armiño: yo te bendigo, y para ello no encuentro expresion mas gráfica, palabras más sonoras, lenguaje más elocuente, que repetir dia y noche con lágrimas en los ojos, la dulcísima frase

¡¡MADRE MIA!!

Octubre 1878.

FIN.

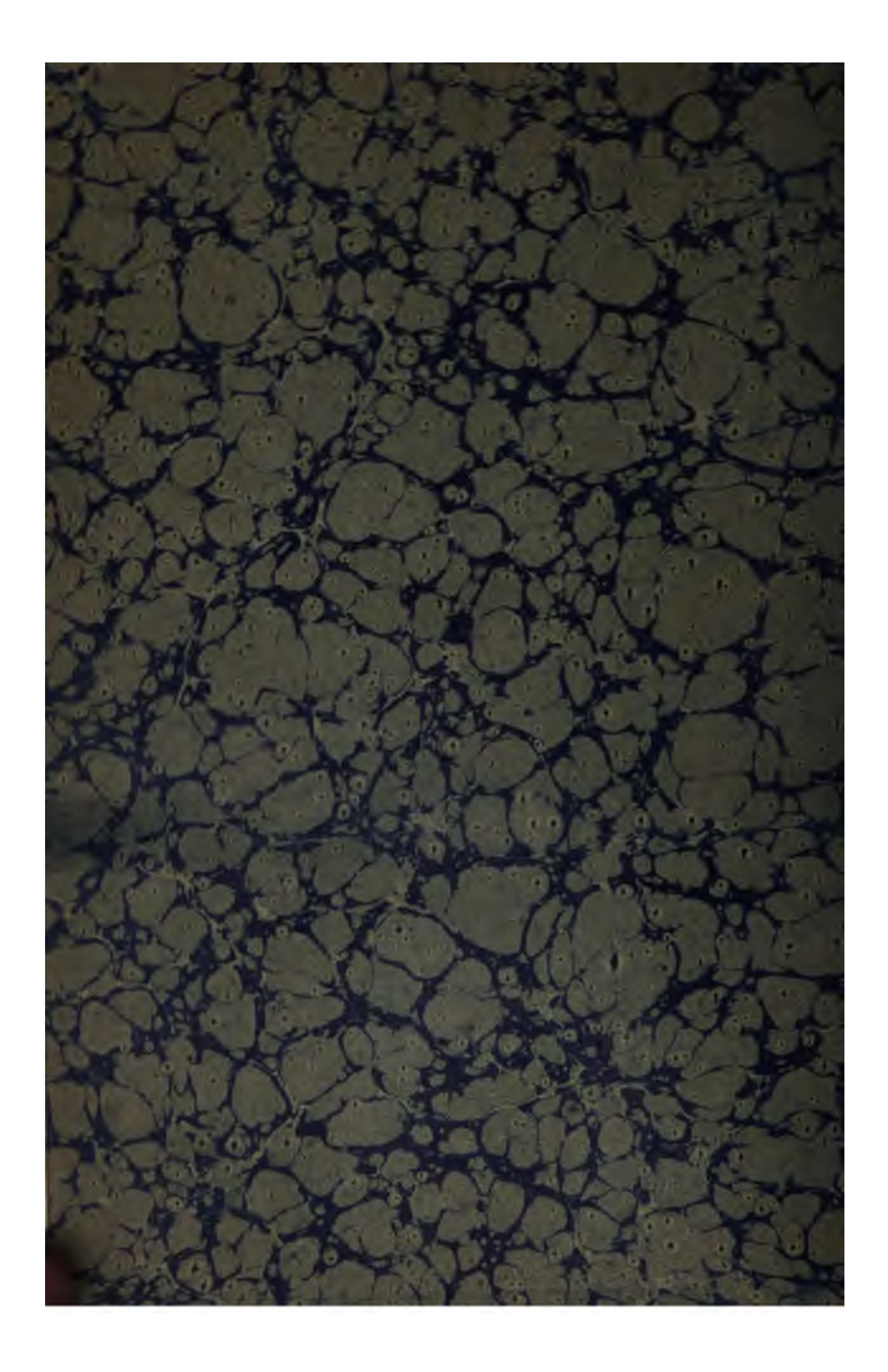
ÍNDICE

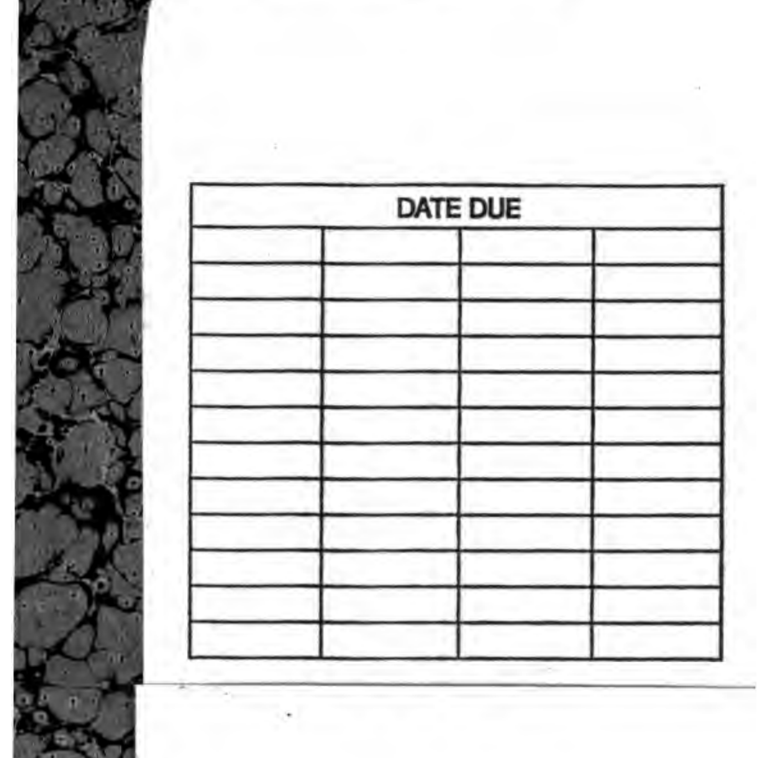
DE LOS CAPÍTULOS QUE FORMAN ESTE TOMO.



FÉ DE ERRATAS.

Pág.	Lín.	DICE.	LÉASE.
30	26	alfabetos	alefbetos.
30	29	Alef (ϰ)	Alef (א)
31	18	la tahu y la omega (Ω, ω)	la tahu y la omega (ת, Ω)
39	12	óvolo	óbolo
52	22	isla de Seu	isla de Sen
53	14	á las *hijas de Seu*	á las *hijas de Sen*
57	27	que el amor de la mujer	que el córazon de la mujer
162	6	que cuida	que anida
178	1	alguna vez la práctica	alguna vez la practica





DATE DUE			

